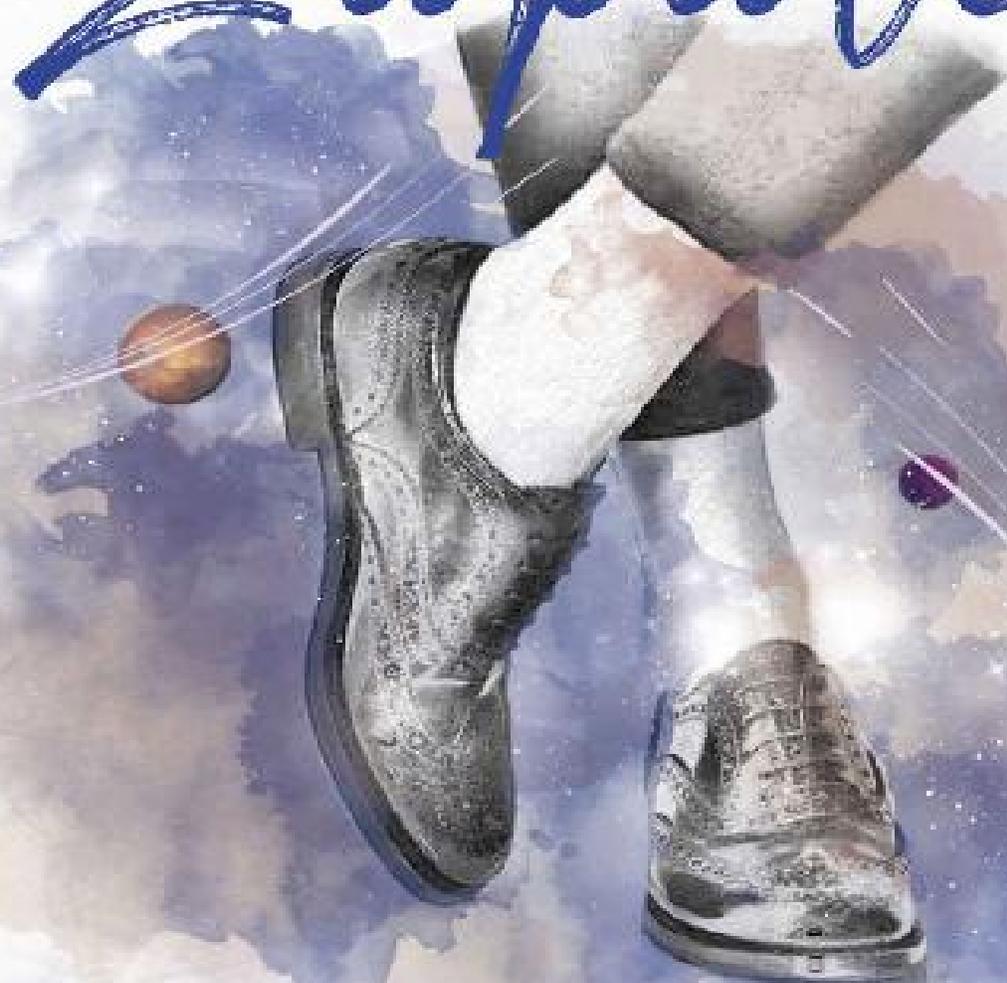


La Gravedad

en mis
Zapatos



ROCÍO QUIÑONES GRANDE

Letrame
Grupo Editorial

© Derechos de edición reservados.
Letrame Editorial.
www.Letrame.com
info@Letrame.com

© Rodó Quiñones Grande

Diseño de edición: Letrame Editorial.

ISBN: 978-84-17990-71-8

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida de manera alguna ni por ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación, en Internet o de fotocopia, sin permiso previo del editor o del autor.

Letrame Editorial no tiene por qué estar de acuerdo con las opiniones del autor o con el texto de la publicación, recordando siempre que la obra que tiene en sus manos puede ser una novela de ficción o un ensayo en el que el autor haga valoraciones personales y subjetivas.

«Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47)».

A mis padres, por su ayuda infinita.
A los que me leían en la oscuridad.
A los que creyeron en mí cuando yo solo veía imposibles.
A los que habéis inspirado estas páginas.
A los desayunos con aguacate y los viajes en tren.
Este libro os pertenece.
Gracias.

La gravedad en mis zapatos

Porque a veces las historias están hechas por partes, porciones de espacio-tiempo que nos revuelven el alma, que hasta le dan la vuelta.

Este libro está hecho de trocitos de un corazón que se perdió en una de sus historias, de sus quiebros y sus taras, de sus desencuentros pasajeros y sus puntos y seguido.

Bienvenidos a sus porciones, a cada uno de los retazos de su historia.

Annie Hall

Después de nosotros/2015

Atrapada en sus zapatos color azabache.

Los mira mientras hace girar las puntas de sus castellanos de izquierda a derecha. De izquierda a derecha.

Como una brújula que ha perdido el sur. A veces también el norte.

Carlota nunca realiza una circunferencia completa, solo mitades de 180 grados que le recuerdan a la tarta de manzana de la abuela Rita.

Ese manjar pastelero con el que se entretenía las mañanas de domingo para aparecer después en casa y hacerles relamer las comisuras de los labios.

La yaya siempre les traía mitades porque ella repartía a partes iguales y porque tampoco le gustaba que abusaran del dulce: «El cuerpo es un templo al que hay que cuidar y dar caprichos a partes iguales».

Entonces se fusionan varios pensamientos en la pila de cajas que componen el desván de su cerebro. Esas cajas en la que conviven Próxima Centauri, el olor de la tarta de manzana y aquella casita de piedra en Navaluenga.

Son ellas las que están en la zona VIP de su memoria, curiosamente muy cerca de las preposiciones que aprendió de niña y que nunca ha olvidado.

Así que Carlota permanece inmutable. Mezclando pensamientos, recuerdos, imágenes y algún que otro olor. Haciendo un batiburrillo del que seguramente sacaría alguna ilustración caóticamente bella.

El movimiento ondulante de sus pies, como mitades de una tarta de manzana. Hipnotizando de alguna forma el consciente, mientras los pensamientos viajan a los recuerdos con Hugo y lo mucho que le gustaría a él los zapatos que el resto de hombres miraban arrugando el lado derecho de la nariz.

—Son muy tú, Carlota.

—¿Y cómo soy yo?

—Pues fuera de modas, no sé si me explico.

—¿Clásica?

—No, no, para nada. Es más bien cómo los llevas. No sé, quizá como Diane Keaton en Annie Hall, algo así.

En bucle; atada al recuerdo de aquella conversación. A la respuesta de Hugo ante la que nunca más existió la indiferencia. Tal fue el calibre del impacto que, si alguien se atrevía a juzgar sus vestimentas, ella metía un sencillo: «Muy Annie Hall, ¿verdad?», jugándosela casi siempre a dos claras vicisitudes.

Primera vicisitud:

—¡Exacto! A eso mismo me quería referir.

Ante esta respuesta ella permanecía más o menos impasible porque le podía parecer más o menos acertada, según con qué humor se hubiera despertado ese día.

Segunda vicisitud:

—No entiendo por qué nunca llevas tacones; te sentarían bien, Carlota. Tienes las piernas bonitas.

Entonces la que arruga la nariz como perrito a punto de estornudar es ella. La arruga y se pregunta qué hace en ese momento con un cavernícola de semejante calibre.

«¿Alguien que juzga mis castellanos? ¿Que me quiere con tacones de diez centímetros? Ponte las piernas de gacela, Carlota, y huye, huye rápido».

El caso, que a Hugo le habrían encantado. Y para ella se quedó inmortalizada la imagen de los dos paseando de la mano por Gran Vía.

De esta forma, recolectando y acariciando recuerdos, permanece sentada en uno de los bancos del Retiro, por si acaso Hugo se cruza con ella.

Idealizando, como acostumbra, la vida. Mientras imagina que él se planta en frente con un sencillo: «¡Ajá! Así que aquí estabas. Mi dulce Annie Hall. Cuánto te he echado de menos».

Casualidad/Causalidad

Durante nosotros/2013

Te veo llegar a lo lejos colgado de un cigarro; me gusta la cabezonería de ese detalle. Yo, que odio el humo y el sabor a tabaco.

Lo odio o lo odiaba, hasta que llegaste tú.

Estoy sentada en el poyete de uno de esos ventanales gigantescos del aula número cuatro, subrayando una de las frases del *Demian* de Hesse que después te gustaría tanto.

«Cuando alguien de verdad necesita algo, lo encuentra. No es la casualidad quien lo procura, sino él mismo. Su propio deseo y su propia necesidad le conducen a ello».

Tus ojos se clavan en mis Oxford color camel y te acercas a mí.

Como si en mis zapatos la fuerza de la gravedad ejerciese contigo una extraña atracción. ¿Casual?

—¿Qué haces tan sola?

«PERSONALIDAD, eso es lo que suda este tipo», pienso mientras sonrío intentando que no me lo note.

—Acostumbro a pasar cierto tiempo sola.

—¿No tienes clase?

—Una terrible, pero este libro de Hesse me interesa más ahora mismo.

Me hago la dura, y bajo mi mirada al libro. Así no te miro a ti, Hugo.

—Una buena excusa.

—¿Excusa?

—Sí, claro, para esperarle a él... Se llama Fernando, ¿no? Con los nombres soy muy malo.

—Sí, en otro momento quizá. Aunque Hesse es mucho Hesse. De todos modos, no necesito a nadie para disfrutar del sol ni de los libros, Hugo. Necesito más que tiren de mí para entrar en clase de Acústica.

—Yo, con Derecho de Sociedades, puedo morir.

—La verdad es que suena mal de pelotas.

—Es peor.

—Entiendo que alguno de nuestros amigos en común te habrá contado algo.

—¿Algo?

—Fernando y yo lo hemos dejado.

—Entonces era verdad...

—No era difícil saber que algo te habían cotilleado. Tu frasecita era demasiado rebuscada.

—No te rías, Carlota, en realidad tampoco sabía cómo sacar el tema. No se me dan bien estas cosas.

—Pues de manera natural. ¡Cotilla!

Durante un instante parece que los nervios se apoderan de ti y te sientas a mi lado, en ese poyete cubierto de polvo.

—A ver, no te confundas, mis intenciones poco tienen que ver con la prensa rosa que vive en esta universidad, pero sí que me interesa saber si Fernando y tú ya no estáis juntos.

—Pues no, Hugo, ya no. Lo dejamos hace unos meses.

—No estaba a gusto sin saberlo de tu boca.

—Me resulta curioso que se hable de ello, que pueda interesarle a alguien este detalle de mi vida. Me sorprende que pueda interesarte a ti.

—Ya sabes que la gente tiende a decir muchas cosas. En mi caso, poco o nada que ver con puro marujeo, más bien con intereses personales.

—Muy propio de un futuro abogado. Supongo que esto no acostumbrarás a decírselo a todas, supongo que no me creerás tan idiota como para pensar que no es así.

—Me gustaría tomar café un día contigo.

—Podías tener un poco de respeto...

Intentaba evadir tu mirada, insistente. Mientras el calor pintaba mis mejillas, como ocurría frente a la chimenea en el pueblo, solo que es por ti.

—Es que lo he tenido todo el tiempo que estabas con otra persona y no podía hacer nada. Ahora no me apetece porque creo que llevo un año esperando sentarme a hablar contigo, Carlota.

—Tú y tus dot...

—Carlota, quiero un café contigo.

—No sé si es el momento.

—Quiero un café contigo.

—Pero ¿de dónde nace ese capricho?

—Hazme un hueco.

Me sonreíste, Hugo.

Por primera vez me fijo en tu hoyuelo derecho. Te devuelvo la sonrisa mientras recojo la pila de libros, apuntes y papeles que siempre llevo a cuestas.

En la mano te escribo mi número.

Al lado, mis iniciales.

Tú de nuevo te quedas con la mirada fija en mis zapatos mientras me alejo.

Batman y Robin

Antes de ti, Carlota/1993

Hugo, sentado en la puerta de uno de sus lugares preferidos. La casita que su abuelo Manolo construyó sesenta años antes y que sus padres se encargaron de restaurar para hacer más acogedor los ratitos lejos de la capital.

Hugo no llegó a conocerle, pero solo por cómo hablaban de él ya le quería. Se enorgullecía muchísimo contando las peripecias (seguramente edulcoradas) con las que su padre le solía dormir los viernes por la noche.

«Pues el abuelo Manolo fue marinero y estuvo perdido durante semanas, alimentándose de lo que le brindaba el mar».

«Pues el abuelo Manolo dio la vuelta al mundo».

«Pues el abuelo Manolo estuvo trabajando en Hollywood, pero se cansó de todo aquello y volvió con la abuela a Navaluenga porque decía que allí era realmente feliz. Que la abuela sí que era guapa y no Sofía Loren».

Aquella casita de piedra y tejas rojizas le hacía sentirse todo un caballero de la Edad Media y desde el patio idealizaba todas las historias que un rey tiene que llevar a cabo para que impere la tranquilidad en el pueblo. Él también era un aventurero como su abuelo.

Después de una larga batalla con la espada de madera que guardaba Manolo en una de las habitaciones cargadas de recuerdos, se agachó para recogerse los cordones calados de barro.

—Hugo, cariño, de verdad, que estando al lado de casa no sé dónde te metes para salir así. ¿Tú te crees, Carlos? Mira cómo se ha puesto el niño las zapatillas nuevas.

—Clara, mi amor, es un niño y las zapatillas, por muy blancas que sean, no duran así ni cinco minutos puestas y...

—Es que me pongo enferma...

—Pues menos enfermedad, mi amor, que es un niño de seis años.

—Claro, mami, soy un niño y debo proteger el pueblo de los invasores. Los

reyes también se manchan, mamá.

—Calla, truhan, que aprendes mucho tú, me parece a mí.

—¿Ya te estás riendo, mami? ¡Pero si estabas enfadada!

—No me estoy riendo...

—La tenemos calada, igual que tus zapatillas, ¿verdad, lord Hugo? —dijo el padre mientras le despeinaba el flequillo.

Hugo se sentó en el bordillo de la casa, observando cómo llegaba un coche a lo lejos, atento a las dificultades que le podría traer ese acontecimiento a un rey de su importancia. Porque él tendía a vislumbrar los problemas antes de que estos llegaran. Era necesario para él conocer a sus rivales y las posibles estrategias.

La madre se acercó sigilosa a Carlos, mientras hablaba en un tono suave que no llegaba bien a los oídos del pequeño Hugo. Impaciente, se situó entre medias de sus padres mientras se ponía de puntillas para intentar acortar al máximo la gran altura que le separaba de ellos.

—Oye, Carlos, ¿quiénes son esta gente? No me suenan nada.

—Me dijo el panadero que tendríamos vecinos pronto. El hijo de Esteban le compró a sus hermanos su parte y se ha quedado la casa. No quería vender el sitio en el que ha crecido siempre. Algo así me comentó, pero que ya sabes cómo es la gente, cariño, que hablan porque sí.

—Ya, pero cuando el río suena... Y tú, ¿te acuerdas de él? ¿Le conociste?

—Claro, fuimos amigos de niños. Luego ya sabes, yo en Madrid hasta que por la misma desgracia tuvimos esta casita de mi padre, pero éramos muy amigos. Todo el día juntos de aquí para allá.

Del coche salieron además dos niños pequeños. Uno cargaba con un muñeco de peluche, una especie de elefantito con la trompa hacia arriba y unas zapatillas rojas con cordones de tela. Tenía unas gafas redondas y era bastante más pequeño que Hugo, seguramente cuatro años menor. Este cogía el brazo del segundo niño, como arrastrándole para sí, buscando su protección; tendría la edad de Hugo.

—Buenas tardes, somos vuestros futuros vecinos, intuyo.

—Hola. Antonio el panadero nos avisó de que tendríamos compañía pronto. No sé si te acordarás de mí. Si no me equivoco tú eres Juan, ¿no?

—¿Carlos?

—¡El que nombras!

—Joder, hombre, qué casualidad. ¿Vives aquí?

—Restauré la casa para venir en vacaciones y fines de semana. ¡Cuántos años! Me da alegría, la verdad.

—Nosotros hemos hecho lo mismo, pero nos hemos venido para siempre. El trabajo no está tan lejos y... bueno, aquí se vive muy bien, lejos del ruido de la ciudad. A los pequeños les puede sentar estupendamente.

El más grande de los niños se deshizo de la manita de su hermano y se acercó a Hugo mientras el más pequeño comenzaba a llorar buscando consuelo en su madre.

—Hola.

—Hola, me llamo Hugo.

—Yo me llamo Jaime.

—¿Ese es tu hermano?

—Es mi hermano pequeño y es muy pesado. No me deja en paz nunca.

—Tiene que ser divertido tener un hermano; yo siempre he querido uno.

—No te creas, a veces es un aburrimiento.

—Mola jugar solo, pero a veces me apetece jugar con alguien.

—Bueno, si vamos a ser vecinos podemos jugar juntos. Podemos ser compañeros de aventuras.

—O mucho mejor, ¡podemos ser Batman y Robin!

Aquella tarde cambió para siempre las tardes de verano e invierno. Ya nunca sería lord Hugo porque ahora eran dos. Siempre dos.

Juntos protegerían la casita del abuelo Manolo de todos los malhechores y villanos del mundo.

Destino caprichoso

Después de nosotros/2014

Ayer estudié las leyes de Newton en el mismo sitio en el que me fijé en ti por primera vez.

Me fijé porque te vi buscándome la mirada, observándome desde tu sitio como si creyeras que no estaba dándome cuenta.

Esa persistencia me hizo gracia; esa chulería, también.

Hablaban de ti, del chico guapo de Derecho que siempre hacía ruido con su viejo Ford color berenjena.

El chico del tupé que iba con sus amigos y tenía un toque así como de grupo de rock juvenil nacido en Manchester.

Hablaban de ti y yo escuchaba; me comentaban tus flirteos mientras yo pensaba el mejor cambio de una integral de siete pisos.

Nos cruzábamos por los pasillos y entonabas un tímido hola con aspecto chulesco (que yo sabía que tenía mucho más de tímido que de chulesco) y al que yo respondía con una sonrisa.

Nos presentaron una vez. Después me confesaste que le preguntaste a tus amigos por mí, por la chica de pelo color avellana que cargaba con decenas de libros siempre. Nos presentaron y no lo recuerdo. No sabes cuánto me jode esto, sobre todo cuando unase enamora hasta más arriba de la coronilla y pretende buscar las raíces y los orígenes de todo, como si la causa derivase del Big Bang. Como si lo nuestro viniese en algún libro del destino y yo dependiese de ti para sobrevivir o tú de mí para no morir.

Aquí el texto de Lennon me sirvió de más terapia del amor propio que toda la sección de autoayuda de la Fnac.

Gracias, Lennon. No solo me salvaron los Beatles, también tú me hiciste entender que no existen las medias naranjas, existen las naranjas enteras hechas añicos y punto. Más bien eso creía yo en este punto de la historia.

El amor, ese estúpido juego entre dos adultos que de repente se vuelven

tontos e inexpertos, vulnerables a personas que antes eran desconocidas y ante las que se para el mundo. ¡Como si no hubiéramos nacido solos!

Nos cruzamos muchas otras veces, pero nunca más pensé que podrías quedarte inmóvil con la mirada fija en mis zapatos.

Tampoco pensé jamás que lo haríamos encima del capó de ese Ford con una luna llena de fondo y olor a rueda quemada con la voz de Chris Isaak de fondo.

Destino caprichoso, supongo.

Tsunami

Durante nosotros/2013

Un número desconocido.

«Soy Hugo», me dices.

Mi cuerpo simulando seísmos. Mis manos, dos tsunamis a punto de encontrarse.

Me pregunto por qué reacciono de esa manera.

Son los vaticinios de las historias bonitas, ahora lo sé.

En su momento pensé que era imbécil y que llevaba demasiada dosis de Red Bull en sangre. «Esta carrera te pasará factura, y para colmo no es lo tuyo, Carlota».

—Hola, Hugo.

—He pensado que, como mañana es fiesta en la universidad, podríamos tomar algo, un café, mientras el resto se pone ciego.

—Es buena idea. Mañana a las cinco en la puerta de la universidad.

—Genial, Carlota.

Supongo que a partir de aquí comenzó mi delirio, y la fiebre psíquica que acarreo desde entonces. Con todo su dolor de cabeza, sus noches de insomnio, su «vale, sí, pero no tienes la sonrisa de Hugo». Y así con todo.

Aun así, volvería a este día.

Volvería para sentir de nuevo los mismos nervios y las mismas ganas.

Mi cuerpo como placas tectónicas en desacuerdo y mis manos encharcadas en tormentas tropicales.

Volvería para sentirte a través de un hilo telefónico y sufrir mil catástrofes al sonido de tu voz.

Superhéroe

Antes de ti, Hugo/1993

Carlota se subió los calcetines de Hulk que le había comprado su padre el mes anterior. Como si de esta manera pudiera presionarlos contra sí y sentir su abrazo.

—Mami, papá viene hoy, ¿verdad? Me lo prometió.

Su madre la aprieta contra su cuerpo mientras le muerde los carrillos con ansia.

—¡Ay, mami! Qué pesada eres, sabes que no me gusta.

—No seas quejica, Carlota y levántate ya.

—Entonces, ¿a qué hora llegará papi? Quiero preguntárselo a Almudena. Le he dicho que mi padre es como Superman, pero más guapo.

—Cielo, claro que estará papi. Es tu cumpleaños, sabes que no querría perdérselo por nada.

—Lo sé.

—Venga, cielo, vamos a decidir el modelito de hoy.

—¿Hoy puedo elegirlo yo?

—Claro, cariño. Tienes muy buen gusto y a papá nada le gustará más que su pequeña superheroína vestida de lo que a ella le da la gana.

—Me voy a poner el peto vaquero y las Converse negras que compramos en Londres.

—Y si elegimos el vestido vaquero que es más...

—Pero mamá, me dijiste que podría elegir yo y quiero estar cómoda para poder trepar y...

—Por supuesto. Llevas toda la razón.

—Tú tranquila, que estaré guapísima.

—Lo sé, mi amor, siempre lo estás.

Sudando tequila

Después de nosotros/2014

—Te echo de menos —susurró.

Así amanecía un sábado más sumergida en unas sábanas sudadas de recuerdo: la fiebre de los amores que te dejan hecha pedazos.

Sábanas blancas que huelen a vodka y tequila, receta para las noches que saben a él. El sol de marzo se cuele entre las rendijas de la persiana, mientras Bruno se esconde bajo sus patitas color canela, aprovechando los segundos que le quedan de sueño antes de dar uno de esos paseos largos de fin de semana.

Mil metrallas bombardean la cabeza de Carlota. Comienza a ser consciente de que se pasó con los chupitos y que solo ha servido para amanecer con una jaqueca terrible, boca con sabor a pesticida y una herida más abierta que la noche anterior.

«No debe ser tan difícil recordar cómo era capaz de vivir antes de que él llegara a mi vida como un tsunami para arrasarla entera y enfermarla de este no saber vivir sin su olor a tabaco y Blue, sin sus ojos color aceituna y los hoyuelos que se le dibujan cuando sonrío».

Bruno busca con su hocico los dedos de Carlota mientras se acomoda entre sus piernas. Ella le aprieta contra el pecho al gruñido de amor de su pequeño.

De nuevo susurra, esta vez más bajito.

—Te echo de menos...

Llorando bajo la protección de esa mantita color canela que sostenía la tristeza como solo la lealtad sabe hacer, ella le llamaba «el amor de su vida».

Los seísmos se contagian

Durante nosotros/2013

Francisco nos miraba extrañado, porque estábamos tú y yo, que nunca nos había dado por merodear juntos por la cafetería de la universidad.

Me sonrío pícaro, como si hubiera sido muy zorro y supiese que estaba pasando lo que ya vaticinaba mientras preparaba esos *croissants* vegetales con mucha mahonesa. Quizá se fijó en los cruces de miradas, en mi manera de seguirte el rastro cuando cogías el paquete de tabaco o te escuchara soltar alguna ocurrencia sobre mí.

Alguna vez pensé que desarrolló cierta habilidad para prever terremotos: como esos animales que detectan las vibraciones de la Tierra mucho antes y huyen para salvarse. Él, sin embargo, no huía; tampoco avisaba. Porque a veces el movimiento y ruptura de Pangea crea continentes bellos, volcanes que dejan playas del color de la noche, cordilleras que parecen rompecabezas o dos locos que se miran para crear el universo.

Pido dos cafés con hielo.

Continúan los seísmos, así que busco una excusa para que seas tú quien eche el café en los vasitos.

Así, con un poco de suerte, le hago un quiebro a mis inseguridades.

Descubro que los terremotos a veces se contagian, y te miro con más encanto todavía. Como si de repente supiera que eres humano y que lo que me resulta imperfecto en mí desprende encanto contigo.

Me gusta saber que nos atraviesan los mismos miedos.

Nos refugiamos de una primavera calurosa bajo la sombra de un olivo.

Hablamos de tu viejo Ford.

Descubro que los dos vibramos con la música de los 70.

Un mechón rebelde cae de vez en cuando sobre tu frente, como le pasa a Alex Turner.

Me fijo en tus manos, dices que son feas. Y una mierda.

Llevas el reloj de tu abuelo. Sin modas. Tú las creas.
En los vasos no quedan ni los hielos.
Sí las ganas.
Se ha hecho de noche.
Solo quedan los que llevan cervezas de más.
También nosotros.
En mi cabeza se ilumina una señal de ¡peligro!
«Puede que lo estés idealizando. La música, el olor a goma quemada, el
tictac de aquel reloj...».
Tarde, muy tarde. Ya he colocado un pedestal para ti. Para tu sonrisa, para tu
manera de mover las manos feas y colocarte el mechón rebelde.
Tarde.
Me mira Francisco desde lo lejos y sonrío, como si hubiese vislumbrado
tierra a lo lejos.
No sé cómo, pero ya estoy colgada.

Tonterías de mayores

Antes de ti, Carlota/1995

Se oyen las chicharras desde la ventana. El cantar mañanero de las golondrinas desvela a Hugo, que se mueve inquieto en la cama. El calor le tiene pegado a las sábanas, sudando como un cerdo, como diría su madre. Es agosto y su padre ya ha cogido vacaciones; se acerca el principio de unos días en Navaluenga junto a Jaime. Hugo se levanta de un salto, con la energía de quien sabe que va a disfrutar de muchas rutas en bicicleta, de helados de sandía y de baños que ponen las manos llenas de arrugas. Va directo a la cocina para disfrutar de uno de esos chocolates fresquitos que hacen los fines de semana.

—Hola, papi, ¿y mamá?

—Está durmiendo todavía. ¿Qué quieres desayunar?

—Cereales de chocolate.

—¡Marchando un bol gigante de Crunch! Hay que coger energías.

—Claro, papá.

Hugo se acerca a su padre, mientras este rellena un tazón con leche muy fría. A veces prefiere que lo preparé él; ella se pone muy pesada con el azúcar, con que hay que tomar una pieza de fruta por la mañana y menos guarrerías.

—Papi, la verdad que tengo muchas ganas de ir al pueblo.

—Tú siempre, Hugo.

—Es que encima es verano, tenemos mucho más rato para jugar Jaime y yo.

—Claro que sí. Y la playa, ¿no te apetece?

—Sí, pero en la playa no puedo jugar con Jaime.

—Puedes hacer amigos, Hugo.

—Ya... Pero ninguno como él. Es que es mi mejor amigo; de hecho, me da pena que no viva en Madrid. Podríamos ir al cole juntos, a partidos de fútbol y bajar a la plaza a jugar a fuga.

—Estoy convencido, lo mismo me pasaba a mí con su padre.

—¡Claro! Y ahora seguís siendo amigos.

—Sí, claro. Hombre, igual ya no es.

—Pues yo quiero que con Jaime sea siempre igual, pero ¿por qué para ti no lo es, papá?

—Bueno, ahora es un gustazo tenerle cerca, pero tengo amigos aquí en Madrid y claro, no es igual que cuando éramos niños. Las personas cambian con los años, Hugo. Las personas se distancian, conocen otras más afines... Algunas veces los amigos de la infancia perduran, pero... En fin, la vida, hijo.

—¿Eso es porque él se fue lejos?

—Pues supongo que eso influyó mucho; supongo que el separarnos durante tantos años nos hizo distanciarnos. Crecimos con intereses distintos. Ahora somos amigos. Yo estoy encantado con tenerles cerca los fines de semana, lo pasamos fenomenal. Pero bueno, creo que ya no es lo mismo.

—¡Yo no quiero que me pase eso, papá!

—Hugo, no tiene por qué pasarte, pero es necesario que tengas en cuenta que los años...

—¡Que los años qué!

—Que las personas van cambiando, van conociendo a otras y se alejan. Bueno, ya lo verás tú cuando empiecen a echarse novias. Ya llegarás, ya — dijo el padre de Hugo entre risas.

—¿Qué pasa con las novias, papá?

—Pues que al final las novietas te vuelven tonto y tomas distancia. Y ellas con los novios igual. Es una realidad fea, pero una realidad.

En ese momento apareció la madre de Hugo, todavía con las manos frotando con ansia los ojos pegados de sueño y legañas, arrastrando el cuerpo en un caminar lento y torpe. Siempre se despertaba así.

—Mira yo con tu madre, sigo tonto perdido.

—¿Qué dices, Carlos?

—Mami, que dice papá que si me echo novia dejaré a Jaime.

—Tú no hagas ni caso al lumbreras de tu padre. Eso es una tontería. Tú disfruta de tus amigos que para novias ya habrá tiempo y se puede compaginar todo.

—¿Sí?

—Claro que sí, mi amor, y ahora toma este zumito de naranja que te he preparado. Que tu padre se escaquea muy rápido, me parece a mí. Ya veo qué clase de desayunos te prepara.

Hugo se comió el bol de cereales de chocolate, con la idea de que los superhéroes necesitan su compinche y de que a veces los padres dicen muchas tonterías.

Qué andarás haciendo ahora

Después de nosotros/2014

A veces me pregunto qué andarás haciendo ahora.

Si estarás cogiendo un tren camino de tus clases al centro o si por el contrario andas practicando con la guitarra esos acordes de *Whole Lotta Love*. Los Zeppelin, que te tenían muy loco por aquel entonces.

Me pregunto si llevas en tu pecho hoy la imagen de *Rebelde sin causa* o si pisas con los zapatos color chocolate que tanto mimabas.

A veces me pregunto si has ganado destreza imitando los gestos de un castor a escondidas o si ya levantas el labio en honor al «Rey».

Me pregunto qué grupo nuevo has descubierto y si le sigues pisando al viejo Ford con las mismas ganas que cuando nos perdimos en tu pueblo de Ávila.

A veces me pregunto quién será ahora la protagonista de tus escenitas de amor propio, esa a la que deseas abrazar mientras expulsas bocanadas de humo tirado en tu cama.

Si me recuerdas poco, mucho o nada. Si quizás echas de menos mis peligrosos arranques cariñosos o mi mala leche porque sí.

A veces me pregunto tantas cosas...

Cosas como el olor de tu piel, como el tacto de tus vaqueros o el sabor de tu aliento de madrugada.

Cosas como qué andarás haciendo ahora.

Libre, pero de tu mano

Durante nosotros/2013

Caminamos sincronizadamente por el Templo de Debod.

Has decidido que te apetece pisar tierra mientras nos contamos detalles para conocernos, para fingir que a veces es necesario saber dónde has decidido empapar el corazón y sumergir la cabeza.

Fingimos, pero ambos sabemos que hay nervios que dicen más que un millar de paseos, cenas en restaurantes caros y monólogos narcisistas para encantar serpientes.

Siento tus dedos acariciar la pulsera del último Low, como si desde aquí comenzaras a disimular el serpenteo del tacto hasta mis dedos, mientras sin querer haces cosquillas en la boca de mi estómago como cuando tenía quince años.

Maldito seas tú por encender mis miedos e inseguridades.

Esas que cuando deciden salir comienzan a domar mis 50 kilos de mujer y raciocinio. Esas que han crecido con los años sin saber yo muy bien por qué.

Intento controlar cabeza, lo juro.

«Venga, Carlota, disfruta el instante. No pienses en tus manitas sudando, no pienses en lo que él pueda pensar. Porque si lo piensa, que le den por culo».

¡Ay! Qué bonito queda y qué difícil es.

Son ellas. Malditas inseguridades. Comienzan en el pensamiento para terminar dominando un cuerpo pequeño. Encarcelando mi presente contigo.

«¡Carlota, por favor!»

Noto mi tacto húmedo, los nervios que me recorren la espina dorsal gangrenando mi falta de sesera, los carrillos incendiarse y la temperatura corporal ascender como si me encontrase en el centro mismo de un volcán en erupción.

Entonces, marioneta de cualquier otra cosa, rezo a un dios en el que no creo para que no sigas bajando y te encuentres con todo eso, pero paras, así, como

en seco. Mientras pienso: «Mierda, se ha dado cuenta. Mierda, Carlota».

—¿Te pasa algo, Carlota?

—No entiendo.

—Me gustaría darte la mano.

—Es que... estoy algo nerviosa y quizá te moleste que...

—Eres boba, Carlota.

Me coges de la mano y no la sueltas en todo el rato que compartimos de silencio.

No la sueltas y a veces te descubro mirándome, buscándome los ojos y también la sonrisa.

Y como si me hubiesen desvestido los terrores descubro que camino relajada, ni siquiera sé si sudan mis miedos. Pero no los siento. Soy libre de tu mano. Como si ejercieses el poder de un alprazolam. Así de peligroso, como la medicina fuerte sin control.

Deseo fallido

Antes de ti, Hugo/1993

Los niños corrían hacia la mesa cubierta de sándwiches y refrescos que habían preparado en el jardín de la casa de Carlota.

A lo lejos venía su madre. En sus manos, una bandeja azul celeste sostenía la tarta de tres chocolates. Su preferida. Era más grande de lo que ella hubiera imaginado: dos pisos de alto y rodeada de Lacasitos y M&M's. Encima, un número 5 y una pequeña bengala.

—¡Carlota, ya llega tu tarta!

—Almudena, no me pongas nerviosa, que tengo que coger aire.

—Pero ¿no vas a esperar a que llegue tu papá?

—Qué va, yo ya no espero. Seguro que le han mandado más trabajo y...

—¡Cariño! Sopla fuerte, pero antes no te olvides de pedir un deseo —dijo la madre de Carlota llamándole la atención.

Entonces la pequeña agarró la camisa rosa satén de su madre, atrayéndola hacia abajo para, con las manos en jarra, acercarse a su oído.

—Mami, ¿y papá? Me dijiste que...

—Cielo, llegará un poquito más tarde, se ha retrasado el vuelo.

—Y si lo pido como deseo, ¿crees que podría aparecer aquí justo antes de que sople?

—Eso no puede pasar, hija, pero esta noche papá podrá contarte un cuento y jugar contigo a los piratas como tanto te gusta.

—Jo, mami...

—Venga, mi amor, disfruta de tu cumpleaños. Ya lo celebraremos los tres mañana, prometido.

Carlota aspiró con fuerza todo el aire que pudo, conteniendo parte del mismo a ambos lados de la boca como si fuera un pez globo. A la vez pensó: «Mi deseo, por supuesto, es que teletransportes a mi papi pero, si no pudiera ser, quiero pasar más tiempo con él».

Y sopló con todas sus fuerzas mientras miraba a todos lados buscando el pelo gris de papá entre tanta cabeza sin importancia.

Lo supe siempre

Después de nosotros/2014

Alguna vez me contaron que te gusta el café caliente, que odias que te despierten por las mañanas, que el ronroneo de los gatos te pone nervioso.

Escuché por ahí que te gustaban casi todas, sin distinciones. Después pocas pasaban la barrera de los tres polvos.

No sé si será por ti, si será por ambos. Tal y como me dijeron parece que el que se cansa rápido eres tú.

Se decía que eras algo más chulo de lo que aparentas.

Se hablaba también de tu mirada altiva, tus cazadoras de cuero y de cómo podías llevar unos vaqueros tan ajustados a la pantorrilla.

De ti siempre he escuchado muchas cosas a las que hace tiempo decidí no ponerle oídos.

Después yo misma pude forjar mi criterio.

En realidad te gusta el café con hielo, no solo en verano. Amaneces enfadado sea cual sea el día, el motivo y el lugar; tardan en bajarse los malos humos una media hora.

El maullido de los gatos te recuerda a Bogart, ante el que actúas con alguna reverencia y un guiño de ojos.

Lloraste alguna despedida y por eso nunca más quisiste engancharte a otro perfume.

Eres tímido, por lo que crees que, si miras alto, el resto no podrá verte ni juzgarte.

Aquí olvidabas que tú eres de todo menos transparente, y que a los seres humanos nos cuesta menos juzgar nuestras historias cuando echamos mierda a la luz para que así reluzca menos.

Eso pasaba contigo, Hugo.

Lo supe siempre.

Pistas

Durante nosotros/2013

Te veo mirar el reloj mientras mueves constantemente los brazos y te asomas a una taza en la que no queda ni rastro de los posos. Yo bebo tranquila; soy lenta con el café, sobre todo si es el primero de la mañana, pero tú no lo sabes porque no has querido darte cuenta.

Siento tus nervios y bebo de ellos en combinación con mi ya potente primera bebida de este sábado de mayo en el que nos hemos descubierto por primera vez. Tus ojos han dejado de buscarme como si fuese el *Número 3* de Pollock. Ahora miran rápidos el movimiento de las manillas del reloj y su tictac.

Absorbo tu prisa, y comienzo a devorar, atormentándome con el *croissant* con lonchas de queso *cheddar* que me habías preparado instantes antes, entre caricias.

Busco las palabras por ti, quiero hacértelo fácil mientras de forma inconsciente tarareo *Born To Die*; supongo que ya sabía lo que me esperaba.

—Hugo, creo que es hora de irme a casa.

—Claro, Carlota, yo te llevo.

Sabía que ese era el orden. Sabía que era lo que necesitabas oír.

Jamás pregunté por tu prisa, aunque me resultase contagiosa. Temí que fuese un cansancio anticipado, como el niño que se aburre del regalo que ha pedido durante meses.

Al llegar a casa, barajé diferentes opciones.

Consideré si sería bueno seguir viéndose con alguien que vive preso del tiempo, pero ya me había atado a tu sonrisa y, curiosamente, también al tictac de aquel reloj.

La vida te da pistas y yo no quise verlas.

Nudos

Antes de ti, Carlota/1995

A lo lejos, el cartel blanco en letras rojas: NAVALUENGA. Los fresnos que condecoran la llegada. La dehesa de prado verde, con todas aquellas vaquitas pastando como en los anuncios de la leche, solo que esta vez de verdad. El sol escondiéndose al ras de las montañas, coloreando el cielo de un naranja parecido al zumo de mandarina. La iglesia se ve más bonita cuando se oscurece tras esa fiesta de colores ácidos. Hugo siente el nudo en la garganta. Es verano y va a disfrutar varios días de la libertad que solo le dan en su pueblo. Su casita de tejas rojizas se pinta a lo lejos. Su padre nunca quiso cambiar la estética de la casa porque, como él bien diría, «fue idea del abuelo Manolo y este hizo la casa con una alegría y entrega digna de admirar».

Aquella noche cenarían en casa de Jaime. Ya habían llamado a mamá para decirle que iban a preparar una cena para chuparse los dedos. «Cómo son, Carlos, ya tienen preparado todo para cuando lleguemos. Para que no me tenga que meter en la cocina, dice. Esta Encarni... Qué suerte tenemos».

Hugo ya sabía que después podría estar en el porche con Jaime, jugando a la guerra que llevaban meses liderando entre los ladrillos de aquella casa y los pequeños montículos de tierra que les llevaban al Charco de los Piélagos.

Aunque aquella noche Hugo iba especialmente nervioso, quizá por lo que había hablado por la mañana con su padre. El pensamiento se había hecho viral en su cabeza y no descansó hasta que pudo hablarlo con su aliado.

—Jaime, ¿tú crees que algún día dejaremos de ser amigos?

—¡Pero qué dices!

—Pues no sé, es que mi padre me dijo que las personas mayores cambian y que hacen caminos diferentes o algo así. Es que hablaba rarísimo.

—¿Te dijo eso?

—Sí, sí. También me dijo que por las chicas también se deja a los amigos.

—¿Nosotros por una de esas niñas? Estás loco.

—La verdad es que es la primera vez que he pensado que mi padre decía alguna tontería.

—Los padres a veces dicen tonterías. Se complican mucho la vida yo creo. Eso no nos pasará a nosotros. Y menos por una chica.

—Llevas toda la razón. Solo quería asegurarme de que pensábamos igual y que no estaba loco.

—Los locos son ellos. Ahora vamos a por uno de esos polos de Coca-Cola que vende Constantino en el quiosco.

El nudo se deshizo de su garganta para atarse a su subconsciente.

Nunca lo supo.

Ley nº 1

Después de nosotros/2014

Basta.

Me levanto con los pies a rastras. He escuchado más de un millón de veces seguidas *OK Computer* de Radiohead y se me ha olvidado para lo que sirven las cuchillas de afeitar.

Desde hace treinta y cinco días mis mejores amigos son los pañuelos que se acomodan en los fondos de los bolsos de mi colección, en los bolsillos de mis pantalones y encima de mi mesita de noche.

Los fines de semana los paso en casa, yéndome pronto a dormir para no pensar y desvelándome después para echar unas lagrimitas.

Mi índice de visitas a tu perfil de Facebook se ha incrementado de manera exponencial y mi masoquismo me ha hecho analista de cátedra de los comentarios y mensajes secretos que dejas en las redes sociales. ¡YO, que he renegado de todas estas artimañas, me sé ahora de memoria tu lista de amiguitas y de nuevos *posts* publicados!

La dependienta de la tienda de palomitas de Espíritu Santo sabe de mis preferencias del sábado noche cuando me ve aparecer sola con los ojos hinchados como un sapo.

Ahora en vez de pelo tengo un nido de golondrinas que deshago solo cuando decido que mi cabellera tiene demasiada mierda acumulada y que puede ser peligroso para mi salud que esas cantidades ingentes de suciedad transpiren por mi piel y quizá, sin exagerar demasiado, envenenen mi sangre.

No puedo seguir así, Hugo.

Asumiré que está todo perdido, como haces tú.

En la vida real los trenes se pierden y yo no puedo soñar con encontrarte en la esquina de mi barrio mientras tú me miras con cara de «ay, que no, que no sé estar sin ti. Que no aprendo».

Sí, sudo romanticismo. Asumo eso y el nunca más.

Joder, duele demasiado, pero vale, sí.

Más que nada porque lo agradecerá mi capacidad de estudio, mi lista de Spotify, mi salud capilar.

Lo agradecerán mis piernas, que comienzan a ser bastante similares a algunas de las selvas que salen en National Geographic. Lo agradecerá mi madre por las noches, cuando me confunde con uno de esos perros que respiran mal, mientras te lloro.

Lo agradecerán incluso mis vecinas, hartas de repetirme: «Qué mala cara tienes, hija mía. ¿No estarás enferma?».

Creo que también lo agradecerá Zuckerberg y algún que otro espía de la CIA preocupado por si cometo alguna especie de crimen en serie.

Lo agradecerá la cajera del Carrefour y mi peluquera.

Pero sobre todo lo agradeceré yo.

Ley número 1: Amarse a una misma por encima de todo.

Hasta siempre, ~~mi vida~~.

La lluvia

Durante nosotros/2013

Esa noche tronaba como si el mundo esperase que Noé hiciera de las suyas, como si el cielo tuviese celos del océano y se disfrazase de él.

Carlota y Hugo se cogieron de la mano mientras corrían hacia el refugio con las Converse simulando barcos hundidos.

El sonido de las zapatillas que suben por las escaleras roídas, como el chancleteo de los niños escarbando en las orillas. Las prisas de varios días sin tocarse, con ganas de probar una piel que sabe a lluvia y tabaco. La simbiosis de humedad y perfume. Es el olor que absorbe Carlota mientras sigue los Levis de Hugo hasta el último piso.

Las manos que tiemblan por el frío. La llave jugando a encontrar la cerradura, el tiempo aquí se ralentiza. Parecen años.

Dentro se miran como si de repente nada importase, ni siquiera la ropa empapada. Hugo la coge de la cintura, mientras ella lucha por deshacerse de las zapatillas sin desengancharse de su boca; pura adicción, se llama. Serpentea por los labios húmedos de él y se hace un ovillo en su cintura mientras a horcajadas la lleva hasta la habitación. La ventana está abierta de par en par, porque les gusta el sonido de la lluvia y porque dentro de ese cuarto hay volcanes en erupción que hacen arder el frío.

La voz de Armstrong les sirve de espía.

Sentados frente a frente, con las piernas hechas un nudo. Las pieles que se sumergen. La mirada de Hugo sobre los ojos color almendra de Carlota, con la expresión de quien cree estar viendo la Maga de Cortázar o la mismísima Afrodita.

Hugo recoge el mechón de Carlota que se balancea sobre su nariz, respingona. Con cuidado lo coloca tras una de sus orejas.

—Carlota, ¿sabes por qué llueve tanto?

Carlota le mira perpleja.

—Estamos en abril, Hugo.

—Yo creo que te eché mucho de menos estos días y el cielo se ha puesto tonto al vernos juntos...

—¡Qué bobo eres! —dice sonriendo.

Él le devuelve la sonrisa, con los ojos pícaros.

—¿Por pensar tanto en ti?

—¡Qué dices!

—La culpa es tuya, que no sé qué me has hecho pero digo estas tonterías...

—Más bien será que tienes mucha escuela, como diría mi abuela.

—No, yo lo que creo es que cada vez que llueva me acordaré de ti, de las ganas que tengo de hacerlo contigo todo el rato.

Suena un trueno y Hugo se cuelga de su boca, de nuevo. Carlota siente una epidemia de mariposas en el estómago mientras lucha porque no se escuchen los latidos de su corazón, que parece uno de esos trenes escandalosos a punto de escapar de su pecho.

La lluvia nunca volverá a ser lo mismo.

Siete meses después, en Madrid lleva cinco días sin parar de llover. Carlota recuerda entonces aquel día.

«Déjame en paz. Déjame ser libre», piensa mientras intenta limpiar sus gafas, sucias por la tristeza y las gotas de lluvia.

Próxima Centauri

Antes de ti, Hugo/1995

El padre de Carlota tenía una curiosa manía: se recogía las gafas unas cien veces por minuto mientras leía. Siempre el mismo trayecto, un mecanismo automático. Se deslizaban hasta la punta de la nariz desde donde, entonces, como un ritual, las devolvía lentamente hasta su origen. Sigiloso. Así cada cinco minutos. Lo curioso es que Carlota se obnubilaba observándolo, como si de aquella repetida acción dependiese el movimiento de los planetas. Quizá de sus planetas sí.

Estaba sentado en el jardín trasero junto a una limonada cargada de hielos que había preparado para los tres. Como todas las tardes de verano que disfrutaban juntos. Esto también era un ritual. Con ello ayudaba a resguardarse del calor de agosto junto a la sombrilla blanca que mamá había comprado la semana anterior y que no paraba de enseñar a todo aquel que pasara por casa.

Carlota miraba la escena desde el borde de la piscina. Chapoteando con los pies en el agua fresca, pero sin meterse dentro.

—Papi, ¿qué lees? Estás muy guapo cuando lees, debo decírtelo.

El padre cogió a Carlota y la sentó entre sus piernas.

—*El universo elegante*, mi amor.

—¿Por qué se llama así, papá?

—A ver... A ti lo que más te gusta del mundo es la lasaña vegetariana que preparamos mamá y yo, ¿verdad?

—Pues sí, papá.

—Y siempre decimos que es como una obra de arte, ¿no?

—¡Sí! Como las pinturas que hacía la abuela Sofía.

—¡Eso! Pues con el universo pasa algo parecido.

—¿Como una receta de lasaña vegetariana?

—Pues sí, porque si mezclamos unos ingredientes, como podrían ser los elementos, los mezclamos en su justa medida formando compuestos y

aplicamos sus leyes, surge la elegancia, la belleza, el cosmos y la receta vegetariana que hacemos mamá y yo.

—Yo creo que se parece también a mamá cuando prepara el jardín. Está siempre tan guapa...

—Algo parecido, aunque mamá es lo más elegante que yo he visto nunca.

—Papi, pero ¿no cuenta nada este libro?

—Cuenta la historia del universo, Carlota.

—Yo quiero saberla, papá, quiero saber tanto como tú.

—Vamos a hacer un trato. Todos los días intentaré contarte algo de lo que viene en este libro, o de aquello que aprenda. ¿Te parece bien?

—Pues claro. ¡Me encanta, papi! ¿Pero hoy no me vas a enseñar nada?

—Ohm, déjame pensar... Mira, sí, tengo una idea.

—A ver...

El padre sacó un lápiz y un papel, pintó los planetas del sistema solar y el sol. Le contó la distancia a la que estaban cada uno del astro rey, mientras Carlota no despegaba la mirada.

—¿Ves, Carlota? El sol, Venus, la Tierra, Marte, Júpiter, Saturno, Urano, Neptuno y Plutón.

—¿Tanto?

—¡Hay mucho más! Eso es solo lo que hay en nuestro sistema solar.

—¿Y están separados por muchos kilómetros de cada uno? Entonces puedo decir que, más que quererte de un extremo de mi mano a la otra, te quiero de un extremo de mi mano al sol, que está muy muy lejos.

—Podemos decir una mejor que esa, Carlota.

—¿Todavía mejor?

—Mira, si resulta que en nuestro sistema solar estamos así de lejos del sol, ¿qué me dirías si hay una segunda estrella que de todas es la más cercana después del sol pero que está a millones de años luz?

—¿Qué es eso de los años luz?

—Pues que la luz es lo más rápido que viaja en el mundo y nada puede superarla. Así que viajando a esas velocidades estamos todavía a millones de años de distancia.

—Ala, papi, pero eso es mucho...

—Así es, princesa.

—¿Y cómo se llama esa estrella?

—Se llama Próxima Centauri.

—¡Pero qué nombre tan guay!

—Claro, cariño. Te quiero de aquí hasta Próxima Centauri.

—¡Pues yo también, papiiiiii!

Y qué si nos cruzamos

Después de nosotros/2014

Sabía que te vería. Me llamabas brujita, ¿te acuerdas?

¡Joder! No quería, Hugo. Miraba cada pasillo de la universidad con cierto pánico, como si de alguna de las aulas fuera a salir Jack Nicholson, pero con la cara de pocos amigos que le acompañaba en *El resplandor*. Claro que no te parecías en nada, pero sabes cómo es esto de la ansiedad y la adrenalina. El enamoramiento tiene mucho que ver con ello.

Primero me llegó tu olor. Como una puta yonqui. *Trainspotting*, a mi lado, ni una mierda.

Después desaparecieron los edificios, los olivos y la cafetería incluida. Solo estabas tú, que caminabas hacia mí como si llevara los zapatos, pero sin llevarlos. En este caso me temo que estaba demasiado cerca de la biblioteca y era tu puto destino. Cuánto lo lloré después.

En mi móvil, del aleatorio, *Romeo and Juliet*. ¿Casual o causal?

Dos desconocidos que se saludan. Como si jamás hubiésemos compartido abrazos, ni hubiésemos bebido de la misma copa. ¡Venga ya! Como si nunca nos hubiésemos dado la mano temblando.

De repente, mi interior, materia oscura, y yo muda, esperando que el atasco de palabras se liberase de tanto miedo.

Tomo la opción de anularme y de sentir cómo ese agujero negro absorbe mis sentidos, devora cualquier ápice de empatía y me clava agujas en el estómago. No soy yo, es mi ansiedad. O eres tú: ese que un día consiguió matarla.

Esta noria en movimiento constante siente que va a volverse loca, tanto que mi cabeza comienza a disparar imágenes de los dos mientras siento que el campus de la universidad está comenzando a girar demasiado rápido.

«Atrévete y dime que todo fue mentira, que ya no soy nada para ti, que nunca lo fui». Lo pienso, en el poco espacio cerebral que aún domino.

Sí, resulta absurdo, pero necesito sentir que soy el tachón más sucio y

despreciable de tu vida, necesito sentir que estoy equivocada.

Dame alas para desaparecer para siempre, y que no sienta nunca más que, por irme, perdí las pocas esperanzas que me ataban a tus manos feas, tu hoyuelo derecho y tu olor a Blue.

X + Y

Durante nosotros/2013

Más de media hora en la misma página.

Entre ecuaciones de Riemann y diferenciales, memoriza lo vivido en siete meses; como si la vida hubiese sido un juego de niños desde que le conoció.

Recuerda su vida anterior con Fernando, el orden correcto de los acontecimientos. La vida fácil, sin más.

Entonces las incógnitas se transforman en su cabeza, se olvida de las diferenciales y sus matemáticas juegan a explicar el sentido de la relación con Hugo. Porque, si pueden explicar las órbitas de los planetas, quizá sirvan.

La X es ella; la Y, él. La R, Fernando.

La relación con R funcionaba, era tranquila: sin terremotos, sin huracanes. Estable: $X + R = Z$

Sin embargo, ahora es puro desequilibrio, pero nunca ha sentido salir así su corazón del pecho.

Todo lo contrario a estabilidad: $X + Y \neq Z$

Quizá debería contar con alguna variable externa: podríamos añadir la constante gravitatoria por eso de que sus zapatos ejercieron una especie de atracción.

$G(X) + Y \neq Z$

Sigue sin ser lo mismo. No es lo mismo. No es Z.

Quizá es que no debe tenerse en cuenta una suma, ni un producto.

Porque la ecuación con Fernando era totalmente diferente a la de ahora con Hugo, precisamente porque son distintos.

Porque dos personas deben sumar, pero no perder su esencia, por lo que ni la X ni la Y deberían jamás perderse en una Z por ejemplo. Y si se pierde en otra variable nunca debería ser la misma.

Como ya dijo Scott Fitzgerald: «Existen muchas clases de amor, pero nunca el mismo amor dos veces».

No se ven a diario, no conocen a sus respectivas abuelas ni quedan para memorizar fórmulas en la biblioteca de la universidad. Ella, acostumbrada como estaba a esa clase de relaciones, se enamora ahora de alguien que vive atado a una agenda de citas y que observa con atención el movimiento de las manecillas del reloj.

«¿Qué haces comparando?!», se dice mientras se descubre haciéndolo.

Es terrible, principalmente porque las personas son únicas, porque lo ideal es que nunca te den lo mismo de igual forma. Porque seríamos seres robotizados que no avanzan, que se comportan de la misma manera ante respuestas diferentes. Seres que te siguen llamando *ratona* aunque la persona a la que están mirando parezca más un castor canadiense. ¿No es hipócrita esto?

Coge su viejo móvil, ese que ha decidido explotar antes que sucumbir a la nueva avalancha de teléfonos de última generación.

—Hola, Hugo, ¿qué haces hoy?

—Carlota, estoy practicando los acordes de la canción de los Zeppelin que te dije. Tú tenías que estudiar, ¿no?

—Sí, pero estoy muerta de calor, harta y saturada. ¿No ves a estos hoy?

—¿Quieres que nos veamos?

—Hugo, me muero de ganas.

—Yo también, princesa. ¡Venga, no se hable más! Voy a por ti y nos vamos a Malasaña, tomamos unas cervezas y venimos a casa. Se van mis padres al pueblo, pero mañana he quedado con Alberto.

—Vale, Hugo, no pasa nada.

—No te enfadas, ¿verdad? Ya lo había hablado antes con él y...

—Deja de decir tonterías y ven volando, que aproveche a estar contigo, idiota.

Carlota cierra el libro y se pregunta si alguna vez antes con Fernando se le ha paralizado el corazón al sonido de un motor esperando en la puerta. Entonces entiende lo que dijo Fitzgerald, esta clase de cosas no deben sentirse dos veces igual. Está segura.

—¿Estás triste? Te lo noto.

—Estoy muy agobiada. Ya sabes, me pregunto muchas veces cómo pude elegir tan mal.

—Carlota, es que tú deberías estar regalando tus dibujos al mundo.

—Mi tía Eugenia mira que me advirtió y yo fui tan tonta...

—Carlota, el pasado es algo a lo que no deberíamos volver. Deja de pensar

lo que no fue, enfoquémonos mejor en lo que será.

—Sabes que gracias a ti confío en ellos y, bueno, supongo que es un error brutal porque no debería creer en mí por nadie, ¿sabes? Pero qué quieres que te diga. Al creer tú, me lo has contagiado un poco.

—Carlota, quiero que sea siempre así, ni yo ni nadie somos importantes. Lo son esos dibujos. No me hagas caso a mí, ni a María ni a tu madre. Haz caso a eso tan bonito que haces.

—Te necesitaba, la verdad. Hoy ha sido un día de mierda.

—Yo a ti también, pero ¿por qué no me lo decías claramente?

—Supongo que no quería agobiarte ni, si habías quedado, ponerte en una tesitura.

—Jo, Carlota... La verdad, que quería comentarte una cosa.

—¿Qué cosa? No me asustes.

—Mejor después, ¿vale?

—Siempre teniéndome alerta.

—Es una tontería, boba —le dice cogiéndole la mano—, pero quiero decírtelo mirándote. Soy así de idiota, ya sabes.

—Ya lo sé —contestó riendo.

Malasaña era un barrio muy especial para Carlota: demasiados recuerdos se habían fraguado en esa hilera de estrechas calles, balcones de hierro y flores. La vida de sus plazas, las tiendas bonitas con bebedero de perros en las puertas y el rock que hasta en silencio canta por sus rincones. Su tía Eugenia solía llevarla a pasear cuando los padres necesitaban tiempo para los dos. Entonces ambas recorrían el barrio, comían pizza cuatro quesos y terminaban en casa pintando con los dedos.

Sacó el ladrón y conectaron los cascos al Spotify de Hugo. Sonaba *Aunque tú no lo sepas* mientras se hacías cosquillas en los dedos por la calle Espíritu Santo desde San Bernardo.

Pidieron unas cervezas en El rincón.

—Bueno, a ver, es una gilipollez, pero como no te lo he dicho y, bueno, me apetece hacer...

—Hugo, al grano.

—Solo quiero decirte que haré las cosas mejor. Que te quiero, Carlota. Que no he vuelto a sentirme así por nadie hasta que te conocí. Bueno, es que creo que nunca me había sentido así con nadie. Que me gusta todo. Desde el olor de tu piel cuando te despiertas y no llevas nada encima, hasta tu aliento después

de una noche de borrachera juntos. Es que me da igual. Me gustan tus aspavientos y el genio que te gastas sin querer. Es que, joder, me gusta hasta la forma en la que desperdigas el tomate sobre la tostada, sin que quepa más para que se te caiga todo mientras te pones perdida y te da igual.

—Hugo, si tú a mí también. Sabes que me encantas. Solo que...

—Hoy no pensemos en los *solo que*, ¿vale?

—Vale, hoy es día de disfrutarnos —le dice mientras le quita con el dedo los restos de espuma de cerveza de los labios—. No sé por qué pero a mí también me encanta la forma que tienes de terminar perdido de comida cada vez que tomas algo, y también tus labios. Esos no pueden gustarme más.

—¡Pero no me muerdas!

—Te muerdo cuando quiero.

Hugo se lanzó a besarla, mientras ella luchaba por evitar su lengua trazando recorridos de caracol en sus carrillos.

—¿No piensas decírmelo?

—¿Qué quieres que te diga? —decía intentando quitarse a Hugo de encima entre risas.

—Venga, anda...

—Te quiero, idiota, pero no me babees. Te quiero, te quiero, te quiero.

En ese momento Hugo se arrodilló en la acera.

—Calla, Carlota, que me matas —haciendo uno de esas actuaciones pintorescas tuyas—. No sigas, que me matas.

—Te quiero, idiota. Te quiero —gritó mientras se acercó a sus labios.

Él la cogió en brazos y así pararon de nuevo el tiempo. A horcajadas besándose al lado de unas banquetas y dos cervezas. Mientras el resto de mesas observaban pensando si alguna vez habían visto tanto disparate y amor junto a la vez o si, por primera vez, habían descubierto la ecuación:

$$X + Y = A$$

A=Amor Fitzgerald. Nunca volverá a ser lo mismo.

Baños de aguadillas, también de hormonas

Antes de ti, Carlota/2000

Los pies entre la arena, el barro y el agua fría del pantano. Pasando el rato entre una más de sus interminables competiciones. Esta vez, ¿quién de los dos conseguirá mandar la piedra más cerca de la otra orilla? Por supuesto contando con el número de saltitos. Todo es importante: desde la elección de la piedra más plana con los cantos más redondeados al mejor ángulo de lanzamiento, ni demasiado fuerte ni demasiado flojo para que la piedra no venza a la gravedad. Una de sus peripecias de relajación cuando ya habían ganado suficientes carreras de bicis y les vencía el cansancio. Entonces ese juego sencillo les calmaba las pulsaciones, mientras comentaban el partido de fútbol de la noche anterior o lo poco que les apetecía volver al colegio.

A lo lejos, un grupo de niñas del pueblo se les acerca. Son las mismas de todos los veranos, siempre de la mano de sus padres aprovechando cualquier imprevisto para sacar la lengua o el dedo corazón, mientras con sus caras angelicales confunden a sus inocentes progenitores.

—¿Podéis dejar de tirar piedrecitas? Vamos a bañarnos.

—¿Y?

—Pues que no nos apetece que nos podáis dar con una de ellas.

—Pero, a ver, ¿tú quién eres, que vienes mandando?

—Me llamo Leticia, ¿pasa algo?

—Pues mira, Leticia, a lo mejor lo que deberías hacer es meterte en el agua y dejarnos en paz.

—Más vale que ni a mí ni a mis amigas nos caiga una de esas en la cabeza, ¿sabes?

—¡Uy, qué miedo!

—Deberías. Llamaré a mi padre si no.

En ese momento Jaime y Hugo se guiñaron un ojo y, con la complicidad de quien ha compartido más de una caída de bicis, una carrera al lago y cientos

de competiciones, se zambulleron en el agua de repente, empapando a las niñas que esperaban en la orilla.

Ellas, gruñonas, se tiraron para comenzar una guerra de aguadillas que terminaría por hacerles amigos.

A los doce años también comienzan los baños de hormonas que descubrirían a partir de ese momento.

Artimañas del azar

Después de nosotros/2014

Ayer, mientras cargaba la pila de libros que llevo a cuestas de camino a casa, comenzó a llover y del modo aleatorio del iPod se escuchaba *Amelie*.

No sé si tú ahora te darías cuenta del horror de esta combinación, pero a mí me ha provocado alguna que otra taquicardia y he tenido la necesidad de pararme en un banco de madera junto a mi paraguas hecho añicos: metáfora visual del de Cortázar, pero esta vez acompañado de mí, que también andaba algo rota. ¡Cómo no iba a estarlo! Esa canción fue la última que sonó antes de que subiéramos aquel día a tu casa, la misma tarde que llovía como si después viniese un tornado para arrasarlo todo. Quizá era eso, una especie de aviso, pero es que después me mirabas y claro, apagaba cualquier señal de alerta que no me dejara disfrutar de nosotros.

Entonces comencé a reír por las artimañas del «azar», que no me deja concienciarme de la realidad. Que ya no estás, que hace tiempo que no escucho el motor de tu Ford.

Que seguramente tú no miras llover desde tu ventana preguntándote si se estarán mojando mis gafas y no estás para ayudarme a limpiarlas.

Maldito «azar», déjame en paz para siempre o permíteme jugar mis cartas.

Luciérnagas

Durante nosotros/2013

La universidad ya estaba casi vacía, como un parque de atracciones en octubre, pero ahora era 23 de junio; los exámenes han terminado para la mayoría, incluso para Carlota, que rozaba con la punta de los dedos la libertad que llevaba soñando desde que empezó el infierno de esa carrera de Industriales. Era el último examen del año. Uno más y sería libre por fin. Daniel la acompañaba en esta ocasión, así que al terminar dieron la bienvenida al verano con una cañita en el asturiano que daba a la calle principal.

—¡Por fin, Daniel! Que somos libres, joder...

—No hables muy alto, anda. Que nos tienen que dar la nota.

—¡Venga ya! Esta la hemos aprobado fijo. ¿Cómo se te ha dado?

—Pues, bonita, por lo visto no tan bien como a ti.

—Siempre tan derrotista.

—Es que odio esto, Carlota, en serio, no sabes qué ganas tengo de mandar esto a la mierda de una vez.

—Bueno, nos confundimos.

—Habrás que aguantar.

—Ya no queda nada. Cambiando de tema, nos vamos este fin de semana juntos, Dani. Hugo y yo.

—¿En serio? ¿Dónde?

—Vamos a su pueblo. A ver, que es un fin de semana, pero es nuestro, ¿sabes?

—¿Dos días seguidos?

—No te rías, idiota.

—¿Cómo estás con él?

—Pues es raro. Creo que es una relación caótica, pero es el caos más maravilloso del mundo.

—Si yo te entiendo, me pasa algo parecido.

—Sé que me entiendes y si no lo haces estoy para recordártelo. Lo tuyo con Alfredo es muy parecido.

—Carlota, pero me preocupa todo esto, yo te veo muy inestable ahora mismo. Lo mismo un día estás dando saltos que parece que te has metido algo y al día siguiente estás en una tristeza absoluta, no sé.

—Pero eso no es nuevo...

—A ver, siempre has sido una montaña rusa, y a mí ya sabes que me encanta, pero me da miedo.

—Pero con Fernando era igual.

—Sí y no. Fernando te daba estabilidad, podías contar con él...

—Con Hugo también, supongo. A ver, son diferentes. Son muy muy diferentes, pero cada uno a su manera me dan lo mejor de ellos mismos.

—Estoy de acuerdo, el problema es: ¿estás preparada para lo que te puede dar Hugo?

—Ese es el problema.

—Claro, ese es. De hecho, yo cuando te veo con Hugo creo que sois como luciérnagas. Brilláis hasta dejar ciegos al resto, ¿sabes? Pero a veces con eso no vale. Quiero que seas feliz, Carlota. No quiero que te hagan añicos, que me da miedo que...

—¡Ey, Dani! No tengas miedo de eso, ¿vale? No voy a volver a caer en ese pozo y...

—Por favor, Carlota...

—A ver, sé lo que os preocupa al mundo entero. Sé, de hecho, que por eso estáis todos al tanto. A todos os preocupa: «¿Está Carlota bien? ¿Está tranquila?», pero no os preocupa: «¿Era feliz? ¿Es feliz ahora?».

—Venga, vale. ¿Eres feliz?

—Pues muy feliz e infeliz al mismo tiempo, pero este maldito vaivén es lo que me da oxígeno. Que se me ericen hasta los pelos de los pies es lo que me hace sentir que estoy pisando tierra.

—Ay, a quién quiero dar lecciones...

—¡Por eso! Amor, de verdad, lo que pasó con mi padre fue hace muchos años, ¿vale? Fui una inconsciente y os hice mucho daño. ¡Lo siento! Pero es que...

—Carlota, cielo, ¡qué vas a sentir! Calla, ¿eh?, y vamos a brindar por esta puta asignatura y por la libertad.

—Por este finde también.

—Por supuesto, Carlota. Por el amor.

Artista

Antes de ti, Hugo/2000

Carlota en mitad de la noche; el párpado que se levanta tímido descubriendo que en su despertador se dibujan las 02:00 a.m. Desde hace meses la misma hora, y ella con los labios sellados guardando entre sus secretos que con doce años tiene pesadillas, que deja las sábanas empapadas y da vueltas sobre sí misma como si fuera una croqueta.

«¿Para qué decírselo a mamá y papá? No es necesario preocuparlos, porque estoy bien», se decía a sí misma mientras encontraba la forma de dormirse de nuevo.

De forma aleatoria, acariciada por el azar, dio con la solución: la piedra roseta a su insomnio prematuro.

Aquella noche, después de repasar cien veces los saltitos de un rebaño de quinientas ovejas, se levantó con extremo cuidado, para no despertar a nadie. Ni un leopardo en plena caza lo habría hecho mejor que ella, con sus calcetines violetas de franela. A tientas va directa a su escritorio y enciende su lamparilla de noche; en frente, una simulación de los planetas del sistema solar que hizo junto a su padre. En su pequeño cubilete de madera, algunos lápices de distinto grosor. Algo le impulsa a cogerlo, como si su subconsciente ya tuviese un decálogo de soluciones y ella, desesperada y empapada en sudor, se deja llevar.

Imagina viajar entre los sistemas con naves como el Halcón Milenario y túneles de agujero de gusano que transportan a la velocidad de la luz.

Se acuerda de Asimov y también de si los androides sueñan con ovejas eléctricas. Los folios se hacen pequeños; son cubiertos de túneles interplanetarios, ovejas de colores que invaden el vacío y planetas raros que se sumergen en aguas gelatinosas de colores dorados. Deja volar su imaginación mientras se descubre dando vida en el papel a todo lo que su cabeza está creando y siente cómo el miedo se va evaporando, cómo el aleteo

de sus pestañas se hace cada vez más vago, más pesado y difícil, obligándola a irse de nuevo a la cama para seguir durmiendo.

El antídoto era el sonido del carbón al romperse y crear historias, así lo considerará desde ese momento, y esa será su cura cada noche durante años, convirtiendo las clases de plástica en un baño de elogios, aunque en casa se escondiese tras una puerta cerrada para imaginar mundos y darles vida.

«Quizá no debería esconderlo, quizá debería decirles que me encanta la sensación hipnótica que me sucede cuando cojo un lápiz y comienzo a volar. Quizá debería decirles que amo crear historias, que me da vida, que me devuelve el sueño».

Pensó un plan perfecto con el que chillar alto que ella quería pintar, que quería desvelarse en mitad de la noche para crear imágenes bonitas y volver a dormir. Que se imaginaba en una clase enorme con profesores de bigote blanco explicándole cuadros surrealistas, mientras la emoción le regalaba pequeños latigazos nerviosos. Porque era eso lo que le daba la paz que la ausencia de su padre le quitaba, porque Carlota había nacido para ser artista.

Oniria e insomnia

Después de nosotros/2014

¿Sabes esa canción que me gusta tanto de Love of Lesbian?

Oniria e Insomnia.

Esta noche caminé con Oniria y contigo. Una gran putada después de tanto tiempo.

Una ciudad. Como suele pasar en los sueños, parecía que la conocía perfectamente, pero nada de eso. Es media tarde y un color rosa envuelve el ambiente. Ese cielo que siempre te ha gustado tanto.

Del suelo de la calle sale una especie de humo, como si fuera una niebla densa que lo envuelve todo a mi paso y fusiona el cielo bonito con la oscuridad del recorrido de baldosas amarillas que me llevan a ti.

Te veo a lo lejos, Hugo, pero sigo caminando. En un principio me da igual, incluso siento un horrible sentimiento de indiferencia. La cosa cambia cuando las distancias se van acortando, las calles también se hacen cada vez más estrechas, como si fueran a fusionar con nosotros y hacernos añicos en una especie de Big Bang.

De repente nos encontramos en el mismo punto, y te busco los ojos color aceituna con cierta ansia, pero no se encuentran. Tú charlas con tus amigos y no se cruzan las miradas y yo sigo caminando, mientras mantengo un nudo en el estómago para no gritar.

Como si se hubiesen propuesto clavarme cien agujas en la espina dorsal, en frente aparece un cristal desde el que puedo ver todo lo que tengo detrás sin girarme. Eres tú, Hugo, mirándome con los ojos apagados, con una tristeza enorme como pidiéndome, sin decir nada, que no me vaya.

Yo huyo.

No entiendo por qué después de tanto tiempo tengo que estar soñando este tipo de cosas contigo.

Tampoco entiendo por qué huyo si en el fondo no quiero.

No entiendo nada, pero supongo que ya me da igual. Como yo a ti.
Mi subconsciente no podrá conmigo.

Love Me Tender

Durante nosotros/2013

Voy a descubrir el olor de Navaluenga. Sabes cómo soy con esto de los olores nuevos y lo que me gustan.

Voy a cocinar tacos mexicanos y enseñarte mi plato estrella de macarrones con pesto de calabacín.

Vamos a ver las tres películas de *El padrino* mientras nos hinchamos a Lacasitos y cerveza. Seguramente a mitad de la segunda hagamos el amor, porque la violencia se combate con sexo: «Haz el amor y no la guerra» dijeron en Estados Unidos allá por los años sesenta.

Bailar *love me tender, love me sweet, never let me go* en tu buhardilla, mientras nos abrazamos con una copa de vino. Quedarme colgada del olor de tu cuello y despertar abrazada a tu espalda mientras con la yema de los dedos te dibujo mapas y destinos que conocer juntos.

He contado los minutos que faltan para que estés apoyado en tu coche junto a mi casa, los he contado tantas veces que casi me dejo la mochila, en la que van pocas cosas porque lo que quiero es disfrutar de ti, desnudos.

—Carlota, ¿y dónde me has dicho que te vas con Daniel?

—A su casa del pueblo.

—Pero no sabía yo que tenía casa en...

—Jo, mamá, ¿es que a estas alturas te tengo que dar explicaciones de todo?

—Anda, dame un beso y avísame cuando llegues.

—Vale...

Veo el coche de Hugo, a lo lejos. Recojo las gafas y bajo corriendo las escaleras, saltando las tres últimas como cuando venía papá de viaje.

Carlota:

¡Dani, me voy! Te aviso cuando llegue, no te preocupes. Ves, a esta clase de desequilibrio me refiero. ¡Estoy feliz! Por cierto, este finde estoy contigo... <3

Dani:

Nada me gusta más, amor. Perfecto, estamos juntos en ese pueblo que no tengo. ¡Qué viva el amor! Escíbeme cuando llegues.

Carlota:

Claro, amor. Muakkkkkkk.

Lleva los Levis grises que tanto me gustan. También la camiseta de James Dean que le regalé por su cumpleaños.

—Ey, tú, guaperas, no se cómo lo verás pero he decidido ligar contigo cuando te he visto pasar.

—Eso me gusta.

—¿Dónde vas?

—Me voy a un pueblo de Ávila. ¿Te subes?

—Me parece perfecto —le digo, acercándome a él mientras muevo las caderas sinuosamente y le cojo del cuello de la camisa—. Déjame adivinar... los guapos de tu calibre usan Blue y escuchan a Hendrix, ¿verdad?

—También eres brujita. Sube, que te voy a decir todo lo que sé hacer...

Promesas

Antes de ti, Carlota/1996

Habían pasado tres veranos desde que Hugo y Jaime se conocieron.

Desde aquel día, los padres de Hugo perdonaron pocos fines de semana, así que los dos niños crecieron juntos, entre desayunos de melón en agosto y chocolate con churros los fríos meses de enero. Juntos disfrutaban de la esencia del pueblo en cualquier época del año, del Charco de los Piélagos, el pantano, de la nieve de febrero, de los días naranjas de otoño. Dos amigos que, por muy poco, habían crecido como hermanos.

—¡Jaime!

—Hugo, ¿quieres dejar de vocear? Que son las once de la mañana.

—Mamá, me quiero ir con él al Charco con la bici.

—Pero, cariño, no hace falta que montes tal escandalera un sábado, por Dios. Todo el santo día juntos. ¿Es que no os cansáis?

—Pues claro, mamá. Es mi mejor amigo.

De la casita color canela de en frente salía Encarni, colocándole el bajo de los pantalones a Jaime.

—Ay, Clara, hija, buenos días. No le riñas, si este está igual. Lo debieron hablar anoche.

—A las tres aquí los dos, que vamos a preparar una paella en casa. Comeréis juntos también, no vaya a ser que os dé algo.

—Jo, mamá, no entiendes nada.

—Será eso, mi amor, que no entiendo nada.

Los dos amigos se alejaron de la casa en una carrera que terminaría en el Charco.

Exactamente igual que todos los sábados de verano desde que se conocieron.

—Esta vez te he ganado yo, Jaime, y lo sabes.

—¿Qué dices, idiota? Eso no te lo crees ni tú.

—Venga, lo comprobamos rápido con una última carrera.

—¡Ajá! ¡Tonto el último! —gritó adelantándose a Hugo por el camino repleto de baches.

La carrera era un baile de bicis próximas que luchaban por hacerse un hueco en un espacio escaso de dos metros de ancho, lleno de agujeros ocultos y ortigas asesinas. Los baches hacen ruido en las cadenas que parecen irrompibles mientras ambos se arañan con las ramas rebeldes que condecoran el camino de la victoria. El polvo denso y marrón que levantan las ruedas no los ciega lo suficiente, conocen el camino. Al fondo, las charcas, entre robles, fresnos y alguna que otra lata de Coca-Cola abandonada. Dos niños sedientos de victoria y 35 grados de temperatura corporal, deshaciéndose como mantequilla al calor. Ni la humedad del río Alberche consigue relajarles.

Por fin, al final del camino, justo antes de la escarpada piedra, se frena en seco Jaime, unos instantes antes que su amigo.

—¡Te he ganado! No hay excusas.

—Venga, vale.

—No seas picado.

—Que no, pero de vuelta repetimos.

—Tengo el amigo más torpe con las bicis del mundo.

—¿Y?

—Y el mejor que se podía tener.

—Amigos siempre, ¿verdad? Aunque te gane y no te guste reconocerlo.

—Ey, Hugo, ni se te ocurra dudarlo. Pero ¿eres idiota?

—Promesa hecha, pero ahora a ver quién gana una carrerita en las lagunas.

—Preparados, listos... ¡ya!

Fragancia

Después de nosotros/2014

Me apetece sentirte pegado a mi espalda, en un recodo de mi piel, sin perfumes ni cremas, como la última vez.

Que me repitas de nuevo que te encanta mi olor real, que huelo a niña pequeña, y hundas con ansia tu nariz en mi nuca.

Sentir de nuevo cómo no te apetece alejarte en absoluto de mi aroma; así, como tú lo hacías.

Como si fuese la más cara de las fragancias.

Love is a Laserquest

Durante nosotros/2013

Se parecía un poco a las fotos de aquellas postales bonitas con la que intentan chillar que cuidemos lo que nos rodea. Que el tiempo pasa y nos lo estamos cargando. Se parecía, pero estaba mucho más cerca. Las rocas escarpadas parecían dibujar un camino que llevaba a un trampolín artificial desde el que se veía el fondo de las charcas. Agua limpia, de un color verdoso que nos sorprendía con el aleteo de una buena trucha. Olía a tierra mojada, caléndulas y lirios.

Nosotros tumbados, debajo del frondoso nogal que tanto nos gustaba. Cada vez que se ponía el viento jugueteón, nos cubría con algunas de sus hojas. Parecido a la escena de la película de Sam Mendes, pero sin el sello *American* y sin tan *beauty*. Cuando caían acariciaban, como si fuera un leve roce de la seda, igual que en los cumpleaños que te cubrían de confeti. A ti te encantaba quitármelas después y darme un beso donde antes había una de ellas, cayese donde cayese. Hubiera quién hubiese.

Yo tiraba de mis gigas ilimitados para atiborrarnos de esa música que tanto nos gustaba a los dos mientras nos poníamos color miel bajo el sol de julio.

De vez en cuando abría uno de los ojos y te pillaba observándome con la mirada congelada y la sonrisa de lado, como lo hacía tu «Rey». Otras veces me daba cuenta de que era yo la que me quedaba hipnotizada con el aleteo de tus pestañas color avellana y de las pecas que se te dibujaban al sol, como si fueran pipas de una sandía. Con la diferencia de que esta vez no habría tirado ni una.

Suena *Love is a Laserquest*.

—¿Has visto la letra de esta canción, Carlota?

—La verdad es que en esta me has pillado.

—Dice algo así como, cuando seas viejo, estaré ahí recordándote con esas zapatillas roídas de andar por casa en ese sofá de cuero marrón hecho un asco.

—Interesante.

—Sé que me pasará contigo, Carlota.

—Bueno, no lo sabes.

—Sí, lo he sabido cuando te miraba y tenías los ojos cerrados. Lo he sabido desde el día en que me dijeron: «Ey, te voy a presentar a mi amiga Carlota, que he visto cómo te has quedado mirándola aunque tiene novio». Y te lo digo aquí, que es un sitio sagrado para mí.

—¿Por qué?

—Bueno, Carlota, siempre hay un sitio sagrado para todo el mundo.

—Para mí no.

—Venga ya, no me mientas. Siempre hay uno.

—¿No crees que, más que un lugar sagrado, es un recuerdo? Es más bien un sitio en el que viviste algo tan bonito que se quedó grabado en la memoria: como los sándwiches de Nocilla de cuando éramos niños, después del cole. ¡Dime que no cierras los ojos, te acuerdas de ellos y sonríes mucho!

—Claro, algo así. Una conversación con alguien, un instante, los sándwiches de Nocilla.

—¡Ajá! ¿Y qué viviste aquí, entonces?

—Eres una trampa.

—Te juro que no lo he hecho aposta, pero te me has delatado, señorito.

—Bueno, Carlota, mejor olvida lo que te dije. Es que no me gusta hablar del tema, ¿vale, ratona?

—Hugo, pero...

—Por favor, Carlota... Solo es cierta una cosa: cuando aquí hago una promesa, es una verdad eterna; como que los sándwiches de Nocilla son los más ricos del mundo —me dijo mientras me mordía la nariz.

La metamorfosis de Narciso

Antes de ti, Hugo/2002

Carlota se enamoró de aquel cuadro porque Calle se lo enseñó.

Fue culpa suya.

Porque ella se enamoró primero y se lo contagió, exactamente como ha pasado siempre desde que se cruzaron por casualidad en aquel parque cercano a casa.

Esa tarde de marzo que, siendo dos desconocidas, se convertían en aliadas mientras calculaban un plan para salvar al pájaro que había caído del nido y al que unos niños pretendían diseccionar con un palo.

Se miraron de pasada y enseguida descubrieron que las dos eran lo suficientemente valientes para enfrentarse a los tres matones que pretendían experimentar con la libertad.

Pelearon con la inteligencia que le falta a la brutalidad, al son de un plan sencillo, rápido, perfecto.

Una piedra de Calle que apunta con acierto al brazo de uno de los niños. Ellos descubren que aquella niña de piernas de alambre se ha atrevido a plantarles cara con una sonrisa de oreja a oreja. Los tres cavernícolas de metro cuarenta se enfurecen y salen corriendo detrás de ella. Previsible, como los movimientos de la ignorancia. Entonces Carlota aprovecha el descuido para coger al pájaro entre sus manos. A salvo.

Calle conocía un escondite cercano que previamente le había declarado a su aliada, así que no tuvo que correr demasiado hasta que los tres salvajes le perdieron la pista. Carlota fue a su encuentro.

Se miraron triunfantes y lo llamaron Principito.

«No era más que un gorrión semejante a mil otros. Pero yo le hice mi amigo y ahora es único en el mundo».

Ese fue el comienzo de su amistad.

Cuando por fin Principito pudo alzar el vuelo, ambas lloraron de felicidad.

Comprendieron que su amistad sería siempre así.

Dejándose volar, porque es así como pueden disfrutar de la belleza de sus alas. Cuidándose cuando alguna caía para que después pudieran de nuevo saltar al precipicio. Queriéndose libres y auténticas.

Carlota se enamoró de aquel cuadro la tarde en la que Calle le contó que se dio de bruces con Dalí.

Carlota le pidió que le hablara de él, que se lo enseñara.

Quedaron al salir del colegio. Tenía que ser pronto porque las cosas ricas se cocinan lentas, como las croquetas de la abuela Rita. Y sin decirse nada caminaron, coordinadas como un ejército, a la cafetería de Antonio en el barrio de las Letras. Ese rincón de Madrid donde servían café entre cuadros de genios y estanterías repletas de libros.

Tardó poco en colocarlas una mesa junto a un chocolate caliente.

—¿Qué inquietud tienen hoy mis mentes rebeldes?

—Antonio, quiero conocer más de Dalí. Me habló Calle de él y quiero que me enseñe cosas.

—Cómo son mis niñas...

—Me he enamorado, Antonio, qué le voy a hacer —dijo Calle sonriendo—. Sé que Carlota también lo hará.

—Os voy a ayudar un poco, anda.

—¿Qué nos vas a enseñar, Antonio?

—Tranquilas, chicas...

Entonces apareció con un libro enorme de cuadros del genio, de análisis de sus obras. Uno de los libros que vendía, cedido a ellas porque sí, porque Antonio siempre mostraba una generosidad extrema con esas adolescentes inquietas. Con los años entendieron que le alimentaba la pasión de esas dos niñas distraídas. Esas dos niñas que se comían el mundo en aquella cafetería llena de libros a la que solo podían cederles el dinero de dos cafés mientras divagaban sobre el mundo. Él solo quería ayudar a que esa hambre creciera, y tanto que lo hizo, de una forma magistral que las hizo adictas a ese lugar, a la música de Tom Waits que resonaba entre esas paredes, a los que escribían las citas que decoraban aquel local.

Abrieron el libro, con el titubeo que regala la emoción.

Calle se quedó absorta en una de las páginas, en aquel cuadro.

Sus ojos destilaban vida mientras se ponían rojos y húmedos. Entonces la piel de Carlota se erizó al vivir aquello junto a la que consideraba su mejor

amiga. ¡Cómo no iba a serlo! Ella, que se emocionaba al descubrir un cuadro.

La metamorfosis de Narciso.

Calle, absorta.

Carlota primero enmudece al verla, orgullosa.

Después también se queda atrapada en aquel cuadro.

Se enamoraron, como ya les pasó con *Rayuela*.

Se enamoraron juntas.

Aquella noche comenzó a dibujar esa imagen, así cada día hasta terminarlo. Nada le removía así el estómago, nada le calmaba así los nervios, nada le producía ese baño de serotonina.

Cuando por fin lo terminó decidió que se lo mostraría a sus padres ese fin de semana en el porche. Habría que aprovechar la ocasión en la que su padre estuviera en casa. Se pondría la boina francesa de su madre, haría un redoble de tambores y diría: «Tengo una noticia para vosotros. Voy a ser artista», pavoneándose orgullosa mientras sostenía el dibujo.

Soñaba con ese momento; lo idealizaba y eso le creaba cosquillas en la boca del estómago.

Tampoco se lo había dicho a Calle, porque después se lo regalaría a ella, por hacerla volar como Principito.

Pero todo se torció. Se torció porque escuchó algo que le hizo cambiar de idea, porque venía de la persona a la que más admiraba en el mundo y porque no siempre se encuentra una con la tesitura de amarse a sí misma más lejos que Próxima Centauri.

—Cariño, estoy preocupada por mi hermana.

—¿Qué ha hecho ahora Eugenia?

—Quiere empezar de nuevo. Abrir una tienda con productos manuales hechos por ella, productos de arte, libros... La idea es bonita, pero es que me parece arriesgado.

—Es una soñadora.

—Lo sé, pero es que necesitará mucho dinero para comenzar. ¿Y si esta vez no sale bien?

—Tiene la cabeza repleta de pájaros. No sé, es un mundo difícil. No da dinero y hay que vivir, no te puedes dedicar plenamente a eso.

—Bueno, no tiene por qué ser así.

—Tiene arte, como lo tenía tu madre pintando, pero Picasso hay uno, mi amor, esa es la realidad. Una tienda no sé si será una solución, la verdad, pero

bueno, al menos es más factible, ¿no?

—Lo mismo este nuevo proyecto sale bien. Esta vez deberíamos confiar en ella. Quizá podríamos ayudarla...

Carlota se quedó inmóvil con una de las frases retumbando en su cabeza: «No te puedes dedicar plenamente a eso».

Es como si el pedestal que tenía para su padre se hubiera derrumbado.

Sus sueños sobre una torre de naipes que se desploma.

A él nunca le impresionaría unos trazados sobre el papel y probablemente pensaría que era una soñadora como su tía Eugenia.

Cogió el dibujo y lo hizo pedazos.

¿Cómo se atrevía a pintar en honor a Dalí? ¿Cómo se atrevía a ensuciar de esa manera el cuadro favorito de Calle?

No volvería a pintar en febrero, ni en marzo. No sería hasta medio año más tarde cuando volvió a coger uno de sus lápices de carbón, precisamente porque Calle la lanzó al vacío, como tantas otras veces, pero la herida ya estaba hecha.

Mes 3 sin ti

Después de nosotros/ 2014

Se sigue preguntando si escribirle a escondidas cura las heridas que no se ven. Por si acaso, Carlota coge la pluma del cajón donde viven sus lápices sin punta, las gomas de Milán y los subrayadores de colores con los que ha conseguido terminar sus estudios y escribe, como siempre desde aquel día que se fue.

Lo pasamos bien. Venga, ya han pasado tres meses, vamos a reconocer las cosas.

¿Recuerdas cómo nos miraba el mundo dados de la mano por Madrid? Sé que esto te gustaba mucho, pero es que es verdad: éramos tanto con tan poco...

El sincronismo de nuestro caminar, la química que contaminaba el ambiente...

Como aquel día en la taberna de la esquina de tu casa, el bar de Pedro. Entramos dados de la mano y, joder, debe ser que los dos juntos éramos algo así como *Bonny and Clyde*, como la dinamita, como la Coca-Cola y los caramelos Mentos. Debía ser que echábamos chispas, jugábamos a la combinatoria perfecta.

Nosotros comprando tabaco, mientras el mundo nos miraba como cuando una botella se desborda y te quedas perplejo. O quizá nosotros lo pensábamos así: ceguera y egolatría derivada del enamoramiento, qué sé yo.

El refugio y encarcelarnos para saciarnos de ti, de mí, de nosotros.

Me faltaron dosis de rock & roll para hartarme a tu lado, me faltaron noches de locura y volver colgada de tus brazos por las calles de Malasaña: tan jóvenes, tan locos, tan borrachos. Sin más miedo que perdernos el Rastro, sin más prisa que la de hincharnos de esa lujuria que aparecía siempre que nos mirábamos.

Nos faltó dejarnos la voz en un concierto, bailar mirándonos a los ojos con *Love is a Laserquest*. ¡Eh! ¿Te das cuenta de que eso hubiese sido una ironía de esas con las que solía acosarnos el azar?

Me faltaron noches en Navalunga y despertarme con el sol dorando nuestras mejillas. Quizá con el sonido horrible del cortacésped del señor Faustino mientras nos follábamos a pleno sol para darnos los buenos días.

Colmarnos de la inercia de una curva bien hecha y reír después, con los nervios agarrotando mis piernas.

Atiborrarme de ti.

Pero eso estaba demasiado reñido con el calendario. Le otorgamos tanto caché que terminó por devorarnos.

Todavía recojo cachitos de ilusiones y esperanzas rotas.

Están guardadas con cariño por si acaso nos la vuelve a jugar el azar. Sabes que éramos su juguete preferido.

Suena *Je t'aime... moi non plus*, pero ya no es lo mismo, tú no estás aquí para quedarnos colgados en una mirada, no es lo mismo...

Querido Jim

Durante nosotros/2013

Segunda noche juntos.

El cobertizo es una exposición de jardinería, una jungla de flores bonitas que huelen a jazmín y lavanda mezcladas con el olor de la chimenea.

Han salido fuera con unas mantas y una botella de Rioja crianza que Hugo ha robado de la bodega de su padre; total, puede que no se dé cuenta, incluso que esté orgulloso de su buen gusto.

Entre aquella selva de macetas cuidadas, aparece un gato negro. Su caminar elegante, moviéndose con destreza entre las plantitas sin tirar nada, mientras se acerca a Hugo que, al verle danzar, hace una reverencia y le deja unos trozos de carne en un platito de la esquina.

—Carlota, te presento a Bogart.

—¿Es tuyo?

—¡No! Bogart no es mío, no es de nadie. Es libre, pero a veces nos saluda.

—Es un listillo, ¿no? —dijo Carlota, acariciándole el hocico.

—Es estilo, Carlota, lo mío es gratitud. No viene siempre, no te creas.

—Sabrá que estaba por aquí y claro...

—Tiene cierto don para oler la elegancia, sabía que estaba mi Lauren Bacall y no ha querido perderse.

—Pues por mí que se quede toda la noche, me gusta Bogart.

Sopla un aire fresco y le hacen frente con una chaquetita.

Carlota hace sonar *Light my fire* de los Doors.

—¿Sabes que Jim escribía poesía?

—¿Tienes alguna por ahí?

—No, pero te voy a enseñar uno de sus poemas preferidos.

—Por favor.

—Es un poema de William Blake. Déjame buscarlo.

—Espero.

—«Si las puertas de la percepción fueran depuradas, todo aparecería ante el hombre tal cual es: infinito».

—Lo que me faltaba por saber de Jim.

—Ahora te gusta un poco más, ¿eh?

—Solo un poco.

—Yo también lo creo, ¿sabes?, esa frase... No sabemos ver, Hugo, estamos cegados por las heridas, por las piedras que se han clavado en nuestro subconsciente desde niños y no vemos nada con claridad. No nos conocemos.

—Es difícil, Carlota, hay heridas que es mejor no volver a abrir.

—Mi padre adoraba las estrellas, y me enseñaba todo lo que sabía. Una de mis heridas es él, supongo.

—¿Él?

—Nuestra relación, más bien. Verle hacer las maletas cada domingo, echarle de menos después de clase, no poder abrazarle... ¿Y tú? ¿Eres consciente de alguna herida?

—No lo sé, Carlota. Yo no sé si tendré heridas que condicionan mi forma de ser. No tengo ni idea.

—¿Nada? Venga, vamos a analizarte.

Hugo comenzó a reírse:

—¿Qué dices, Carlota?

Ella se sentó cerca junto a él, y le hizo sentarse cruzando las piernas y mirándole a los ojos.

—Venga, Hugo, vamos a conocernos mejor.

—¿Qué quiere saber esa cabecita?

—Cuéntame algo que recuerdas que te doliera mucho. Mira, hoy en las charcas dijiste algo sobre una promesa y después te quisiste evadir del tema, como si te diera miedo hablar de ello.

—No es miedo, Carlota. Es que no me gusta.

—Pero... A veces hablar...

—Carlota, por favor.

—Bueno, Hugo, perdona. Solo quería...

—Lo sé, ratona —le dijo mientras le subía la barbilla—. Hace unos años murió uno de mis mejores amigos.

—¿Cómo? Nunca me has...

—Ya. Nunca hablo de él, nunca hablo del tema. Prefiero no hacerlo. Supongo que me sentiré mal el resto de mi vida, Carlota. Bastante asco me doy

cada vez que lo pienso para cargar encima con las miradas de culpabilidad de la gente.

—Eso no puede ser y yo no soy gente.

—Lo sé, Carlota.

—Es que sé que no es culpa tuya, estoy convencida. No necesito ni saberlo, ¿me oyes?

—Sí que lo fue porque aquella noche yo tendría que haber estado con él, y le dejé solo con unas mierdas. Le dejé solo y por eso aquel accidente.

—¡Ey! Eso no fue culpa tuya, no lo fue, amor. Estoy segura. Tú no habrías podido evitar nada.

—Podría haber evitado que se subiera a aquel coche, ¿sabes?

Hugo comenzó a llorar. Carlota entonces apagó la música y rodeó con sus piernas la cintura de Hugo.

Mientras él lloraba, Carlota le abrazaba tan fuerte que casi podía romperlo. Lo hacía por si así le mataba la pena. Se quedaron dormidos sobre aquella manta de borrego. A su derecha, Bogart velaba por su tristeza.

Decisiones

Antes de ti, Carlota/2003

El suelo arde. Ni la piedra de la casa que construyó el abuelo Manolo es capaz de resguardar del calor. El porche es un festival de colores y animales pequeños, más verde, pero también más intransitable.

En su habitación hay un pequeño balcón en el que aprovecha a fumar sin dejar rastro, mientras se sienta apoyado en la cornisa, con los pies descalzos. Ese verano está siendo de los más calurosos en años, pero a Hugo no le importa porque lo disfruta en el pantano mientras, con la excusa de una aguadilla, se arrima a Leticia y, con suerte, consigue tocar un poco.

Porque ahora le apetece, porque piensa en ella y le cuesta disimular sus instintos. Porque intenta evitar mirarla fuera del agua para que no le delate su pene en erupción al menor descuido, porque encima ella ante eso sonríe con los carrillos sonrosados mientras le mira juguetona para después ignorarle.

Hugo se ríe con todas esas noticias que avisan de las altas temperaturas.

«Que os jodan», piensa, «ni puta idea de temperaturas altas; caliente vivo yo desde que ha llegado Leticia».

Ni tocarse varias veces al día le alivia. Le consuela saber que a Jaime le pasa lo mismo.

Hugo tiene quince años y son las fiestas de Navaluenga.

En Madrid resulta imposible que le dejen llegar más tarde de las doce, pero quizás ahora sea la excusa perfecta. Quiere beber con Jaime, quiere terminar la noche con Leticia y espera que por fin su amigo se decida con Beatriz.

Leticia, la niña quejica que se enfadaba cuando le tiraban agua.

Con la que se tiraban piedras en el Charco de los Piélagos.

Esa niña a la que insultaba desde la otra orilla.

Desde hace semanas han hablado de esa noche, desde hace semanas organizando la forma de ir metiéndoles la idea poco a poco a sus padres. El camino ya está casi hecho, si van juntos no habrá problema.

—Mamá, déjame salir esta noche, son las fiestas. Estaré con Jaime.
—Es que en las fiestas sabes cómo se pone la gente de aquí y...
—Venga, anda, prometo ser un chico responsable.
—Clara, vamos a confiar en él. Eso sí, después tendrá que apretar este año y subir la media.
—Por supuesto, este año se acabó tanta vaguería. No bebas, ¿eh?, ni se te ocurra.
El padre de Hugo se acercó a él en un despiste.
—Sé que vas a beber, pero usa la cabeza, Hugo, por favor. Eres lo único que tu madre y yo tenemos en esta vida.
—Papá, tranquilo, de verdad.
Hugo subió corriendo las escaleras y aprovechó para llamar a Jaime.
—Jaime, ¿salimos esta noche?
—Hugo, ¿lo dudabas?
—A las doce en la plaza, ¿te parece?
Compraron una botella de whisky del malo y se marcharon a las afueras a beber y disfrutar tranquilos. A veces las multitudes les sobraban. Además, Jaime llevaba algunos cigarros, así que aquella noche, al menos para ambos, prometía.
—¿Una de chupitos?
—Chupitos entre dos amigos, cómo no.
—He pensado escribir después a Leti. Estará con sus amigas y...
—No pasa nada, Hugo, esta noche también salen el grupo de amigos.
—Pero, ¿y Bea? Estoy convencido de que le gustas.
—Bueno, Bea me gusta mucho, pero francamente, Hugo, ella pasa de mí.
—¡Qué dices!
—En el fondo da igual; hablé con estos y además dijeron de ir a ver a unas chicas...
—¿Los mayores?
—Sí, ese grupo que no te hace mucha gracia.
—No sé, Jaime, creo que están demasiado locos. Mira que a nosotros se nos va la pinza, pero...
—Yo no soy como ellos, pero me divierto; y así puedes irte un rato con Leti, canalla.
—También podemos irnos con ellas. Son nuestras amigas, Jaime.
—Hugo, no seas plasta, si ya me dijo Javier que por qué no me iba con ellos

un rato. Al final paso con ellos todo el tiempo que tú no vienes al pueblo. También son mis colegas. Cumplo, ¿sabes? Y bueno, hay una chica que me hace gracia.

—No tanto como Bea.

—Lo mismo si la conozco sí. Además a ella sí que le gusto.

—Bueno...

—Confía en mí, Hugo. También son mis amigos...

—Sí, pero no sé si son lo más apropiado.

—Hugo, tío, que yo soy de tu palo. No voy a hacer gilipollices.

—No te molesta, ¿de verdad?

—Qué no, pesado...

La siguieron alguna ronda más de chupitos, ante las que los dos jovencitos no sucumbían fácilmente porque ya habían pasado más de una borrachera juntos. Una vez protegiendo Jaime, otras veces Hugo; pero siempre juntos.

«Hola Hugo, ¿te veo luego un rato?».

—Me ha escrito Leti, Jaime.

—Te vuelve tonto, tío —dijo mientras le removía el flequillo.

—Joder, es que es guapa, ¿eh?

—Sí que lo es, pero venga, idiota, contéstale.

«Hola Leti, claro. ¿Qué hora te parece? Las 15:30 pm en el bar Canalla».

—¿Las tres y media te parece bien, Jaime?

—De puta madre, tío. Tampoco es plan de irme con estos supertarde.

«¡Perfecto, Hugo! ¡Nos vemos!».

Entre risas y whisky con Coca-Cola pasaron el rato.

—¿Vamos tirando?

—Sí. Estás nervioso, ¿eh?

—Joder, es que es...

—Me encanta que estés así. Es muy buena chica, Hugo.

—Bueno, a ver, me gusta, pero vamos...

—Deja de pensar tanto y disfruta.

—Ya, la verdad que me apetece verla.

En la plaza se dijeron adiós con ese choque de manos que aprendieron con ocho años y que repetían desde aquel entonces al despedirse. Jaime había quedado en el mismo sitio con los mayores. Hugo se acercaba temblando a la melena color miel de Leticia. De lejos, un guiño entre ambos despertaba la complicidad de los amigos que guardan muchos secretos. A pesar de todo, a

Hugo se le escapa cierto sentimiento de desconfianza con los nuevos colegas de Jaime. Nunca le gustaron, pero desde aquella noche nunca más podría mirarlos a la cara sin sentir odio.

Últimas tardes con Teresa

Después de nosotros/2014

Hugo:

En la Uno están echando Últimas tardes con Teresa, no sé si quieres verla. Solo te recordé; y recordé que, siendo tú, quizá te gustaría...

«Perdí tu teléfono, Hugo. Bueno, más bien lo borré en uno de mis arranques por salir a la superficie y tomar aire. No tardé en darme cuenta de que ese mensaje venía de ti, no tardé porque Últimas tardes con Teresa eras tú».

En un segundo, mi ritmo cardiaco se aceleró como un cohete en pleno despegue, mis manos comenzaron a sudar mientras yo lidiaba con la única opción de no hundirme de nuevo y de escribir lo más apropiado dadas las circunstancias.

Empecé escribiendo: *Claro que la veré.*

En seguida me arrepentí. «No muestres tanta entrega e interés; que no crea que le echas de menos». Así que borré y escribí de nuevo:

Gracias, Hugo. Es una opción, puede que la vea.

«Venga, coño, tú no eres así», pensaba. Nunca mi cabeza ha disparado tanto pensamiento contradictorio en tan corto plazo de tiempo. «Que no, Carlota, que tú no eres así, que seas tú. Que te seas fiel por encima de todo».

Hola, Hugo. No esperaba que me escribieras. Voy a verla. Gracias por acordarte.

«¿Envío? ¿No envío? Envío».

«Ay, Dios, mierda, y ahora pensará que soy una idiota. Que me falta tiempo para seguir sus consejitos».

Suena de nuevo el teléfono.

Espero que la disfrutes. Un beso.

Aquella noche me acosté pensando en ti un poco más, te lloré también y pensé que odiaría *Últimas tardes con Teresa* como había empezado a odiar la lluvia, solo por una razón: me recordaban demasiado a ti.

Ying/Yang

Durante nosotros/2013

Son las cuatro de la mañana.

Me desvelo y mi pensamiento consciente se sitúa en ayer.

Recuerdo a María: «PRESENTE», me digo, solo que se me olvida o te recuerdo. Y así todo el rato.

Creo que anoche lo dejamos.

Digo creo, porque no puede ser cierto. De nuevo montando tormentas de la nada.

Te he agobiado, supongo. Vinimos de Navaluenga, de dos días de encierro y me ato a ti.

Me ato y te asfixio. Tú de nuevo te anudas a tu miedo y a tus horarios.

Tú no fluyes y a mí se me ha olvidado cómo fluir sin ti.

Seguro que no es sano esto.

Nada de «be water, my friend».

Es como si no supiésemos, como si fuésemos dos piezas opuestas que se atraen.

Ying/Yang.

Ahora habla mi parte más sincera: mañana juraré que vives atado a los calendarios, a los terrores que te provoca fallar a alguien. No veré lo mío. Porque los miedos son así de ciegos.

Porque todos somos así de ciegos.

Escribo un cuaderno vacío para expulsar la mierda que se ancla en mi cabeza como aguas estancadas.

Escribo hasta que me quedo dormida.

Te odio, Hugo.

Te odio o te quiero.

Te quiero.

Vibremos

Antes de ti, Hugo/2004

La piel de Carlota se erizaba en el porche.

Hacía frío, pero aquella noche quería aprovechar el tiempo junto a su padre como si fuera oro. Volvería a marcharse durante dos semanas por trabajo y cada vez le costaba más recolectar momentos juntos. Hasta Bruno comenzaba a olerle más de la cuenta cada vez que regresaba, como si quisiera asegurarse de más o como si hubiera perdido su esencia.

Carlota devoraba sus libros, quería ser ella quien le hablara de Brian Greene, de Hawking, de agujeros de gusano. Quería sorprenderle, porque por alguna razón sentía que de esta manera él dejaría de buscar fuera lo que ella podría regalarle en conocimientos, en fórmulas enormes y nuevos descubrimientos científicos.

—Carlota, tus notas son extraordinarias. De verdad, hija, estoy superorgulloso de ti.

—Lo sé, papá. Me alegra que sea así.

—Supongo que es pronto, pero en dos años tendrás que hacer selectividad y quizás deberías pensar en aquello a lo que te gustaría dedicarte.

—Sí, papá, creo que cualquiera de la rama científica. Físicas tiene pocas salidas al no ser que seas una eminencia.

—Cariño, tú lo eres. ¿Pero no te has visto?

Carlota sintió un incendio en las mejillas. La admiración que sentía por su padre se reproducía ahora en el elogio de él hacia ella.

—Bueno, papá, es que me gusta...

—Me encanta mi niña. Compartiendo encima gustos.

—Mamá dice que somos iguales, incluso en cómo nos tomamos todo tan a pecho.

—Sí, trabajamos demasiado, diría yo.

—Papá, no te reprocho nada, te admiro mucho. No todo el mundo puede

decir que tiene un padre trabajando en el CERN. Es solo que sé que para ti no ha sido fácil tampoco.

—Hija, lo único que me jode de esto es no poder estar más contigo y con mamá.

—Nosotras lo sabemos, papá. No te preocupes por ello. Hombre, sería genial verte más. Te echamos tanto de menos...

—Yo también, Carlota. Quizás el año que viene cambien las cosas y no tenga que viajar tanto. Os vais a hartar de papá.

—¿De verdad?

—Podré trabajar más en casa y en la universidad. No tendré que pasar tanto tiempo viajando ni en Suiza, será más temporal.

—Jo, papá, qué feliz me estás haciendo.

—Por fin estaré con mis chicas.

—Claro. Ahora no lo pienses, que te pones triste. Vamos a comer, lo que viene de la cocina huele de maravilla.

A los pocos meses una noticia cambiaría su mundo para siempre.

Equilibrio

Después de nosotros/2014

Volvíamos cogidos de la mano, Dani. Como tantas otras veces; pero esta vez luchábamos por sostener la pena del otro para no rompernos, como si no estuviéramos ya hechos añicos.

Nos pasamos con el tequila y el calor de junio es traicionero. Chueca nos divirtió por un rato hasta que tuvimos que lidiar con los recuerdos de los dos canallas. Decidimos que era momento de marcharse a casa y me cogiste de la mano, compartiendo el desequilibrio de la falta de respuestas, disfrutando de la vida de Madrid a las cuatro de la mañana.

Te miro mientras caminas y de vez en cuando se te empañan los ojos, aparentas estar bien tras una corteza de acero con la que has cubierto un corazón rasgado, arañado de desesperanza. Te sigo el rollo para respetar tu tristeza mientras caminamos arropados por una luna llena que siempre tiende a traicionarnos. La Castellana no pesa mientras reímos y lloramos de camino a Atocha. A veces tarareamos algo de Pereza porque nos sienta bien.

—¿Sabes, Dani? Sigue volándome la cabeza la imagen de Hugo antes de dormir, pero ya me da igual, es por costumbre.

—Me pasa lo mismo. Es por costumbre, supongo.

Nos miramos y comenzamos a reír a carcajadas, mientras el vértigo y el alcohol me tumban de culo sobre la acera y tú, abusando de las situaciones empáticas que nos mimetizan, caes conmigo haciendo retumbar Madrid entre risas y lágrimas.

—Somos unos mentirosos.

—Unos putos mentirosos —te digo mientras te abrazo fuerte.

—¿Qué hacemos, Carlota? ¿Esto no se cura nunca o qué?

—Supongo que es el riesgo que se sufre cuando te enamoras de verdad.

—Tiene que haber otra explicación, me tiene que seguir queriendo.

—Cuando uno quiere a alguien no se arriesga a perderle para siempre, no

puede ser.

—Pero puede que les pasara algo por la cabeza, no sé...

—La única razón es que no estamos con ellos, Dani, que nos han hecho añicos y debemos seguir adelante.

—¿Adelante como hasta ahora?

—¿Te refieres a nuestra caída triunfal en el centro de Madrid?

—Sí, a ese desequilibrio con el que llevamos peleando desde que se fueron.

—Supongo que el desequilibrio se acabará esfumando. Supongo que nos acostumbraremos tanto a caminar haciendo esos que no nos daremos cuenta de que un día caminábamos más rectos. Supongo que forma parte de la vida esto de torcerse para hacerse más feo, quizá para hacerse más bonito.

—Entonces, ¿crees que un día no nos daremos cuenta de que vivimos tambaleándonos?

—Ya sabes lo que pienso, cuando alguien consigue hacer crac de verdad la herida no se cura nunca o queda un boquete serio. El equilibrio lo perdimos cuando nos subimos a la puta noria que nos hizo girar como unos locos. ¿Lo peor? Que volvería a subirme un millón de veces.

—Un billón de veces con todo lo que jode.

—Probablemente suframos vértigo durante un tiempo, miedo a que nos vuelvan a dar vueltas haciéndonos caer.

—Pero, Carlota, es que yo solo le quiero a él. Si tengo que vivir en un desequilibrio que sea por su puta culpa, no quiero a nadie más.

—Quizá algún día no... Mientras tanto debemos aprender a vivir así. Se nos pasará o caminaremos haciendo unas eses preciosas, oye. Seguro que no es tan aburrido —le dije tendiéndole la mano.

—Quizá no.

—Anda, levanta, nos queda una buena caminata.

Atocha amanece y tú me pides el primer taxi mientras le dices al conductor mi dirección arropándome con tu sudadera.

—Ya me la darás mañana, amor. Abrígate, que estás helada.

—Qué suerte tengo contigo.

—Avísame cuando llegues a casa.

—Vale.

Me ha costado lidiar con la pena de ambos, aparentar fortaleza cuando me muero por escribir a Hugo y decirle que nada me apetece más que descubrir el cielo naranja desde su ventana.

Pero debía tirar por los dos, a veces es necesario. Además, no necesitamos a nadie, al menos no ahora.

Te miro a lo lejos y pienso que la felicidad se encuentra arropada con una sudadera de camino a casa. Los amigos, esa clase de amor que sí es para siempre.

Delicias desde Brasil

Durante nosotros/2013

Cinco días sin vernos. Tampoco he sabido de ti, ni he oído el ruido de tu viejo Ford.

Me dijiste que era el fin y decidí dejarte tomar aire.

Yo no respiro igual desde ese día, ahora me cuesta.

Recuerdo a diario esa conversación en tu casa. Una de aquellas noches en las que quedábamos para mirarnos, para escuchar *Sgt. Pepper's Lonely Hearts Club Band*, para darnos un baño de burbujas mientras me desenredabas el pelo.

—Nunca vuelvo a lo que dejo atrás, ya sabes.

—Pero ¿nunca lo has hecho Hugo? ¿Nunca has echado de menos?

—Echar de menos es otra cosa, Carlota. Yo cierro los caminos. Si te has dado una buena hostia, ¿para qué volver por ahí?

—Es que en esto yo no sé. Creo que cuando has amado a alguien tanto, cuando has grabado su olor, el sonido de su risa, el tacto de sus dedos, cuando ha sido todo para ti, no entiendo por qué tiene que dejar de serlo.

—Pues porque no merece la pena, porque no funcionó. Yo solo sé que no puedo.

—Entonces, Hugo, si alguna vez pasa algo, ¿jamás volveré a verte? ¿No sabré más de ti?

—Supongo que no, Carlota, pero ¿qué leches haces pensando eso?

—Es que lo pienso y se me hace un nudo en la garganta.

—Deja de pensar y ven aquí, ratona.

Esa ratona, incluida la posterior mordedura de nariz, vive en mi recuerdo tatuada a tinta china negra.

Así que todas las noches duermo con ese recordatorio.

Con esa mierda de recordatorio.

Suena mi móvil. No quiero mirarlo. Será Dani o Calle preocupados por mí

de nuevo.

«Saldré de esta», me digo.

Lo miro. En la pantalla aparece su nombre: HUGO.

Tiemblo. Me sorprendo pensando si cogerlo o no. «¿Serás idiota?! Llevas cinco días esperando esto que pensabas que no pasaría».

—¿Hugo?

—Carlota, siento llamarte a estas horas, quizá sea tarde.

—Iba a dormirme, sí, pero no pasa nada.

—Estoy abajo de tu casa.

—¿Debajo de casa?

—Sí, he hecho esto todas las noches pero...

—¿Qué haces ahí. Hugo?

—Esperar que la casualidad haga que bajes y me encuentres, intentando forzar al azar.

—Jo, Hugo. Bueno, quizá podamos forzarlo un poco más, ¿no?

Me levanto y tardo medio segundo en ponerme algo que dista mucho de ese pijama de cuadros violetas.

Lo hago a escondidas, mamá está durmiendo.

Me voy sigilosa, no quiero que se entere. No quiero sermones de martes. No ahora.

Cierro la puerta de casa con la tranquilidad de un monje budista. Tentando a las fuerzas de la naturaleza, a la suerte y al azar. Creo que hoy me la estoy jugando.

Estás abajo, esperando fuera del coche. Me abrazas como si hubiera pasado un siglo desde que no nos vemos.

Siento tu calor y parece que ahora también noto el aire llenar mis pulmones.

—Carlota, perdóname. ¿Te acuerdas aquel día que hablamos y...?

—Me he acordado de él todas las noches. Pensando que no volverías.

—Pero ¿ya sabes a qué me refiero?

—Supongo a que no vuelves atrás.

—No he podido contigo. No sé qué me has hecho, pero contigo no puedo. Aquí estoy. No puedo.

—Pero...

—Quiero estar contigo. Te quiero. Te quiero como no he querido a nadie.

—Joder, Hugo.

—Normal. Carlota, lo mejor es que me vaya, ¿verdad?

—Espera.

—¿Espero?

—¿Y si hacemos como si estos cinco días solo hubieran sido un viaje a Brasil, por ejemplo?

—¿Un viaje a Brasil?

—Claro, tú has estado en Brasil, estás en Brasil. De ahí la distancia, que no pudiéramos hablar. Ya está.

—Carlota, pero ¿cómo puedes ser así?

—Es que yo también te quiero demasiado, es que todo me da igual si estoy contigo.

—Si es que...

—No digas nada, ¿vale? Los dos hemos provocado este viaje a Brasil, los dos la hemos cagado y los dos nos queremos hasta reventar. Y a mí, no sé por qué, pero pienso que lo mismo sabes a Maracuyá y claro, tengo una curiosidad...

—¿Maracuyá mezclada con caramelos de limón de vejestorio?

—¡No! Solo maracuyá.

Me besas y se nos pasa el tiempo colgados. Viajando a otro continente desde tus labios, que saben a limón y sal. Las lágrimas de ambos, supongo.

Ciegos

Antes de ti, Carlota/2003

La calle está vacía.

Es viernes de agosto y no huele a carbón, ni se escuchan los gritos de Hugo y Jaime en el porche.

Hugo se encierra en su cuarto. Lleva todo el día. Como todos los viernes desde hace tres meses. Un viaje al pueblo se traduce en encerrarse en la habitación de arriba junto a la guitarra que su padre le compró meses antes, porque podría servirle para expresar tantas emociones. Porque a Hugo le gustaba la música. Porque ya no sabían qué hacer para conseguir que se le marcara el hoyuelo derecho ni para que comiera su tarta de manzana preferida.

Mira hacia abajo, ni siquiera está el hermano de Hugo corriendo alrededor de la casa. No huele a paella, ni hace calor porque, aunque lo haga, Hugo siente un frío por dentro desconocido. Un frío que solo hace arder un poco el contacto de sus dedos con las cuerdas de esa guitarra, como si el dolor que le causase aliviase en cierta forma el que carga por dentro. Como si la música fuese en parte como una de esas máquinas que te mantiene con vida en un hospital, dando impulsos a un electrocardiograma. Se refugia en Led Zeppelin, tararea *Baby I'm gonna leave you* mientras recuerda la melena color miel de Leticia.

Encima de su cama, un viejo vinilo de Joy Division que tenía su padre en rincón de las joyas, como él lo llamaba. Lo descubrió justo hace una semana. Mientras, desmantelaba cajas de recuerdos de otros, para así no hacerlos con los suyos y romperse por dentro.

La voz rota, grave y melancólica, los acordes post-punk que luchan estrepitosos, la sensibilidad de Ian Curtis. «Cómo le habría gustado a Jaime», piensa.

—Han pasado cuatro meses, Carlos, y yo solo le veo peor cada vez que venimos aquí, ¿sabes?

—Yo también, mi amor. Quizá deberíamos pedir ayuda.

—Quizá deberíamos dejarle que se quede en Madrid, quedarnos varios fines de semana y que decida si quiere volver. No quiero que sufra viniendo y es que...

—Es muy buena idea.

Los padres subieron a la planta de arriba. Suenan unos acordes y se asoman a la habitación que nunca antes había tenido tanta vida dentro.

—Hugo, ¿cómo estás?

—Bien.

—¿Bien? ¿Quieres un trozo de tarta?

—Mamá, no quiero más tarta. Estate tranquila, de verdad.

—Deberías comer algo.

—Como menos, simplemente. Me muevo menos.

—Hemos pensado que lo mismo prefieres que las dos semanas siguientes nos quedemos en Madrid.

—Pues la verdad que sí.

—¿Sí, mi amor?

—Venir aquí me trae demasiados recuerdos y no quiero verlos. Es que no quiero.

—Pues lo dicho, las próximas semanas no venimos y tú ya decides, ¿vale? Vamos a confiar en ti y dejarte libertad absoluta de decisión, incluso de quedarte en Madrid si es lo que te hace estar bien.

—Gracias, os lo agradezco mucho, en serio.

—Por cierto, ¿qué tal van esos acordes?

—Genial, papá, esta guitarra me alivia mucho. Estoy aprendiendo, pero lo haré bien. Me relaja. Me relaja mucho. También me dispara lejos.

No volvió a su pueblo en años.

El jardín de las delicias

Durante de nosotros/2013

Suena el móvil.

Eres tú, Hugo.

Así es como se me pasa la pena, arrodillado ante tu regazo, colgado de un pitillo y pidiendo perdón por no haber sabido quererte como necesitabas, con la mirada perdida entre tus piernas...

De nuevo, los terremotos que solo tú sabes crearme.

Cielo e infierno.

El jardín de las delicias que tú has creado, donde converge todo, al movimiento de uno de tus músculos.

De las delicias que vinieron desde Brasil, pronosticando el apocalipsis.

El apocalipsis al que volvería mil millones de veces por volver a esto.

Lo juro.

Creep

Durante nosotros/2013

Los domingos. Ese día de la semana que Carlota aborrece desde que es pequeña, quizá porque era cuando veía a su padre preparar las maletas junto a su madre. Mientras, ella sostenía unas lágrimas que ni la costumbre de los años había conseguido secar. Quizá porque la obligaban a ir a la cama temprano y ya sabía que daría vueltas en torno a sí misma, que se desvelaría después y sería la noche que más le costaría dormirse de nuevo.

El domingo se invadía de tristeza y, junto a Fernando, la aliviaba ir al cine o a dar un paseo largo por el centro. Con Hugo sabía que no podría determinar un día, o que tendría que hacer elecciones. Junto a Hugo los domingos eran aún más feos de lo que ya acostumbraban.

Aunque todo eso cambiaría en un después de nosotros.

Es el número de Hugo.

Carlota en media hora estoy en tu casa.

«Siempre igual», piensa mientras arruga la nariz. «Cuando el niño quiera».

Me dijiste que no podríamos vernos hoy...

Perdona, es que me he enterado de algo y, no se me ocurría nada mejor que compartirlo contigo.

Le cuesta enfadarse con él. Es más, le duele de una forma extraña. Como si le hiciese arder las entrañas.

Se viste corriendo, mientras su madre la mira escrutando con impaciencia sus intenciones.

—Tengo que irme un ratito. Vuelvo enseguida.

—Es ese chico, ¿verdad?

—Sí, mamá, pero es solo un ratito. Dice que quiere compartir algo conmigo.

—Cielo, estoy un poco preocupada por ti.

—¿Por qué, mamá?

—Te veo triste, Carlota. Te noto nerviosa, como esperando cosas. Sé que

adoras a Hugo, de hecho jamás te he visto con esa ilusión por una persona, pero...

—Mamá, no te preocupes, si en realidad llevamos poco.

—No subestimes la cantidad, cielo. Tú estás enamorada hasta las trancas. Solo quiero que entiendas que las cosas no siempre funcionan y...

—Pero es que no entiendo, mamá.

—Pues que a veces no vale con quererse. No vale con que le mires y pienses que nada más importa si te despierta angustia.

—¿Y qué es el amor sino eso?

—Es comprensión, cielo, también es eso.

—Mamá, estate tranquila.

—Si no, habla conmigo. Puedo entenderte, te lo juro. Y marcha, anda, hay un Ford esperando fuera.

Carlota cogió su bolso mientras le guiñaba un ojo a su madre.

—Estaré bien, mamá. No te preocupes.

Abajo Hugo esperaba en el coche. Un cigarrillo a punto de consumirse asomaba por la ventanilla izquierda.

—Carlota, no me mires con esos ojitos. Tengo una sorpresa para ti, pero antes dame un beso, ¿no?

Hugo cogió un pañuelo negro y se lo anudó a Carlota al ras de la nuca, tapándole los ojos.

Carlota sonrió, nerviosa.

—¿Qué se te ha ocurrido ahora?

—Es una pequeña sorpresa, pero quiero que no veas nada hasta el momento final.

—Jo, Hugo, vas a volverme loca.

—No quiero que nos enfademos, Carlota. Puede que no me exprese bien, que haga las cosas de culo, pero si algo sé es que te quiero. Que te quiero mucho.

—Hugo, si lo sé. El problema es que no entiendo nada. No entiendo qué nos pasa, qué hacemos mal.

—Bueno, mientras tanto, vamos a disfrutar esto, ¿vale?

—Si es que eres... —le dijo mientras buscaba a tientas su mano.

De camino sonaba el disco de *Pablo Honey*. Nada era casualidad cuando estaba con Hugo. Ya lo habría pensado antes de llegar.

El sonido del motor le dio tregua al silencio y Hugo salió del coche para ayudar a Carlota, que patosa consiguió salir. Entonces los dedos trémulos de

Hugo cambiaron de canción. Ahora sonaba *Creep*, mientras él le quitaba con cuidado el pañuelo de los ojos.

Una luna dorada, redonda, gigante volvía eterno el escenario.

—Quería disfrutar de este eclipse contigo mientras escuchamos una de nuestras canciones preferidas.

«You are so fucking special».

Entonces, desde aquel día, los domingos fueron la peor de las batallas.

Descubiertos

Antes de ti, Hugo/2005

A menudo notaba el aire estancarse en la boca del estómago. Como si le costara fluir y su garganta resultase una carrera de obstáculos puntiagudos. Corrientes de aire creando huracanes en un punto de su tráquea, sin llegar a sus pulmones.

Entonces corría a casa y se resguardaba en su escritorio.

Para hacer llevadera la tarde de estudio era imprescindible su lata de Coca-Cola, galletas con chocolate y la botella de agua para compensar. Ser la mejor suponía dedicación y esfuerzo. Y así repetía cada día: «Dedicación y esfuerzo, Carlota, debes ser la primera». Como pensaba que le había enseñado su padre.

A su derecha tenía las estanterías de su perdición; así las llamaba ella. Esas que durante ciertas fechas se prohibía ni siquiera mirar.

En ella se agrupaban libros de Orwell, Hesse, Bukowski. Libros de pintura artística heredados de su abuela Sofía. Paletas de colores pastel y rotuladores acuarela. Eso que le servía de más ayuda en sus arranques nerviosos que todas las tilas y valerianas que guardaba su madre en la despensa.

La tía Eugenia había ido a verlas aquella tarde, como cada jueves desde que Carlota era una niña. Sin embargo llegó antes de lo esperado, subió sigilosa hasta su habitación para darle una de las sorpresas que tanto le gustaban, pero la casualidad quiso que ella estuviera en el trastero buscando cuadernos y folios. Al entrar descubrió sus pinturas esparcidas entre los apuntes de Biología, descubrió parte de los dibujos que con tanto mimo había guardado en secreto desde hacía años.

Allí estaba la carpeta, allí estaba *La metamorfosis de Narciso* hecha pedazos. Esparcida la representación de su imaginación en lápiz y acuarela que nunca se atrevió a tirar. Su secreto desvelado a su tía, y Carlota sosteniendo el ardor de su cuerpo. La vergüenza.

—¡Tía!

—Carlota, ¿estos dibujos son tuyos?
—¡¿Qué haces en mi cuarto?!
—He venido a darte una sorpresa. Estaba todo esparcido, no he podido evitar mirarlos. ¿Son tuyos?
—¿Qué pasa con la intimidad?
—¡Son tuyos! Son tuyos y no se lo has dicho a nadie.
—Ni que fuera necesario, son unos garabatos. Me relaja, simplemente.
—¿Garabatos, Carlota? ¡Son muy buenos!
—Tía, no es para tanto. Con eso no vas a lograr que deje de enfadarme contigo.
—¡La que está enfadada soy yo! Guardas esto como si fuese un pecado, te escondes de algo que es maravilloso.
—Es que a nadie le importa...
—Ni si quiera a ti, ¿verdad?
—Pues sí, tía, a mí tampoco. Me relaja sin más.
—¿Sabes qué? Curiosamente, antes de venir a verte, fui a comprar unas cosas que necesitaba. Después de ver esto, estoy convencida de que tiene que ser tuyo. Haré caso omiso a las tonterías que has dicho ahora mismo.
—¿El qué?
—Dame un segundo, voy a por ello.
En el fondo Carlota no estaba enfadada, sentía incluso una especie de liberación. Como cuando cargas con un secreto demasiado tiempo. Sentía que de repente era un poco más libre.
—El mío está hecho una pena, pero ya te digo. Es tuyo.
De la bolsa sacó un caballete, pinceles, acuarelas...
—Pero, tía, no pienso aceptar esto.
—Acéptalo. Hazlo y pinta. Cariño, tienes don, lo he visto. Me da igual que no se lo digas a nadie, me da igual por ahora, pero sigue pintando.
—Jo, tía...
—No me pongas pucheritos y ven aquí anda —le dijo mientras se abrazaban.
Carlota recuerda cómo sintió cerrarse la boca del estómago y cómo las lágrimas se escapaban de alegría, como si una parte de sí misma pudiera volar como ya lo hizo Principito.
Desde ese momento, y como ya vaticinó Eugenia, Carlota disfrutó de ese caballete siempre que podía, entre mezclas de acuarelas y el olor a pintura que tanto le gustaba. Cuando cogía los pinceles se evadía del mundo, era libre.

Incluso los días que llegaba con el aire bloqueado en la garganta, era pintar lo que conseguía manejar su pulso, como cuando era una niña y conseguía conciliar el sueño junto al sonido del lápiz en contacto con el papel. Era pintar lo que hacía que su respiración se volviese tranquila y serena.

A pesar de ello, como si en su mente viviese su peor enemiga, nunca consideraba sus dibujos los suficientemente buenos y los iba acumulando en una carpeta a la que solo tuvieron acceso alguna vez las únicas personas que, hasta ese momento, se habían dado cuenta de su pasión y las que la lanzaron al vacío de nuevo. Su tía Eugenia y Calle.

Feliz día especial

Después de nosotros/2014

He decidido que voy a desconectar todas mis redes sociales.

Porque sí, porque ya me ha recordado que mañana es tu cumpleaños y he viajado un año atrás. La tarde en la que aparecí con esa camiseta de *Rebelde sin causa* para ver cómo salían chispas de tu mirada, mi gigante.

No sé si creerme eso de que las heridas se curan.

El caso es que...

Mañana es un día especial.

Porque ya sabes cómo soy yo con eso de los cumpleaños, demasiado egoísta.

Celebro que sigamos vivos y la genial coincidencia de habernos encontrado.

Aunque ya no lleves esa camiseta, ni yo aparezca con ningún regalito con el que te hagas el sorprendido.

Aunque mi cazadora ya no cargue con tu olor.

Aunque todavía se me sequen los ojos cuando veo las fotos de los dos.

Claro, es evidente que todavía me acuerdo de ti.

Es evidente que esta noche será una tormenta de recuerdos.

¿Yo?

Pues busco ideas para no quedarme inmóvil en aquella fotografía que hicimos a las afueras de Madrid. En ese descampado de trigo y animales que rebuscan una caricia, igual que lo hacíamos nosotros.

Allí, qué buen sitio para celebrar que sigues pisando tierra firme, aunque estés más lejos.

Esta noche volveré a emborracharme de Madrid ayudada por una botella del ron del malo. Quizás así pueda olvidarte de nuevo, para que mañana renazcas una vez más en mi recuerdo y pueda odiarte y adorarte otra vez.

Quizás puede que no, puede que consiga hacer de tu recuerdo una ignorancia perpetua.

Flashazos

Durante nosotros/ 2014

De nuevo llega uno de tus mensajes, de esos que no imagino después de haber estado juntos minutos antes. Como una historia, porque así te gusta contarme la vida. Delicias Desde Brasil.

Cinco escalones antes de la puerta de casa, se paró. Se desató los cordones de sus zapatos ingleses, sin prisa, con delicadeza.

Agarró ambos zapatos con la mano derecha y frente a la puerta, con las llaves en la mano izquierda, le vino ella, como un flashazo, una explosión en la oscuridad.

Él no había entendido muy bien el desarrollo de los acontecimientos aquella tarde, se había perdido entre toda aquella avalancha de sentimientos.

Es curioso: recordaba muy pocos momentos en su vida en los que sintiera al corazón salir así del pecho, desbocarse de aquella forma.

Entonces comprendió que así era ella, tan especial como la frecuencia de sus exageradas palpitaciones, entendió que ella era como esas cosas que ocurren pocas veces en la vida, aquellas que se quedan grabadas para siempre.

Mi querido *gentleman*

Antes de ti, Carlota/2003

Es jueves de septiembre. Ha comenzado el nuevo curso; el bachillerato comienza a dar miedo. A Hugo y su apatía nada parece crearles estímulos, solo que coincidirá con su grupo de amigos en clase.

Suena el sonido de la llave en la puerta. Desde aquel día su madre vive con un nudo en el pecho y aguarda en el salón con la esperanza de ver de nuevo la alegría de Hugo. Esa que parece que se subió también esa noche a aquel coche. Aparece un Hugo con menos ojeras, más alto, incluso más erguido que cualquiera de las mil últimas veces.

—Mi amor, qué bien te veo para ser el primer día de clase.

—Ha sido un buen día. Coincidió en clase con Manuel y Alberto.

—Eso es genial.

—Además hemos estado hablando, mamá. Vosotros este fin de semana volvéis al pueblo, ¿no?

—Lo que prefieras, mi amor. Tú decides; si te ves capacitado, nos vamos los tres. Si por el contrario prefieres que nos quedemos aquí...

—Bueno, eso quería decirlo. Es que no hace falta que os quedéis, puedo quedarme solo si os parece bien.

—¿Tú crees que...?

—Estaré bien, mamá. Además, he hablado con los chicos y hemos dicho de hacer planes este finde.

—¡Eso es genial!

—Vamos, que no es necesario que os quedéis por mí, ni que penséis que la casa saldrá ardiendo, ni que terminaremos los tres con un coma etílico.

—Si algo tengo claro, mi amor, es que eso no pasará. Me da miedo que tanto tiempo solo...

—Mamá, adoro a Kurt Cobain pero no voy a volarme la cabeza. Además, estoy un poco mejor.

—¿Prometido?

—Que sí, mamá, prometido. Además, no sé, creo que a los padres de Jaime les hace bien veros por allí. Y a mí me hace bien no veros tanto, que he tenido demasiada dosis de *papitis* —dijo bromeando.

—Siempre igual de listo.

—No sufras, mamá, estaré bien.

—Vale, granuja —le dijo revolviéndole el pelo.

—Te quería pedir otra cosa.

—Por supuesto, dime.

—Tengo esta carta que le he escrito a Leticia. ¿Podrías hacer de cartero? Necesito saber que le llega.

—¿Le has escrito una carta?

—Sí, mamá. Tú me enseñaste a tratar bien a las chicas y creo que le debo una.

—Claro que sí, mi *gentleman*.

Por fin la madre comenzaba a tomar aire. Hugo había sonreído un par de veces seguidas. Antes de dársela, le echó un último vistazo.

Hola, Leticia:

Siempre nos han movido los mismos intereses, desde aquel día en las lagunas, ¿te acuerdas? Seguramente ya sabías que había algo que nos gustaba a los dos de ambos. Durante todo ese tiempo, jugamos a ser dos niños que peleaban, se sonreían después y a veces se hacían aguadillas en las charcas.

Mi aliciente para ir como loco al pueblo ya no era solo Jaime. Ni el grupo de amigos que hicimos en verano, porque el resto del año no aparecíais ni uno, ¡cabrones! Mi aliciente también empezaba a ser tu pelo rubio, tu olor a vainilla y tu piel tostada por el sol. Era verte para decirte «niñata» y dejarte bajo el agua diez segundos seguidos. Verte para mirar cómo te iba cambiando el cuerpo y darme cuenta de cómo cambiaba el mío y mis ganas.

Tus pecas, esas que un año antes utilizaba para meterme contigo. ¡Menudo idiota!

Y por eso, aquella noche por fin me lancé a quedar contigo. Porque Jaime me tiró de bruces, no sé muy bien de dónde venía esta especie de pánico mío a las chicas. Pero es que te miraba y lo que quería era darte uno de esos besos de las películas, practicar contigo hasta cansarnos. Creo que a ti te pasó lo mismo.

Quiero que entiendas con esta carta que besarte fue algo más que brutal. Que me di la vuelta con cara de tonto y que sentí algo que no he sentido nunca: como cosquillas en la garganta, muchas hormigas bajar hasta mi estómago.

Aun así, voy a intentar no volver aquí. Han pasado cuatro meses y no consigo volver sin sentir mucho miedo y un dolor muy grande al que no le pongo nombre y he decidido enfrentarme solo.

No quiero volver más a este sitio porque me trae demasiados recuerdos. Verte a ti también; de ahí que haya escapado de tus mensajes, de tus intentos por verme. No porque no me gustes, sino porque no puedo. Porque sufro enormemente al verte y al venir aquí.

Sufro al pasar por mi casa, porque al lado está la de Jaime. Sufro cuando me cruzo contigo porque entonces me doy cuenta de que le abandoné.

Ante esto pensé que te debía una explicación. Porque somos amigos, porque te he besado, porque puede que no entiendas por qué huyo de ti. No sé si con esta carta he conseguido explicarme un poco, pero desde aquella noche tengo demasiada tristeza y debo alejarme de todo lo que me ocasiona ese dolor.

Sufro, Leticia. Por eso lo siento: siento haber huido de ti, pero no veo otra solución a esto que me duele tanto.

Cuídate, por favor.

Nunca olvidaré esa noche, tú sabes bien que no.

Hugo.

Celebrando que seguimos vivos

Después de nosotros/2015

Me pesa la cabeza. Densidad craneal, lo llamo.

Destilo veneno con sabor a Jack Daniel's.

Hugo se dibuja en mi mente.

Sí.

Después de tanto tiempo sigo haciéndolo.

Anoche celebré que pisamos tierra.

Anoche celebré que un día nos conocimos.

Hoy me duele el estómago y sufro jaquecas.

También me duele por dentro, así como si se me hiciesen nudos el alma. Es para que me entiendas.

Es tu día.

Dance me to the end of love en Spoty.

Yo bailo en mi cuarto de la calle Valverde, bailo con Cohen.

Despacio, al son de su voz desgarrada, algo triste.

Celebrando que seguimos vivos.

Celebrando la maldita causalidad de habernos encontrado.

Orgullos que matan

Después de nosotros/ 2014

Esa fue la última vez que nos chillamos. Yo de nuevo apreté las cuerdas, porque buscaba lo que no se debe esperar cuando se ama.

No te había visto en varios días y te echaba de menos. Mi necesidad de ti, porque desde el primer día te convertiste en algo así como una droga y yo no sabía que eso hablaba más de mí que de nosotros.

Aquella noche de febrero pasaste a recogerme. El frío se colaba entre las mil capas con las que había intentado abrigarme. Nevaba y nosotros no estábamos disfrutando de aquel privilegio porque teníamos congelado el corazón.

—Carlota, siento no pasar más tiempo contigo. Quiero ir despacio, sabes que es importante compartir mi tiempo con mis amigos. Son parte de mí.

—Lo sé, Hugo. Si lo que no entiendo es que tengamos que seguir unos horarios tan estipulados. No entiendo tu querer controlarlo todo. No entiendo que el jueves tengamos que tener preparadas las agendas, joder.

—Pero es que...

—Hugo, yo adoro a tus amigos. Me flipa la amistad que tenéis. Me encanta la lealtad que compartís.

—¿Entonces?

—Yo también tengo mi mundo, pero es como si a veces sintiera que controlas cada segundo al detalle. Como si dejaras de disfrutar conmigo porque piensas como debes cortar el tiempo. Como si me transmitieras una ansiedad, una atadura.

—¿Por qué?

—Comprendería perfectamente no verte un fin de semana y que al siguiente te tires tres días conmigo, por ejemplo, ¿sabes? Lo que no entiendo es la rectitud, el no dejarse llevar. Me colapsa no poder contar contigo.

—Pero es que claro que puedes contar conmigo, Carlota.

—No puedo, Hugo. No puedo porque si estás con tus amigos no eres capaz de decirles «Carlota está hecha mierda, me voy con ella. Luego os llamo». ¡Cuidado! Igual que deberías hacer al revés estando conmigo.

—Es que no entiendo esas cosas.

—No lo entiendes porque no eres yo. Porque tú sabes que yo estaré ahí.

—Eres una egoísta.

—Yo creo que tienes un miedo al compromiso brutal, que tienes terror a fallarles. Que no sabes estar solo, Hugo.

—Carlota, no me apetece hablar más contigo. Está claro que tenemos enfoques distintos. Está claro que no nos ponemos de acuerdo. Que nunca nos pondremos de acuerdo

—Desentiéndete, es lo que haces siempre.

—Me voy a desentender del todo, Carlota. Yo te quiero, pero no quiero esto. No funciona. No puedo, no sé hacerte feliz.

—¿Qué me quieres decir con eso?

—Creo que es mejor que no estés conmigo. Es que lo veo, estás más veces mal que bien. No puedo darte lo que necesitas. Es que no sé hacerlo, Carlota, ¿no te das cuenta?

—Venga, Hugo, ¡no me jodas! ¿En serio es esta la solución para ti?

—No creo que haya otra.

—Siempre te alejas igual de todo, siempre es mejor cambiar de aires que enfrentarse.

—Y tú prefieres no dar espacio, no das tregua.

—Pues mira, quizás, quizás llesves razón. No nos ponemos de acuerdo, Hugo. Me bajé del coche, que estaba aparcado a dos manzanas de casa.

—Hugo, esperaba mucho más por tu parte.

—Como siempre, Carlota.

Por dentro sentía que quería decirle mil cosas diferentes, pero el orgullo no me dejó: «Hugo, llevas razón. Lo haremos juntos, saldrá bien porque nos queremos. Debemos amoldarnos ambos, porque somos dos. No es culpa de nadie».

Solo sirve para matar cosas bonitas, esa es la verdad.

Aquella noche lo único que me abrazó fue el insomnio. Cuando sonó el despertador, no quería salir de la cama. Jamás me había costado tanto deshacerme de las sábanas, solo cuando murió papá.

Siempre hasta ti

Antes de ti, Hugo/2005

Las hojas de otoño comenzaban a pintar las aceras, mezcla de colores avellana sobre el asfalto gris. Como gotitas caóticas y dispersas igual que un cuadro hecho por Eugenia.

Recuerda que empezaba a echar de menos una de esas bufandas que mamá teje con tanto amor y paciencia.

Recuerda que ese día la tía Eugenia había ido a casa. Ese día preparó la receta de chili que a ellas tanto les gusta.

Ella siempre sorprende con alguna comida o bebida nueva y ellas se dejan embelesar por su curiosidad porque, además de tener unas manos maravillosas para las manualidades y la pintura, sus recetas estaban siempre para chuparse los dedos.

Recuerda cómo esperaban a que papá llegara aquella noche, cómo comenzaba a pasar temporadas cada vez más largas en casa. Detalle que la madre de Carlota llevaba esperando años: en realidad es como si hubiesen vivido siempre en un noviazgo perpetuo y quizá en su caso fuese la distancia lo que provocó una relación tan idílica.

Recuerda que sonó el móvil.

Recuerda que su madre parecía un terremoto sujetando aquel teléfono. Nunca la había visto temblar por nada, hasta aquel día.

Recuerda que ella se levantó a sujetarla por miedo a que se cayera.

Recuerda las tilas preparadas por Eugenia, exhalando nubes de humo en aquella taza blanca.

Pálida como la nieve.

La mirada parecía la de un muerto que se ha quedado con los ojos abiertos.

Por un momento también vive en el más absoluto silencio.

La tía tiene que coger el teléfono. Es ella quien termina la llamada. Es ella quien reacciona.

—¡Mamá, qué pasa!
—Carlota, cielo... —añadió Eugenia mientras levantaba a su madre.
—¡¿Qué pasa?!
—Dame un segundo, voy a llevar a tu madre al baño.
—¿Queréis dejar de tratarme como si fuera idiota?
—Papá ha sufrido un accidente, cariño.
—¿Cómo?
—Carlota, cielo
—¡Que me dejes de hablar como si fuera una niña! ¿Dónde está mi padre?
¡Mamá!
—Nos vamos al hospital. Está muy grave, Carlota.
—¿Papá?
—¿Quieres venir?
—Por supuesto. Voy a ver a mi padre y vamos a volver a casa. Dejad de decir tonterías.

Nunca más volvió.

Falleció esa misma noche.

Su pedestal. Su superhéroe.

¡Bum!

Derrumbado.

Su tía Eugenia sosteniendo dos almas rotas; se encargó de todo.

También de conseguir que Carlota saliera de su escondite. Aquella habitación que sudaba el olor de la impotencia, esas sábanas empapadas que no podían sujetar más lágrimas. Siempre a su lado Bruno, con la lealtad como bandera al ras de su cama.

Se encargó de sacar a su hermana del pozo. La madre de Carlota, que había conocido el amor perpetuo junto a su padre.

Eugenia las cuidó con la madurez que todo el mundo criticaba.

Eugenia salvó a mamá, que nunca había estado tan pálida, ni tan callada. Mamá, que cargaba con su cuerpo como si llevara una bolsa llena de piedras anudadas a su cintura. Mamá, que no disimulaba las ojeras, ni la tristeza. Que ya ni siquiera lloraba.

Le recordó que Carlota era demasiado sensible, que la necesitaba.

Le recordó que era necesario seguir caminando.

Porque él las amaba hasta Próxima Centauri, y la imagen de aquella casa sosteniendo tanta tristeza le habría matado dos veces.

Fue la tía la que tejió unas bufandas gigantes con las que resguardarse del peor invierno de sus vidas, del frío más desesperante, ese del que jamás habrían salido vivas si no fuera por ella.

Todo esto lo recuerda a menudo, mientras maldice no haber aprovechado más cada tictac a su lado.

Terapias con olor a bizcocho

Antes de ti, Hugo/2007

No entiendo por qué tengo que venir aquí.

Por qué tengo que contarle a alguien que no conozco mis pozos, mis luces y mis sombras.

No necesito a nadie.

Nadie me necesita.

Y estoy una vez más sentada en esta silla.

Mientras, María me mira intentando limpiar la suciedad de mis engranajes.

Pulir mis defectos, quizá verlos entre tanta mierda.

Huele a velas de vainilla, quizá es un olor más parecido al bizcocho, y no me apetece.

Me entran ganas de vomitar.

Necesito volver a casa para estudiar.

Hice una promesa y maldigo eso, eso y todo lo que ha venido desde que no estás.

—Hola, Carlota.

—Hola, María.

—¿Cómo estás hoy?

—Pues bien, como siempre. Bien.

—¿Sí?

«Maldita seas, María. Maldita tú. Maldita mi madre, Eugenia, Dani, todos. ¡Dejadme en paz! No quiero seguir aquí, ni en ningún sitio. Han pasado dos años de lo de mi padre.

¡Estoy bien!».

—¿Por qué no iba a estarlo?

—Me dijo tu madre que sufriste una crisis de ansiedad. Me contó que quizá debería haber pedido ayuda antes, pero que tú siempre decías que estabas bien.

«¡Porque lo estoy! ¡Porque debo continuar! Estudiar y no estar en este puto loquero en Madrid, buscando respuestas que ya tengo».

—Creo que simplemente es agotamiento.

—¿Duermes mal?

—Siempre lo he hecho. No es nada nuevo.

—¿Desde cuándo?

—Desde que era niña, pero vamos, no creo que para eso tenga que venir aquí. Llevo viniendo un mes, María.

—Muy bien, Carlota.

—¿Qué?

—Bueno, no me gusta tener a personas en contra de su voluntad y tú no me lo pones fácil. No quieres que te ayude, entonces no puedo hacer nada.

—Pero...

—Es lo que quieres, Carlota. Quieres reventar. Si no quieres ayuda no puedo evitar el desastre.

—Yo...

—¿Tú?

—Joder, María, que solo he necesitado siempre a mi padre. Eso es lo que me pasa.

—¿Entonces?

—Lo siento, pero es que no sé cómo puede ayudarme nadie si ya no está.

—Al menos déjame que lo intente, ¿quieres?

Carlota acabó adorando el olor a bizcocho que emanaban las velas repartidas por la consulta en Noviciado. Disfrutaba del paseo a ese rincón de Madrid y del sonido de la pluma al contacto con el papel de María. Disfrutaba de su tono dulce y suave, de las lágrimas que salían solas, del amargor de los descafeinados que preparaba antes de su charla.

Disfrutaba por fin de salir de la cueva en la que se encerró por miedo siendo una niña.

La despedida

Justo después de nosotros/2014

Las despedidas huelen a nieve, a tierra mojada, a los primeros días de febrero.

Huelen a cuando escapaste mientras te esperaba en el suelo glacial de aquel portal.

Esperaba mientras tejía con consuelo un lazo de esperanza.

Entonces me quede allí, con la mirada fija en las delicias que nos regalaba Brasil.

Materializando los recuerdos.

La mirada clavada en la baldosa amarilla de la entrada, sin verla. El sabor salado que se colaba entre las comisuras de mis labios, con las manos bailando al son de mis nervios, con la vida puesta en ti como si tu nombre significara felicidad.

Esperé mirando perpleja las magulladuras que el paso del tiempo había otorgado a esa porción de suelo a la que nunca le había cedido un segundo. Esperé pensando en el infinito que nos regalamos en abril.

También esperé el sabor a limón y miel de tus labios. Ya sabes, los caramelos de tu abuelo Manolo.

Esperé la caricia de tus manos feas como si fuera seda.

Esperé el olor a Blue con tabaco.

Esperé el tono rasgado de tu voz.

Para materializarlo todo. Para estar presente. Para SER de nuevo.

Te esperé hasta diciéndome: «Que no, Carlota, que no quiero Brasil contigo».

Esperé hasta que se me helaron los pies y supe. Supe que ya no volverías.

Herida H

Antes de nosotros, Carlota/2003

A las seis de la mañana dejó a Leticia en la puerta de su casa, entre los besos y caricias ingenuas de dos adolescentes.

—¿Volveré a verte, Leticia?

—Cuando tú quieras, Hugo.

Separándose a regañadientes mientras se desatan las manos.

—¿Está cerca tu casa?

—Claro, tranquila que llegaré bien. Hablamos para vernos pronto, ¿vale? Me ha encantado estar contigo.

Se alejó con dos chinchetas sujetando una sonrisa perenne. En su memoria, el olor a vainilla del pelo de Leticia y por primera vez la imagen de Jaime desde que se despidieron. Nada le apetecía más que contarle a su amigo lo vivido hacía unas horas en aquel descampado.

A la entrada de su casa, se quita las zapatillas para no hacer ruido. Es el método aprendido en sus escasos días de fiesta hasta las tantas. Buena táctica para evitar los controles de alcoholemia de sus padres; ya se lo había dicho Jaime. Antes mira el móvil por si le ha escrito. En todo este tiempo se ha olvidado de todo. Sería la droga del olor de ella en los cuellos de su polo. Mira la pantalla incrédulo: cuarenta llamadas de su madre y de su padre. «Mierda, estos no están dormidos ni de coña».

Abre la puerta con sigilo, por si acaso. Del otro lado, su madre, que se tira a sus brazos con el cuerpo vibrando descompasadamente.

—Mamá, ¿qué pasa? Me acabo de fijar en el móvil.

Su madre se lanza a besarle. Está tan nerviosa que parece no percatarse del olor a whisky que se enreda con la vainilla de Leticia. Se sube los cuellos para evitar que se fijen en el chupetón que lleva en el lado derecho de la oreja.

—¿Qué ocurre?

—¿Dónde estabas? Pensaba que estabas con Jaime.

—Mamá, es que a las tres y media me fui con una chica que...

—Menos mal, mi amor.

—¿Menos mal por qué, mamá? ¿Qué pasa?

Los ojos de Hugo comienzan a encharcarse. Las chinchetas se han caído al instante y por primera vez tiembla tanto o más que su madre al recibirle.

El padre de Hugo agarra con ambas manos los codos de Hugo por la espalda mientras le guía al salón, donde le sienta en una de las sillas de mimbre del abuelo Manolo.

—¿Qué narices pasa, papá?

—Hugo...

—¡Basta ya! ¿Qué ocurre?

—Hugo, nos llamaron hace una hora; ha habido un accidente de camino al pueblo. De los cinco que iban en el coche han fallecido dos por ahora. Uno de ellos es Jaime, cariño.

Hugo sintió cómo la piel se erizaba, cómo un nudo en el esófago le robaba el aire. El estómago se encogía como si fuera a desaparecer y sus ojos cargaban con la culpa de aquel amanecer juntos. Cogió la mano de su madre, que intentaba acariciar sus dedos, y la empujó a un lado, alejando de él cualquier tipo de condescendencia.

—No puede ser.

—Hugo, mi amor...

—¡Dejadme en paz! Me estáis engañando.

Se levantó de aquella silla, con tanta furia que esta cayó hacia atrás, y cogió el teléfono para marcar su número. Estaba apagado.

—Hugo...

—Papá, no puede ser, estuvimos juntos hasta las tres y media y...

—Cogieron el coche para ir al pueblo vecino, bebieron mucho y...

—Pero Jaime no se habría subido...

—Lo hizo, Hugo.

—¡Papá, no!

En su cabeza la imagen de un coche en llamas y Jaime solo, agonizante. La vainilla de Leticia se mezcla con el olor a quemado, a neumático y gasolina. La imagen de su mejor amigo con la cabeza destrozada y cubierto de sangre.

Débil, se lanzó a los brazos de su padre, sosteniéndose ambos en un abrazo.

Él debería haber estado ahí. Él debería haberle cogido de la camisa mientras le decía un: «¿Qué coño haces? ¡No te vas a ir con ellos!».

Él debería haberse ido con él, no con ella.
Tardaría mucho en volver a llamarla.

Abril, ¿recuerdas?

Después de nosotros/2014

Hace un mes que desapareciste. Nevaba.

Hoy solo llueve, pero sabemos ambos lo que significa esto para mí.

Es mi cumpleaños, es abril, ¿recuerdas?

Aprobé la maldita asignatura que me quedaba, presento el proyecto en dos meses.

No estás.

A mi derecha, una tarta de tres chocolates. Hay mucha gente, han venido para celebrar la vida.

Huele a tierra mojada.

Dijiste que nos fugaríamos a recorrer las calles de París uno de mis cumpleaños. Sabíamos que llovería e iríamos corriendo a casa a bebernos aquel vino francés al sonido del disco de los Blur que tenías tan trillado. Yo te pondría *Ruido* de Sabina para que nos escociese la ropa al apretarnos. Bailaría con esa copa entre los dedos haciendo las *pirouettes* que aprendí de niña en mis clases de ballet. Te gustaba tanto...

París, tú y yo deshaciéndonos.

—¡Carlota! Estás en tus mundos, mujer. ¡Sopla las velas! Queremos meterle mano.

—Ay sí, claro.

—Calla y sopla.

Alzo la mirada, pero no están tus ojos verdes. Un dolor se atraganta en mi estómago como aquella vez en la que buscaba la cabeza de papá.

Las heridas.

Nadja

Después de nosotros/2016

El olor del perfume de Hugo. Dos años más tarde y sigue sumergiéndose en su pituitaria como un elixir o como la peor de las drogas.

Uno de los chicos que ha ido a preguntar información de los cursos de arte en la Academia di Belle Arti de Florencia la mira sin ningún ápice de vergüenza. No se merece cargar con ese perfume.

—¿Se puede saber por qué me sigues mirando? Por si no te das cuenta, te miro a los ojos por si así te percatas de que me estás molestando.

—Perdona, es que me costaba concentrarme.

—Pues aprende a hacerlo.

—Uhm, déjame adivinar... Tu mejor virtud es la simpatía, ¿no?

—No tengo que ser simpática con alguien a quien no conozco.

—¿Sabes qué? Que llevas razón. Discúlpame entonces.

—Disculpado quedas.

Sus ojos azules de nuevo clavados en la carpeta de Carlota.

—¿En serio?

—¡Quieres estudiar en Florencia!

—Ya, imagino que tú también.

—Una futura artista. Te pega así, con tu boina de francesita.

—A ti sin embargo no te pega nada.

—¿Quién te rompió?

—¿Cómo?

—Que quién te hizo tanto daño. Tienes una coraza de la hostia.

—Nadie me ha hecho daño. Es que tú eres un pesado.

—Bueno, pues perdona, simpática. Diviértete en la cola esta eterna. Coge tu móvil de última generación y manda mensajitos absurdos a gente que no te está leyendo.

—¿Sabes qué? Que mejor voy a leer *Nadja*, mientras tú te pones a sonreír a

otra con el fin de rellenar tu tiempo.

—*Nadja* es brutal.

—¿Lo has leído?

—¿Tanto te sorprende?

—Bueno, no sé...

—Eres un poco como ella.

—La locura es mi mejor arma, listillo. ¿Sabes cuándo comenzaríamos?

—En un mes.

—Entonces puede que en ese tiempo me cruce por los pasillos contigo.

—No puede. Será así.

Florencia pintaba ahora un poco más azul, más divertido incluso.

Verdades para volar

Antes de nosotros/2007

Carlota creció con la mirada de su tía Eugenia de compinche; pocas cosas le gustaban más que ir a visitarla a su tienda en el barrio de las Letras. El pequeño establecimiento de arte que había abierto y que tan bien estaba funcionando. Una tienda bonita con pequeños detalles de decoración, pinturas, incluso algo de complementos con lo que sin miedo se había atrevido.

Todos los viernes después del colegio iba allí, compraba un par de cafés en el bar de Antonio y se presentaba en el local de su tía para pasar un rato con ella. «El ritual del arte», lo llamaba.

—Carlota, has adelgazado mucho. En nada no te voy a ver cuando pases a la tienda.

—Qué exagerada eres, tita.

—¿Estás bien?

—Sí, solo que ando un poco nerviosa. En unos meses tengo selectividad y...

—No es tan importante eso. Hazme caso: más sabe el diablo por viejo que por diablo.

—¡Cómo que no, tita! Si no llego a la nota no podré tirar por la rama de ciencias. He pensado hacer alguna ingeniería. Al principio me decantaba por Físicas o Astronomía, pero es muy difícil encontrar trabajo. Así que voy a tirar por una ingeniería.

—Sé que siempre te ha gustado la ciencia, cariño, pero ¿has pensado bien lo que quieres?

—Me gusta, siempre me ha gustado.

—Te gusta más la Física, ¿no?

—Hombre, tita... Pero bueno, ya leo muchos libros de ello. Prefiero estudiar una ingeniería, ya sabes que de cara a un futuro...

—Carlota, es importante que seas feliz con aquello que hagas. Creo que te exiges mucho.

—¿Por qué dices eso?

—Lo veo en tu dedicación extrema, tus horas de estudio, tus sobresalientes...

—Pero quiero dedicar mi vida a ser tan importante como lo era mi padre. Quiero ayudar al mundo a ser un poco mejor.

—Carlota, la dedicación de tu padre era porque amaba lo que hacía; incluso, excesiva...

—Quiero ser como él.

—Cariño, solo quiero que seas feliz, que hagas algo que te llene de verdad. Que sea para ti. Piensa en aquello que te hace vibrar. Que hace que no te importe saber mucho más sobre ello, que sea una gozada sentarse a hacerlo. Piensa en lo que harías si no tuvieras que trabajar o, mejor, lo que harías gratis. Piensa en ello y hazlo tu forma de vida.

—Pero, tía, eso no es real.

—¿Cómo que no es real, Carlota?

—Pues que todo requiere un esfuerzo y un sacrificio. Mi padre sacrificó tiempo con nosotras por su trabajo. Lo de hacerlo gratis no me convence.

—Lo de hacerlo gratis es para que encuentres aquello que realmente te gusta.

—Ya, pero bueno, creo que no es realista.

—Eso me suena a discurso de miedo. Tú eres otra cosa y siento decirte, cariño, que te estás haciendo daño.

—¡Tita!

—Cielo, solo quiero que hagas lo que te gusta de corazón. Que dejes de buscar lo que a tu padre le habría gustado y pienses lo que te hace a ti feliz. Que dejes de ser lo que crees que le gustará al mundo. Que te alejes de todas esas creencias que te construyen límites y barreras. Tu cuerpo solo te dice lo que tú no quieres oír. Tanto nervio, esas ojeras, la ansiedad...

—No me gusta eso que dices.

—Las verdades a veces son puñales, tú no quieres verlo y creo que mi deber es decírtelo.

—Tita, no quiero hablar más del asunto. Haré una ingeniería y me irá muy bien, ¿vale? Yo no soy como tú. Acéptalo. Tampoco quiero serlo. Yo soy como mi padre, a mi padre le habría encantado esto.

—A tu padre le habría gustado que fueras feliz.

—Lo seré.

No sabía que sería el último día

Después de ti, Hugo/2012

A veces volvía a verla, no con la frecuencia con la que años atrás le ayudó a controlar la muerte de su padre, su ansiedad, su insomnio, pero María siempre hacía un hueco para Carlota.

—¿Cómo estás, Carlota? ¿Cómo van los estudios?

—Bueno, lo voy llevando, ya sabes que elegí una carrera un poco...

—Lo sé.

—A veces me desespera, pero se lo debo a mi padre.

—¿Tú crees?

—A él le habría hecho feliz que estudiara esto.

—¿Y a ti, Carlota?

—A mí también.

—Siempre me ha llamado la atención la admiración con la que hablas de él, pero siempre me he preguntado si esto es lo que tú querías. Además, estás aquí, después de tantos años. Eso es porque buscas algo.

—Solo me quedan dos años y habré terminado.

—¿Y?

—Pues...

—Te gustaba mucho pintar, Carlota, te relajaba. Te evadía. ¿Has vuelto a hacerlo?

—No con tanta frecuencia, no me da tiempo, María.

—Quiero ver esos dibujos, nunca pude verlos. Hazme un favor: esta tarde, cuando llegues a casa, hazles una foto. Quiero verlos.

—Pero, María...

—O sea que siguen encerrados en aquella carpeta, ¿eh?

—Bueno es que...

—Vamos, que llevas años sin pintar.

—Esta carrera...

—Es lo que elegiste, pero nunca es tarde.

—Me confundí.

—¡Oye! ¡Genial!

—¿Genial el qué?

—Ser consciente de que te confundiste. No es tan fácil esto, Carlota.

—Bueno, supongo que tú me has hecho verlo un poco. Los años, mi tía Eugenia...

—¿Por qué sabes que te confundiste?

—Porque no me hace feliz, María; porque la carrera me sigue creando ansiedad; porque no siento lo mismo que cuando leía con papá en el porche los libros de Hawking o cuando pintaba.

—Pero ¿sabes qué? Que vemos lo que te gusta.

—¿Sí?

—Por favor, hazles una foto a esos dibujos, creo que han pasado suficientes años. Creo que sabes ver con claridad cosas que antes te pasaban desapercibidas. Creo que estás preparada.

—¿Preparada?

—A veces, para ver el porqué de muchas cosas es necesario estar preparado. Hay heridas, Carlota, que nos hacen confundirnos de camino porque no lo vemos. Creo que tú ya tienes menos legañas.

—Pero...

—No hace falta más. Esta noche mándame una foto y me escribes si quieres.

—Bueno, vale.

No supo muy bien a qué se debía todo aquello. Porque María insistía como si allí se encontrase la razón a todo. No entendía, pero sabía que ella tenía cierto don para vislumbrar las piedras que se atan al subconsciente. Los hilos que nos mueven de forma muy distinta a como queremos hacerlo. María la había ayudado una vez, debía hacerle caso.

Loba

Después de nosotros, Hugo/2014

El día que presentó el proyecto, Carlota no quiso que estuviera nadie.

Ella decía que no había nada que celebrar.

Ni las horas de estudio, ni el tiempo de dedicación. Nada.

Porque esa no había sido su vida, porque solo deseaba salir de aquella cárcel, porque su vida comenzaría ahora.

Justo en el momento en que una vez terminada aquella decisión pudiese coger impulso y batir sus alas. No sabía muy bien cómo hacerlo, comenzaría a buscar un trabajo por ganar dinero. Después, ese dinero iría destino a formarse, a pintar, a invertir su tiempo libre y su dinero en su pasión.

Al terminar fue a la tienda de su tía.

Ella le sonrió.

—¡Mi niña!

—Tita, te quería comentar algo. Bueno, lo mismo me mandas a la mierda después de tanto tiempo.

—No digas chorradas.

—¿Es tarde si te pido perdón?

—¿Perdón?

—Hace siete años, cuando me dijiste que no hiciera algo que no me llenara. Este tiempo ha sido horrible, nada me consolaba. Me he acordado tanto de ti... Fui muy tonta, ni siquiera sé decirte por qué decidí así. ¡Es que no lo sé!

—Cielo, no pasa nada, yo te entendí. Adorabas a tu padre y...

—Supongo que he terminado comprendiendo que buscaba cualquier ápice de amor en su admiración y lo peor es que no hacía falta. Él me quería tal cual, pero creo que estaba ciega. Que solo quería que él me viera como todo aquello que admiraba.

—Carlota, las personas tendemos a hacer eso; es difícil verlo, pero solo tenías que quererte a ti misma. Tu cuerpo lleva pidiéndolo a gritos desde hace

años. Y tu padre te adoraba.

—Lo dices por mis miedos.

—Lo digo por tu miedo, tu inseguridad, tu insomnio.

—No os lo he dicho a nadie, pero justo hoy he presentado el proyecto. Por fin. Ya lo he terminado, tita.

—¡No se lo has dicho a tu madre!

—No, ahora en cuanto llegue a casa. No quería celebrar nada más que mi libertad, y esta se celebra a partir de este instante.

—¿Y ahora, cielo?

—Creo que comenzaré por un trabajo de esto, me dedicaré a ahorrar y voy a trabajar en lo que me gusta. Voy a dibujar y mis dibujos servirán.

—Claro que servirán, Carlota. ¿Por qué dices eso?

—Supongo que siempre he tenido demasiado miedo, miedo a las opiniones, miedo a no poder vivir de ello, miedo a que me tomen por loca.

—En una sociedad rodeada de personas que no saben lo que les gusta, tener claro lo que te da la vuelta el corazón es una locura preciosa, ¿no te parece?

—Ya, pero...

—Deja de pensar en el mundo y mira hacia dentro.

—¿Nunca es tarde para nada?

—Nunca es tarde para nada, ni siquiera para dejarlo todo y dedicarte a lo que te da la vuelta el estómago.

—¿Servirá de algo?

—Bueno, depende; no sé si te refieres a si ganarás dinero. Sí que he aprendido algo: cuando dejas de escuchar al mundo, cuando comienzas a escucharte a ti misma, cuando te eres fiel por encima de todo, la vida da frutos.

—Pero...

—Evita los peros, olvídate de ellos. Comienza a buscar dentro de ti, qué es lo que podrías hacer durante horas sin cansarte. Hazlo, vívelo y dale forma. Yo vivo de hacer cosas que me gustan. Todo el mundo puede, pero tenemos miedo y el miedo nos atrofia las ganas, nos encierra en cárceles de oro desde las que no podemos batir las alas, ni ver el mundo que nos espera fuera.

—¿De verdad?

—Corre a decírselo a tu madre, después descansa. Por primera vez en años, escúchate. Si te escuchas pintando, pinta sin cesar. Lo que necesites. No busques respuestas en el momento. La vida te las irá dando cuando empieces a

hacerte caso.

—Jo, siempre me has cuidado tanto y yo he sido tan...

—Deja de decir tonterías. Tampoco yo dije las cosas de manera sutil, y de eso ha pasado demasiado tiempo.

—He seguido pintando.

—Te crees que no te he visto, tonta. Te crees que no veía cómo venías a casa a ver cómo pintaba. Te crees que no te conozco, comino.

De camino a casa encontró un libro en uno de los bancos de la calle Valverde.

El lobo estepario.

Lo devoraría en dos días y, como por arte de magia, comenzaría a entender muchas cosas.

Recordó a su tía.

Las causalidades existen.

Encuentros forzosos

Después de nosotros/2016

Hugo volvió al pueblo con Manuel y Alberto. Ya no tenía miedo de pisar sus frías tierras siempre que alguien estuviese con él para evitar pensar en exceso, porque desde hacía años había recuerdos que no tenían cabida. Porque quizá Carlota llevaba razón en eso de que se alejaba de aquello que le doliese, pero al menos ahora se atrevía a estar cerca, aunque el mundo le sirviese de excusa.

Quería llevarlos a los campos de trigo para hacer derrapes con sus viejos trastos ruidosos. Quería enseñarles las casas bajitas de piedras y que le acompañasen a degustar los huevos empanados de Rogelio. Era un fin de semana de relax.

—Hugo, tío, dime que llevas tabaco.

—Alberto, siempre estás igual. Pues no, no llevo.

—Tenemos que ir a comprar, que sabes cómo soy y me muero. Necesito esa mierda.

—Nos hemos juntado tres buenos.

—Venga, vamos al centro del pueblo, así veis el puente románico ya de paso.

—Vemos lo que quieras, pero con un piti.

—Lo tuyo no es normal.

—Lo sé, tío.

Caminaban hacia el bar de Eustaquio, esa taberna cutre en la que los mayores jugaban al domino y tomaban whisky por tres euros. Aquello no era garrafón y fue el primer sitio al que comenzó a ir con Jaime hacía años porque era el único lugar en el que colaba comprar unas botellas. «Entre tú y yo», me decía.

Hugo se sentía extraño allí de nuevo. Aunque hubiese vuelto alguna vez desde aquel día, seguía sintiendo una sensación de ahogo en la boca del estómago. Ni cuando estaba resfriado y seguía fumando le volvía esa

sensación de asfixia.

Aquella tarde, el efecto se acrecentó cuando, al fondo del bar y justo al lado de la máquina de tabaco, sin escapatoria, estaba sentada Leticia junto a un café. Se recogía el pelo entre las orejas, como cuando tenía doce años; su melena, del mismo color dorado, virgen. Sus ojos achinados tornándose redondos por la sorpresa al verle, las mismas pecas en la nariz. Intactas. El olor a vainilla impregnado en aquel rincón del bar. Sellando su esencia en ese sitio que exhalaba olor a bayeta mojada. En su esquinita, sin embargo, rezumaba el recuerdo de la adolescencia, veranos en el pantano y la noche en la que murió Jaime.

—¿Hugo?

—Hola, Leticia.

—Cuánto tiempo...

—Sí, he vuelto poco al pueblo desde entonces.

—Ya veo. ¿Cómo estás?

—Igual que siempre, pero bastante más cascado. ¿Y tú?

—Ya decía yo que te veía alguna pata de gallo, pero te queda bien.

—Tú sin embargo estás igual.

—Me dieron la carta.

—Bueno era un crío y no sabía...

—En el momento no, pero con los años pude entenderte.

—Puede que sí. Aun así, me gustaría que hablásemos un día. Más tranquilamente.

—Cuando quieras.

—¿Estás viviendo aquí?

—Vivo en Madrid, no estamos lejos. Además, vengo a menudo al pueblo con mis padres.

—Pues si me das tu teléfono...

—¿Mantienes el mismo número?

—Sí.

—Pues entonces lo tengo. Siempre he sido muy responsable y ordenada, guardo todos los teléfonos en una agenda.

—¡Anda ya! Vas a ponerte a buscar el teléfono... —le dijo mientras sonriendo le apuntaba el teléfono en una servilleta.

—¿Me escribes?

—Por supuesto.

Hugo no sabía que la agenda de Leticia vivía en su cabeza. Que no había olvidado el número que se aprendió de niña.

Se verían a los pocos días. Un poco más mayores, sin chinchetas en los carrillos ni hormonas controlando sus instintos. Sin nada de eso. Solo con un recuerdo de la niñez que los volvería a unir de nuevo.

Instrucciones de uso

Algún momento después de nosotros, Hugo

He supuesto que te echaré de menos todos los días de febrero que me recuerden que hubo uno en el que te fuiste. He comenzado por guardar en el cajón que está prohibido abrir tus fotos y cartas. Las del móvil todavía no me atrevo a borrarlas, porque sé que si lo hago las habré perdido para siempre.

Hace ya mucho que te fuiste, pero cuando alguien lleva tu perfume sigo viajando a nuestro refugio.

A veces la nostalgia consigue hacerme llorar.

He aprendido a saborear otras pieles, hasta he cogido el truco para abrazar y saber irme antes de tiempo. No quiero llegar a querer como te quise a ti: lo primero, por si me duele; lo segundo, porque no quiero.

«Todo se olvida», me dijo una vez mi abuela. Pero yo en su mirada veía la ilusión de alguien a quien quiso antes que a mi abuelo. Aun así, debía creerla.

Hay canciones que me erizan la piel. *California Dreaming* y unas manos feas haciendo dibujos en mi vientre. Dibujando lunas y constelaciones antes de la explosión.

The House of the Rising Sun me transporta a las curvas de Navaluenga: nuestras manos entrecruzadas con el sol de agosto como telón a tanta felicidad.

Sin embargo, he aprendido a viajar al pasado y volver casi ilesa, quizá con un poco de *jet lag* emocional pero ilesa al fin y al cabo.

Ya no llamo Bogart a los gatos, ni espero en los bancos del Retiro a que me digas: «Annie Hall, cuánto te he echado de menos».

He aprendido, mi rey.

Tarantino

Después de nosotros, Hugo/2017

Su 29 cumpleaños.

Nada especial. Salir del trabajo, volver a casa y pintar.

La escuela de arte de Florencia ha aprobado su solicitud. Carlota solo celebra este capítulo de su vida, no los años.

Suena el teléfono.

Es el número de Hugo.

Se descubre temblando después de tres años.

—¿Hugo?

—¡Carlota, felicidades!

—Gracias, Hugo... Me sorprende tu llamada después de tanto tiempo.

—Tengo dos entradas para un concierto de Russian Red. ¿Vienes conmigo?

—Pero...

—Lo sé, lo entiendo. Piénsalo, ¿vale? En una hora te llamo y me mandas a la mierda si quieres; si no, en dos horas estoy en tu casa y vamos juntos.

Colgamos. Yo soy una montaña rusa.

Después de tres años y mi mundo se tambalea todavía al sonido de su voz.

Le digo que sí y me arreglo con mis nervios haciendo de las suyas.

Le veo en su coche, como todas esas veces.

Se da cuenta de que lleva los zapatos de su primera vez.

Creo que controlo la situación, una conversación normal de un «¿Qué tal te ha tratado la vida?» y gilipolleces de esa índole. Le miro una vez. «Qué guapo es, pero ya no me importa», pienso.

Las conversaciones van cogiendo fuerza a medida que nos acercamos a la voz de Lourdes. Nos soltamos y somos un poco más libres a la hora de decirnos verdades, pero no mucho más.

Suena Tarantino y vuelvo a mirarle a los ojos, esta vez es relámpago en mi garganta. Le beso.

No recuerdo nada de las canciones.
Recuerdo él y yo en un rincón.
Igual que hace tres años.

Eugenia sabe a libertad

Antes de ti, Hugo/2012

A Carlota le encantaba el olor a pintura que vivía en la casa de su tía Eugenia. Le gustaban sus manos pequeñas y alargadas, siempre salpicadas de gotitas de colores; la facilidad con la que dejaba las puertas abiertas de su casa en Malasaña, mientras sus gatos se paseaban acrobáticos entre platos sin fregar, botes de acuarelas abiertos y pantalones que habrían sido abandonados en uno de sus arranques creativos al llegar a casa.

Le encantaba aparecer de pronto y verla con esas camisas blancas pintarrajeadas, regalo de alguno de los amantes que vivía enamorado de su libertad, de su espontaneidad.

Se sentaba entre las revistas francesas de moda que su tía compraba en el quiosco de Gran Vía y la observaba mientras pintaba con los ojos teñidos de admiración y asombro. Cuando por fin se percataba, Eugenia le preparaba su bebida estrella: uno de esos cafés cargados de canela junto a la galletita de jengibre que dejaba siempre en el lado izquierdo del plato. También con gotitas espontáneas de colores salpicados por ella.

Eugenia era mucho más joven que la madre de Carlota; de hecho, cuando se ponía resabida, mamá le decía: «Eugenia, calla, que tú viniste de penalti», y terminaba con unos reproches absurdos que solventaban entre abrazos llorosos y besos en los carrillos. Porque ambas hermanas se adoraban, a pesar de que en algunas de sus discusiones pareciesen poseídas por seres demoniacos.

La tía Eugenia tenía solo tenía doce años más que Carlota. La distancia de la admiración, lo llamaba ella, pero además ese encuentro fortuito había fosilizado aún más la unión entre ambas. Porque eran mucho más parecidas de lo que nunca, hasta ese momento, habían sabido.

«La belleza es complicada», explicaba siempre la madre de Carlota cuando alguien comenzaba a soltarle los discursitos de moralidad que recibía de familiares, amigos y algún vecino. Porque lo de opinar de la gente y no

limpiarse el ombligo de mierda se le da al mundo de maravilla.

Esta especie de argumento era bastante contradictorio en la cabeza de Carlota: que no sabía ella muy bien qué leches tenía que ver una cosa con la otra; que, en estas ocasiones, aun siendo consciente de que su madre arrancaría los ojos a cualquiera que le hiciera algo a la tía, era un poco como si ella misma ni supiera qué pretexto poner a tanto comentario.

Solía suceder más o menos así:

—Oye, ¿y qué tal está tu hermana Eugenia, eh? ¿Sigue viviendo sola?

—Sí, sí. Vive en la casita de San Bernardo que era de nuestros padres.

—Pero ¿ha encontrado ya algún trabajo definido, la pobre?

—Pues en ello está.

—Con lo guapa que es, mira que no sé cómo no tiene novio... Va camino de los treinta y cinco. Que tenga cuidado, que se le pasa el arroz y luego vienen las lamentaciones.

—Bueno, es que ella...

—Sí, sí, que las mujeres nos confiamos y claro, luego, ni por guapa ni *na*. Para vestir santos te quedas.

—Bueno, Francisca, no creo yo que pase tal cosa. Además, tampoco lo necesita, que es ella muy feliz así.

—¡Uy, Clarita! Ya sabes. Todas acaban necesitando un marido.

Así solían ser los discursitos. Desde el de la floristería que hacía esquina a la tía Enriqueta. Hasta que la madre de Carlota comenzó a utilizar aquella combinación de palabras, encontrando en esa frase el broche definitivo a cualquier nuevo comentario desafiante:

«La belleza es complicada».

De esta manera, si utilizaba esa frase, una especie de condolencia parecida a la de la mirada de los perritos de Scottex abrumaba tanto al atacante que este, derruido por la desgracia, torcía ambos brazos, bajaba la mirada y repetía cinco veces un movimiento inclinativo del cuello; igualito al de los muñecos que algunos atrevidos llevan en el coche mientras decían un sencillo:

—Así es, hija mía, así es...

Después comprendió que a la ignorancia es mejor no intentar hacerle entrar en razones porque los ignorantes suelen vivir encerrados en su propio laberinto de ideas. Atreverse a tal hazaña suele provocar un gasto energético total e innecesario. Comprendió que su madre era mucho más inteligente al enmudecer así el atrevimiento de la torpeza.

Descubriría que observarla le había abierto las puertas de su jaula. Le hizo creer en sí misma, el vuelo alocado de su libertad.

Eugenia no solo la ayudó a salir de una habitación oscura una vez. Eugenia le sirvió de ejemplo para ser más libre, menos dependiente.

Porque su tía Eugenia era un alma libre y no necesitaba ningún hombre que la mantuviese, ya lo hacía solita: a ella, a sus gatos y a su perro Miller. Porque el arroz solo se pasa si se cuece demasiado y Eugenia sabía bien darse calor; de hecho, con sus dedos tenía más que suficiente.

Porque Eugenia, más que vestir santos, pondría unas petunias preciosas en el balcón, se pintaría el pelo color violeta y se tomaría un *gin-tonic* en alguna terraza de la plaza del Dos de Mayo mientras lee algo de Anaïs Nin o de Bukowski, sola o acompañada: como le plazca.

Pero en un mundo en el que la gente tiene miedo de desplegar sus alas, el que levanta el vuelo manifiesta verdades terribles. Porque las cárceles de oro reflejan lo ostentoso del brillo de tus cuatro paredes mientras te pierdes los rayos del sol. Y Eugenia era tan libre y brillaba tanto que, claro, levantaba heridas en la mediocridad; como suele pasar con la belleza, pero la del alma. La que no puede maquillarse.

Aprendió que no pasaba nada por ser diferente. Por estar sola. Por dejar las ecuaciones, las integrales, y la comodidad a costa de pintar y vivir un sueño. Aprendió mucho de ella. De esa frase que le dijo una vez.

«No es signo de buena salud estar bien adaptado a una sociedad profundamente enferma».

Krishnamurti.

Mi francesita

Después de nosotros, Carlota/2016

Se ha enterado de la noticia, se ha puesto su cazadora de cuero, la que le regaló su padre hace ya diez años, y se ha dejado llevar por su viejo Ford.

Es un viernes de noviembre y la carretera es un juego de luces en la oscuridad de la noche.

Le divierte dejarse llevar por el sonido del motor y terminar en algún lugar lejano donde pensar, ajeno al ruido de la ciudad, a la gente.

A veces el tiempo corre más deprisa que su viejo trasto, que incluso el Porsche 911 que tanto le gusta. «¡Bua! Cómo le pisaría yo a esa joyita», piensa mientras para en uno de los caminos cercanos al pantano.

Se para en una gasolinera.

No se aguanta las ganas y enciende un pitillo. Él, que había conseguido no volver a fumar desde hacía casi seis meses, de repente necesita con absoluta desesperación una calada de aquella mierda tan maravillosa. Suerte que tenía una cajetilla en aquella sucia guantera, suerte que esa mezcla de inhalación y exhalación de humo consigue relajar sus nervios.

Sabe que las ganas de vomitar no se deben a esa hamburguesa que ha devorado hace apenas una hora, aunque es consciente de que tanta comida basura comienza a pasarle factura.

Sus amigos, el trabajo y ahora también Leticia. Esa había sido su vida desde hacía unos años.

Y de pronto algo le devuelve la ilusión.

Le acababan de ofrecer un puesto muy importante; él, que estudió Derecho, había terminado en una discográfica porque tenía cierto don con la música, porque además le gustaba mucho más que todas esas movidas de las legislaciones y penales que empollaba dopado por Red Bull y latas de Coca-Cola.

El puesto estaba relacionado con una de sus pasiones; su capacidad para

meter la cabeza en cualquier sitio le había dado una de las grandes oportunidades de su vida. Y, curiosamente, todavía no se lo había dicho a nadie. Ni siquiera a Manuel ni a Alberto. Todavía no.

En su cabeza le viene el nombre de Carlota. Porque le gustaría decírselo. Porque le gustaría tomarse un vino mientras le cuenta que el abogado se va a dedicar a lo que más le gusta; que no sabe cómo lo ha conseguido, pero está rodeado de rock, de artistas y que puede que consiga comprar un Porsche 911 para que hagan derrapes en una de esas carreteras polvorientas de algún pueblo de Ávila. Igual que años atrás.

Es ella, se dice a sí mismo mientras sujeta con fuerza el cigarrillo casi consumido; la única que consiguió que desempolvase su vieja guitarra.

Aquella con la que diversión y pasión caminaban de la mano. No tenía que elegir, ella lo era todo. Eran tanto juntos que se convertían en una bomba. Una bomba que se vio obligado a abandonar porque era demasiado cobarde.

Ella nunca supo que fue la decisión más dura de su vida, ella jamás fue consciente de que se arrepentiría de aquello cada noche al cerrar los ojos.

En un momento se siente el hombre más desgraciado del planeta. Solo ella podía hacerle llorar y enloquecer de nuevo.

Carlota, te lo dije: *Love is a Laserquest*. Te lo dije.

«La silueta del pecado
diseñada para mí.

Chica, léeme los labios:

Quiero olvidar, quiero olvidar».

La Francesita, Leiva.

Salon Des Fleurs

Después de Tarantino, Hugo/2017

Se había recorrido medio Madrid porque necesitaba pensar.

Había desayunado en el Jardín de las flores, aquel rincón con halo francés en la capital.

Las dalias que caen en cascada sobre la escalera de caracol que condecora el local, mientras de vez en cuando echa un vistazo a la calle a través de esos grandes ventanales de hierro forjado empañados por el frío. Las mesitas bajas con esparto y algún detalle floral. Los sofás, las sillas de madera blanca y sus cojines de *bulldogs* con gafas hípster.

El olor a vainilla y flores entre rosas blancas, lirios y macetas de plata con estilográficas bonitas.

Tras repasar la carta con profundo interés se decantó por tarta de zanahoria con café y leche de almendras.

Olía a jazmines mientras escribía en su cuaderno lo que no se atrevía a decir con palabras. Recordaba que María le dijo alguna vez el truco: «Carlota, cuando no sepas que hacer, escribe, no pienses. Tú solo escribe todo lo que te venga a la mente, después ya veremos si encontramos algo. Es como un canal a lo que viene desde dentro, sin filtro». Hasta el momento, el canal famoso le había dado respuestas interesantes.

Andaba dudosa, despistada, porque aún pensaba qué hacer. Ella, que se encargó de dejar los nudos atados antes de tiempo, para obligarse a no cambiar de opinión. Por eso de los miedos y lo mucho que le cuesta saltar al vacío.

Hacía unos meses que había tomado la decisión de irse a Florencia, de estar sola y lejos para decidir cómo enfocar su vida y su pasión. Y entonces, como todas aquellas veces que el destino le daba la vuelta, aparece Hugo para, de nuevo, desordenar su vida.

Todo patas arriba, como si no hubieran pasado ya cuatro veranos desde

aquel en Navaluenga.

Y escribía entre olor a flores y el sonido de Édith Piaf.

Y al café le siguió un té blanco con *stracciatella*; después, una limonada.

Y seguía sin saber qué hacer.

No era fácil saber a qué renunciar.

Coco

Después de nosotros, Carlota/2016

Hugo se sentó en uno de los bancos de la plaza.

Llevaba siglos echando de menos el olor a rosas de Carlota y ahora se encontraba esperando a Leticia en aquel lugar en el que años atrás se juró que nunca más se perdería entre los lunares de su piel.

Se besan. Se han visto varias veces desde diciembre. Han pasado seis meses, así que perfectamente podrían ponerse la etiqueta de novios que tanto odia. Las odia desde siempre, aunque sepa que existan. Tiene miedo a decir que pertenece a algo, porque cuando lo hace parece que la vida se lo arrebatara. Le pasó con Jaime, luego con Carlota. Tiene miedo a vivir anclado a un compromiso que determine sus pasos y sus decisiones.

«Me gustas», piensa mientras le retira el pelo de la boca.

Sin embargo, sigue recordando a Carlota. Sus 50 kilos en aquel portal de Madrid, con la mirada encharcada de tristeza. Sigue recordando el tacto sedoso de su piel. El olor a coco de su pelo. Sigue recordando su manía de pararse con todos los perros, el carácter rebelde que le hacía elevar el tono más de la cuenta, incapaz de callarse cuando olía una injusticia.

Esas características que le crispaban ahora le causan una ternura brutal, y se emocionaría al verlo.

La echa de menos, esa es la verdad. Aprendió a vivir sin ella, pero le encantaría encontrarse en algún rincón de Madrid y hacerse el desinteresado mientras la convence para tomar un café, mientras la mira sonreír y se deshace al saber que nunca habrá otra Carlota. NUNCA.

—Tú, guaperas, que llegas tarde.

—Ya lo sé, Leticia, perdona.

—¿Quieres que vayamos a casa de mis padres? Se han ido este puente a la casa de la playa. Así aprovechamos para estar solitos, parece que solo podemos merodear por el pueblo.

—Claro, Leticia, es la mejor idea del mundo.

—¿Estás bien, Hugo?

—Sí. Estaré como el día, perdona.

—Esto se te pasa en un periquete

Aquel fin de semana no salieron de casa.

Parecía Navaluenga años antes, pero diferente.

El domingo cogió su coche dirección Madrid mientras una pregunta se colaba en su cabeza como una canción que se ha quedado rayada: «Después de dos años, te sigues acordando de ella. Vete ya, Carlota, vete».

Copa con sabor a ti

Después de nosotros/2014

Somos anhelos.

Fragmentos sobre puntos suspensivos...

Labios que siempre tienen sed. Siempre.

Acordes de *Strawberry Fields Forever* en una habitación desordenada.

Dos copas de vino.

Puede que solo sea una.

Una mientras pienso en ti.

Mientras pienso en ti y tengo sed.

El beso

Después de Tarantino/2017

Hugo no quería perder el tiempo y comenzó a deslizar los dedos hasta la muñeca de Carlota, abrazando su mano como ya pasó años atrás en el templo de Debod.

Carlota tiembla, temerosa de nublar todavía más su decisión.

Caminan por el Retiro mientras el cielo comienza a ponerse violeta y el sonido de los perros que corretean despreocupados entre los montículos de tierras se hace cada vez más fuerte.

«Aquella vez te esperaba sentada en uno de esos bancos. Qué ironía. Ahora pienso si irme a 1.700 kilómetros de ti».

En dos noches, el vuelo de Carlota destino Florencia.

—Me das la mano, Hugo.

—¿Por qué no?

—Leticia...

—Ahora ella no es lo que más me preocupa, y puedes pensar que soy un cabrón. Me apetece disfrutar de ti todo lo que pueda, eso es lo que me preocupa.

—Hugo, hace tiempo aprendí a dejar de juzgar sin ponerme la piel del otro. Tu piel es casi como la mía, porque supongo que a mí me pasaría exactamente lo mismo. Lo que no quiero es que luego...

—¿Que me arrepienta?

—Pues sí. No quiero ser culpable de tus consecuencias.

—El único culpable soy yo, y tampoco. Qué manía.

—¿Disfrutemos entonces?

—Disfrutemos, Carlota.

A lo que ella aprovechó para morderle los labios carnosos y succionar con ganas la lengua, jugueteando con la punta alrededor de sus comisuras, de sus labios mojados. Esculpiendo con perfección el contorno de su boca, como si

se tratase de un Bernini. Acariciando el pelo de su nuca, recorriendo con la yema de sus dedos la piel erizada, quizá por el frío. Acercándose a la cremallera de sus Levis, buscando con ansia el relieve de sus vaqueros. Creando huracanes de saliva con su lengua, disfrutando del tacto de sus dientes, del aliento a limón y miel. Acelerando su ritmo cardiaco en sincronía con los latidos de Hugo, mientras la temperatura corporal hace estallar termómetros de mercurio. Recorridos de saliva hasta la punta incipiente del lóbulo de la oreja, trazando como una hormiga cada centímetro de piel ardiente. Provocando a las neuronas que viven en su cuello, esperando lametazos de placer para mandar impulsos nerviosos a ese cerebro cargado de ganas de follarla. De clavarle las ansias en cualquier banco del Retiro, de correrse dentro de su calor. Y todo, al compás de un beso de cinco minutos. Como dos niños.

—Eh, creo que debo dejar de disfrutarte, ¿no?

—Yo creo que quiero vivir así siempre, Carlota.

—¿Qué te parece si nos vamos a tomar unos vinos a Las Cuevas de Sésamo?

—¿No dormimos hoy?

—Ya dormiremos.

Cogieron el metro en Retiro para bajarse en Sol e ir entre abrazos a ese lugar que sabe a vino y recuerda frases de escritores en cada rincón. Al fondo, un piano que suena a partir de las once y que comienza con Nina Simone para hacer la noche infinita.

—Supongo que te vas a ir, ¿verdad?

—Tengo que hacerlo. Cuando una descubre lo que la hace vibrar, tiene que fluir y, ¡joder!, puede que me arrepienta, porque te quedas, porque ese concierto fue brutal, pero...

—Carlota, quiero que te vayas. Porque sería egoísta, porque aquí está Leticia, porque ya la cagamos una vez, porque quiero que si un día nos cruzamos sea porque estamos tan hechos el uno para el otro que solo será para hacernos un poco más felices.

—Creo que siempre te he querido.

—Yo lo sé, Carlota, y de alguna forma siempre será así. Pero quiero verte triunfando en lo que te gusta, quiero verte. Hazlo por los dos.

—Lo haré por los dos.

Ni siquiera tenían hambre. El queso murió en aquel plato mientras solo el vino parecía servirles. Los nervios les habían hecho un nudo en el esófago y

besarse era lo único que apaciguaba el cosquilleo que recorría sus gargantas.

Decidieron que la sala Costello podría ser una buena opción para continuar la velada y bailaron al son de la guitarra de Hendrix entre *gin-tonics* y olor a Blue. Moviéndose como ya lo hicieron Travolta y Thurman en *Pulp Fiction*.

Bebieron como nunca lo habían hecho y bailaron como si en cada movimiento se hicieran el amor. Descargando endorfinas, serotonina y dopamina con cada *swing*.

A su alrededor una especie de halo, de barrera protectora ante la que el resto no se atrevía a acercarse: como cuando algo es demasiado bonito y despiertas los instintos más humanos y escondidos del ser humano. Fabricando el olor de la envidia, de la humillación.

Los invitaron a un rincón clandestino en La Palma.

Una puerta ante la que había llamar tres veces.

Después la contraseña: rock & roll.

Allí sonó *Twist & Shout* y se rieron de las causalidades.

Decidieron tomar la última antes de recorrerse desnudos, con la paciencia de un escultor.

Sentados en aquella mesa de cristal, Carlota memorizaba el recorrido de sus labios, serpenteando el dibujo de su boca.

Hizo lo mismo con el cartílago de sus orejas, deslizando sus dedos hasta la cremallera de sus pantalones, sin importarle demasiado estar rodeados de personas, producto del alcohol y de una pasión animal que les desataba la locura.

Se levantaron enganchados a los labios: el imán de los polos opuestos.

Corrieron entre las callejuelas que los llevaban a casa, aprovechando cualquier portal para seguir descubriendo los rincones de una piel más adictiva que cualquier tipo de droga.

Las escaleras infinitas que, como en el refugio, les vaticinaba la batalla de gemidos y placer que vivirían después.

Instantes antes de llegar al último piso, Hugo coge con ambas manos el culo de Carlota, agarrándolo desde abajo para levantarla a horcajadas y apretarla contra las paredes sucias del portal de Valverde. Abren la puerta sin despegarse y se quitan la ropa mientras el ansia les hace morder cualquier rincón libre ya de telas o prisiones.

Con las piernas abiertas, se hace un hueco en la mesa del salón, esperando con una necesidad indecible que él se meta dentro de ella, que la haga

estremecer, que se introduzca en su matriz y golpee sin cuidado cada uno de los puntos de su vagina.

Mientras, le susurra al oído un leve gemido, las respiraciones que se aceleran casi al compás del movimiento descontrolado de ambos, buscando el gusto en cada sacudida.

Chillando cada descarga de placer para poder experimentarla mejor, como si de esta manera cada una de sus neuronas pudiese ser más eficaz y rápida en transmitir el goce de ambos.

Y después el gemido, en una simultaneidad celestial condecorada con los besos de Hugo en sus pezones, en el camino de su cuello a su vientre.

La coge después entre sus brazos para tumbarla sobre la cama donde una sábana blanca cubre el circuito perfecto de su cintura. Ese que traza con la punta de sus dedos como si de esta forma pudiese tatuarla en su memoria.

La observa después, mientras duerme, para hacerla infinita.

Herida C

Después de nosotros/2014

Los años de universidad acrecentaron sus nervios e inseguridades.

Los años de universidad la hicieron pequeña: es lo normal cuando dedicas tu esfuerzo a algo que no te llena, cuando dejas de lado tus pasiones porque no te queda tiempo. Cuando olvidas lo que realmente eres.

Carlota se refugiaba en unos estudios que aumentaban por días los obstáculos de su garganta. Unos apuntes ante los que se sentaba durante horas sin experimentar ningún tipo de aliciente o emoción.

Recordaba a su tía: «Estudia algo que te haga feliz».

«¿Por qué hice lo contrario? ¿Miedo?».

Quizá siempre pensó que le haría feliz a su padre, que limitaría la distancia que los mantenía lejos.

Al poco tiempo, solo le quedó su bonito recuerdo. El recorrido de unas gafas hasta la punta de la nariz.

Le quedó Próxima Centauri y la pasión que ambos sentían por la cuántica, por Hawking, por la sintonía y belleza de las fuerzas fundamentales.

Le quedó siempre la mirada de admiración a su madre, como si fuera magia, y siempre pensó que jamás perdería un segundo con alguien que no la mirase igual a ella. Era lo que su padre le había enseñado.

Leía cada noche un libro que no tardaba en terminar más de dos semanas.

Leía porque la alejaba de sus tristezas, de los abrazos que tanto echaba de menos.

A veces se desvelaba a media noche, las cinco de la mañana.

Entonces hacía cálculos para saber los años que le quedaban para terminar. Los contaba desde el primer año. Contaba y torturaba su torpeza. Entonces notaba que el aire comenzaba a agotarse y sabía que tenía que respirar como le había enseñado María. Respiraba hasta que dormía.

Así todas esas noches ante las que después no perdonaba el sonido del

despertador para ir a la universidad.

Allí pasaba el día entero; siempre acompañada de Daniel y Calle.

De esta manera se refugiaba del mundo, del peso de lo que ella consideraba mediocridad.

Aquella tarde María le había pedido uno de sus dibujos.

Carlota decidió buscar esa carpeta que llevaba sin abrir años.

Se sentó junto a su ventana.

Una especie de escalofrío recorría sus piernas, latigazos que se traducían en un nerviosismo desconocido.

Sacó de ella los dibujos que había recopilado durante años.

Al sacar el desorden de folios unos papeles hechos trizas cayeron al suelo.

Hizo de ellos un puzle.

La metamorfosis de Narciso dibujaba su regalo fallido. En la esquina inferior: «FRACASADA».

Sintió un clic en su interior y viajó a ese día en la tienda de su tía Eugenia.

Entendió que esa frase se había grabado a fuego en su subconsciente, que incluso había dirigido sus pasos a pesar de la insistencia de su padre, de Eugenia.

Lloró de forma diferente: con cierto alivio. Como si de repente hubiese descubierto algo mucho más relevante que lo que dictaban sus libros preferidos.

Ella siempre buscando fuera las respuestas que cargaba en su interior desde siempre.

Miedos H

21/04/2017

Quizá guardé muchos miedos, Carlota.

Miedo a no darte lo que necesitabas, miedo a que, de alguna manera, quererte me alejase de mis amigos como aquella vez. Miedo a la responsabilidad de no saber cuidarte a ti.

Qué son los miedos si no eso.

Ni siquiera sé si te escribo a ti, a mí, a los dos.

Nunca entendí bien qué pasó entre nosotros.

Creo que no era libre, nunca lo fui. Y sin embargo siempre pensaba que de esta forma lo que hacía era perder lo que al cohibirme tanto ya no tenía: LIBERTAD.

Tenía miedo de encontrarme solo y pensar, pensar en Jaime, pensar en ti, pensar sobre toda la mierda que llevaba dentro y me convertí en una agenda que volaba de un lugar a otro para no tener que enfrentarme a la oscuridad que vivía dentro de mí.

A veces he cogido mi coche y me he perdido por aquellos sitios lejanos, llenos de trigales y de soledad. Esos sitios a los que iba contigo y he recordado cómo te cogía de la cintura y te estrechaba entre mis brazos cuando se acercaba el invierno.

He llorado a otras chicas y, al final, aparecías tú y creo que te lloraba a ti.

Tan loco como aquello que nos pasó a esos dos niños que éramos.

Nos perdimos, Carlota y, sin embargo, aún te echo tanto de menos...

Hay personas que se clavan para siempre.

Ya te lo dije: tú serás mi laserquest, ratona.

Siempre.

Hugo

Estaba al filo de la cama, profundamente dormida

Después de Tarantino, Carlota/2017

Estaba al filo de la cama, profundamente dormida.

El torrente de energía que se había apoderado de ella unas horas antes, dominada por una pasión que no había olvidado, quedaba aplacado por la dulzura de sus rasgos de ángel.

La miraba atontado, casi abrumado. Medio hipnotizado por la incredulidad del acontecimiento. Numerando en silencio los años que habían pasado desde la última vez que lo hicieron.

Después de tanto tiempo; tras noches de insomnio en cualquier bar repleto de hombres sin alma, consumido de ilusiones bañadas en whisky, la tenía por fin a su lado, sedada de placer. Tumbada a su derecha, con la sábana blanca recorriendo la curvatura perfecta de su cintura.

«La vida. Me ha despellejado vivo durante años para devolvérmela cuando pensaba que la había perdido para siempre».

«Egoísta», piensa. «Leticia estará en casa. Esperando a que yo la llame y yo me he follado a Carlota. Carlota otra vez».

Vuelve a mirarla y se desvanece su conciencia. Sonríe al mirarla.

Recorre el perfil de su nariz con los dedos.

Sus labios ahora sellados por el sueño. La empinada cresta de sus pezones.

«Unas entradas y recuerdas a Carlota. Su cumpleaños. Ella. Serás imbécil.»

Incapaz de olvidar.

«Nunca el tacto de una piel consiguió ser tan adictivo y, sin embargo, aquí me encuentro, cavilando la posibilidad de huir de nuevo.

Me llega el olor de a coco de su pelo y, como poseído por la maldita atracción que crea en mí, paseo mis dedos desde su cuello hasta la cavidad redonda de su ombligo.

Abre los ojos mirándome con sus ojos color almendra. ¡No puedo soltarla,

no puedo!».

Un último piti

Antes de nosotros, Carlota/2008

Un color marrón y añil invadía el paisaje: a lo lejos se veía la iglesia y los pájaros volando a su alrededor. El olor a chimenea le transportó a otoños atrás, como cuando se perdía con Jaime entre las hojarascas e iban con los padres a buscar niscalos. Un escalofrío le recorrió la espalda.

Se había plantado en su pueblo; ese que no había vuelto a pisar en cinco años. Esta vez el coche lo llevaba él y de forma inconsciente se encontró parado en la carretera, apoyado en su coche con un cigarrillo entre los dedos. Lo dejó allí y se fue caminando al cementerio donde estaba su amigo, arrastrando su cuerpo como si le empujara algo diferente. El polvillo del camino manchaba sus zapatos, mientras recordaba las tardes de verano con él jugando al balón justo en ese mismo lugar. Se encontraba inerte, como si no sintiera nada. Notaba las lágrimas descender hasta su cigarrillo, sin esfuerzo, sin facciones de dolor. Saliendo hacia afuera como si lo hubiera tenido que hacer mucho tiempo atrás.

A sus pies una inscripción.

Jaime Garrido

15 años

14 Mayo de 2003

Se sentó al lado, sin flores, sin adornos, pero con el alma desnuda.

«Jaime, siento no haber venido en todo este tiempo. Ya no sé si creo en algo, si puedes escucharme, pero supongo que me siento algo preparado para venir aquí. Lo siento, no me lo perdonaré nunca, supongo. Te dejé solo. Yo no te habría dejado subirte a aquel coche y estaríamos juntos ahora. Nos echaríamos un billar o conduciríamos por carreteras llenas de curvas. Te habría podido enseñar cómo toco la guitarra o quizás habríamos montado un grupo de rock juntos. Yo que sé, Jaime, te echo tanto de menos...».

Lloró hasta que notó una respiración en su nuca aunque estaba

completamente solo.

Lejos de asustarse, sintió paz.

Se fumó el último.

No volvió a aquel lugar. Sabía que su amigo estaría con él allá donde estuviera.

El truco

25/04/2017

Con el tiempo todo se ve diferente. Unas piedras se hacen fijas en el subconsciente. Otra, la tuya seguramente, me ha dejado fría; inmune, independiente, miedosa.

Conscientemente he aprendido que la felicidad no estaba en tus ojos color aceituna, ni en tus manos feas. Sin embargo he de reconocer que nunca me ha gustado más una caricia.

La felicidad vive dentro, ahora lo sé, por eso no era capaz de apreciar que un día me llevaras a disfrutar de una luna llena sin querer, que pasaras todas las noches con ganas de abrazarme: te exprimía, te asfixiaba. A ti, a tu miedo, a tu independencia.

Yo, con tanta soberbia, culpándote. Cuando no sabía amarme pretendía que tú lo hicieras por mí.

Lo entendí con los años, cuando ya no eras tú ni nadie. Cuando me quité los zapatos y anduve descalza y sola, aprendiendo a regalarme mi tiempo solo a mí. Aprendiendo a darme placer solo a mí. Aprendiendo a disfrutar de lo que yo era y ni siquiera conocía.

Cuánto miedo pasé, y no tenía a nadie para culpar. Qué libre me sentí después.

Hugo, te amé como a nadie en este mundo, como ni a mí misma me había querido nunca. Ese fue nuestro error.

Éramos dos personas llenas de miedos que necesitaban alejarse para poder ver.

Yo, tan empeñada en atarte. Tú, tan empeñado en huir.

La vida nos lo puso fácil y si un día tenemos que tropezarnos de nuevo también lo hará.

Una de las piedras más bonitas de mi vida.

Ya no te necesito y es ahora cuando podría quererte de verdad con todo mi

SER.

Ese es el truco.

Carlota

Al día siguiente no existía ni la resaca, solo él

Después de Tarantino/2017

Al día siguiente no existía la resaca. Solo el olor de la mezcla de ambos sellada en la pituitaria.

Hugo la esperaba en el mismo Ford color berenjena para llevarla al aeropuerto. El viejo Ford con el que ambos descubrieron lo que significaba estar colados el uno por el otro. El mismo en el que viajaron a Navaluenga y en el que Carlota sintió los nervios de aquellas carreteras que a Hugo le gustaban tanto. El coche desde el que se despidieron para reunirse después volvería a separarles.

Sonaba *Cigarettes After Sex* y las lágrimas se atragantaban en sus cuerdas vocales como barrera a su tristeza.

No salían las palabras. Quizá habían muerto en aquel punto y final.

—Te dejo en casa de tu madre entonces, ¿verdad?

—Sí, Hugo, vienen Eugenia y mamá. Gracias por llevarme a casa.

—Carlota.

—Dime, Hugo...

—Ni te imaginas la de veces que me he acordado de aquella canción de los Artic Monkeys.

—¿En serio?

—Me he acordado mucho. Era verdad. Siempre lo fue.

—Hugo...

—Te clavaste fuerte, cabrona.

—Eres idiota.

—Tú eres preciosa.

Aparcaron en la misma calle en la que descubrieron delicias desde Brasil y, haciendo honores y alabanzas al capítulo siete de *Rayuela*, se quedaron hasta que Carlota vio a Eugenia llegar desde la otra calle.

Se bajó del coche.

Con los mismos Oxford color granate y los ojos de Hugo clavados en su mirada, sosteniendo las lágrimas.

«Te quiero», dijeron a la par en bajito. Como hablan las personas que conectan a pesar del tiempo. A pesar del espacio. Con una constante gravitacional y unos zapatos como excusa.

<<<<◇>>>>